NARRACIONES





MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 17

MANUEL BERNÁRDEZ
NARRACIONES

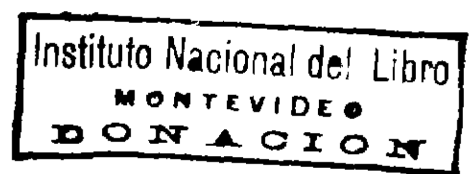
Preparación del texto a cargo de
ANGEL RAMA

MANUEL P. BERNÁRDEZ

NARRACIONES

Prólogo de

JUAN JOSÉ MOROSOLI



MONTEVIDEO

1955



PRÓLOGO

Bernárdez publicó "25 días de campo", cuyo texto sigue a estas letras, cuando contaba 20 años de edad. Su obra posterior es varia. Poesías, relatos, crónicas y ensayos de interpretación política y económica de países vecinos, etc.

A nuestro juicio ella muestra las mismas características —con variantes, desde luego— que se advierten en el presente volumen. La vida de Bernárdez explica su obra. Tal vez como ningún escritor de su tiempo define a éste en sí mismo. Él es su tiempo. Un tiempo en que la República buscaba su cimentación civil, cultural y política definitiva.

Se advierten en Bernárdez virtudes y defectos. Aquéllas lo diferencian de los escritores de su tiempo —excepción hecha de los grandes Acevedo Díaz y De Viana— por su conocimiento de escenario, hombres y hechos del hombre. Zum Felde censura a De Viana —Acevedo Díaz es intocable— su regionalismo, de lenguaje casi dialectal, que conspira contra su universalidad. Bernárdez pecará de un exagerado deseo de escapar, por arte de su lenguaje, de este defecto de De Viana.

Su conocimiento cabal del medio que describe le permite aciertos indudables por su propia condición

de hombre de este medio. Por tal razón resulta un documental a quien no puede ignorarse. Sin embargo en alguna página de este libro, luego de afirmar que tiene del gaucho "un profundo conocimiento, así como de sus costumbres, de sus leyendas y de sus desgracias", confiesa: "que no he podido hallar un gaucho para describirlo a mi placer"...

Su realismo es tal cuando fija el acontecer, la anécdota, la acción, el diálogo, pero está al margen de la rudeza objetiva de De Viana —a quien Zum Felde juzga un Zoleano— por su falta de visión en profundidad, por su timidez en ahondar en la conciencia del hombre, por cierta deleitación en la observación de lo exterior.

Son también defectos fácilmente apreciables en las páginas de este libro las disquisiciones con que frecuentemente fatiga el relato, echando fuera de hueya, diluyendo su propia atención, y por consecuencia la del lector, en pequeñas observaciones sin interés para el relato mismo. No es menos fatigosa su erudición en ciertos momentos en que su estilo parece expresar el gusto de la época, tan penetrada de academismos y citas mitológicas. Su origen español —y la influencia de sus lecturas, fué un autodidacta— son fácilmente apreciables en su lenguaje. Los imponderables de la raza y su literatura le hacen gozar con el uso de expresiones extrañas a su medio. Así dirá refiriéndose a las "chambonadas" de un jinete: "Aunque haga la muserola las veces de brida"; o más adelante, hablando de ciertas tierras ferrosas y ardidas: "greda buena para batanar". Estas expresiones de origen castellano —sin enraizar por aquí como otras— no son sino injertos que acusan claramente su artificio.

Cuando él es parte del medio que describe, y le

encontramos a cielo abierto con los sentidos despiertos y plásticos para gozar el momento que pinta, su lenguaje muestra una sabrosura criolla, una segura fuerza, una graciosa brevedad.

Así tras una prueba de su habilidad de jinete, de la que dudó por su condición de pueblero un paisano encontrado al azar, exclamará éste: "¡Compañero Viejo!"

Quien sabe que la frase traduce una fraternidad casi filial, encontrará que el comentario contenido en la frase, resume de manera perfecta el sentimiento del hombre despertado frente a quien sabe dominar su cabalgadura a pesar de ser pueblero.

Hablando de los gauchos dirá que son "hombres que conservan su inocencia". "Hombres a quien les han roto la sien por que no quiso doblegarla".

Y de su bautismo con la soledad, y el cansancio y el hambre, saca la conclusión de profunda raíz gaucha " de que entonces se mira al caballo como a un hombre".

Más adelante encontramos algunas páginas de fuerte contenido social que dan a su trabajo noble intención, pues son a manera de juicios adversos a un estado social que ignora los hechos y situaciones que sufre el hombre del campo, tan sometido por aquellos días a las injusticias de los señores de galón y espada y tan olvidado por los políticos y "hombres de pro" de la ciudad. .

Sus conceptos —página 27 y siguientes— deben anotarse en el haber de su obra pues denotan un generoso espíritu de justicia. Las páginas que siguen dedicadas a la descripción de la topografía minuana son acertadas pese a su insistencia en la clasificación científica de sus rocas y minerales. La Mina Oriental

y el Cerro Arequita están mostrados con detalles que dan acabada idea de su importancia, y la estampa de "Pajarito", con su monólogo vago y lleno de lagunas, produce una fuerte impresión. Hombres y aconteceres dramáticos se mueven como fantasmas en la conciencia del personaje. Tal vez —o sin tal vez— Bernárdez fué un vocacional que amó su arte y busco interpretar su tiempo, tan duro para los que no disfrutaban de las prebendas o gozaban de riquezas que les permitieran la formación de una cultura cimentadora de sus facultades naturales. Su marcha desde el campo hacia la ciudad —a la que conquistó— realizando a medias su ideal de escritor, pero hallando paz económica y libertándose de humildes menesteres, es una prueba de sus condiciones; pero la necesidad de alternar la actividad de su pluma con las otras actividades a las que entregó parte de su vida, no le dejaron el tiempo claro y sin urgencias para la creación literaria.

No podemos dejar sin comentario los cuentos contenidos en este volumen que son buena prueba de su conocimiento del campo y sus hombres, al que nos hemos referido. "El velorio vacuno" es una hermosa estampa trabajada con simple y recia técnica. Fuerte, de relieves duros que hieren la luz, objetiva, tanto, que las formas y volúmenes se harán recuerdo en el lector, llega hasta dar una sensación olfativa, para determinar por eso, casi la sensación física de lo que describe.

¡Lástima que en algún momento el propio creador sonreía sin piedad frente a la dramática fuerza del asunto!

"El Desquite" es un bello cuento en toda su dimensión. El lector actual, y aún el escritor que gusta

de las páginas que evocan la vida rural de aquellos días, encontrarán en este cuento elementos que le harán fácil la emoción y la recreación de aquellos hechos. Bernárdez se muestra aquí en la segura senda que no debió abandonar jamás El diálogo es de gracioso y fuerte realismo. Sobrio, muscular, tenso. Pero como en el "Velorio" el propio autor se evade del momento bárbaro de la culminación. El drama, que llega con una fatalidad que se va anunciando sin palabras a través del relato, no conmueve al autor. Es en estos momentos que lamentamos que el escritor no haya sido sometido, dominado, por el espíritu trágico de sus criaturas

JUAN JOSÉ MOROSOLI.

25 DIAS DE CAMPO

MANUEL BERNÁRDEZ

Nació en España en agosto de 1867, y a los pocos meses su familia emigró al Uruguay, instalandose en el pueblo Arapey, Salto, donde pasó sus primeros años. Todavía adolescente colaboró en periódicos locales inclinándose a un género literario que cultivará siempre: la crónica periodística. En 1885 inicia simultáneamente su carrera periodística y política dirigiendo una publicación circunstancial, *El Salteño.* Interviene luego en *El Ejército uruguayo* (1888) y en *El Heraldo,* de Montevideo (1893). Publica de 1896 a 1897 *La Cruzada,* y en ese año ingresa a la Cámara de Representantes en las listas del Partido Colorado

Hasta esa fecha su obra literaria está constituída por: en poesía, *Claros de luna* (1886) y los poemas que publicará mucho después en *Sol poniente* (1930) cuando también edite su *Sol naciente;* en prosa publica *Veinticinco días de campo* (1887), *Ave María* (1890) y en diarios y revistas sus cuentos camperos, También sus primeras obras sobre sucesos contemporáneos: *El tratado de la Asunción* (1894).

En 1898 pierde su banca con motivo del golpe de estado de Cuestas, emigrando a Buenos Aires donde continúa y amplía su obra de periodista, recogida en libros sobre la realidad económica, social y pintoresca de la Argentina a través de los viajes. Publica *De Buenos Aires al Iguazú* (dos ediciones en 1901), *Tambos y rodeos* (1902), *Santa Fe* (1902), *La Argentina en los mares antárticos* (1903), *Chile en la Argentina* (1903), *La nación en marcha* (1904), *Hacia las cumbres* (1905), en colaboración con A. Giménez Pastor, *El Brasil* (1908).

En 1910 ingresa a la "carrera" como cónsul del Uruguay en el Brasil, ocupando luego el cargo de ministro plenipotenciario en el mismo país. Pasa a Italia en 1920 y a Bélgica en 1925. Su actividad diplomática acrecienta su interés por los países donde reside, lo que se traduce en un numeroso conjunto de libros: *Un continente de paz* (1912), *O gigante deitado* (notas y actos de doce años de vida en el Brasil) (1922), 2 vols., *O coraçao do Brasil* y *La cruz de fuego* (1922), *L'Italianità nell'Uruguay* (1923), *Informe sobre el método Decroly y su aplicación oficial en Bruselas* (1926), *Aspectos ejemplares de la nueva Bélgica* (1928).

Sus últimos libros están dedicados al Uruguay, como demostración de su permanente preocupación por la organización económico-política de su tierra: *La marcha secular: afirmación del progreso uruguayo desde la Guerra Grande hasta nuestros días, El Uruguay entre dos siglos, Política y moneda* (1931).

Retirado de las funciones diplomáticas residía en Brasil como consejero honorario de la representación uruguaya, cuando falleció en noviembre de 1942.

Excmo. señor Presidente de la República, Teniente General don Máximo Tajes.

Excmo. señor:

De antiguo viene, y aunque lo han hecho grandes y sabios maestros, es generalmente achaque de principiantes, el buscar Mecenas para sus escritos, con frecuencia de poco y siempre de dudoso o ignorado mérito.

Por tal consideración he vacilado algo en hacer a Vuecencia objeto de esta dedicatoria; pero me resolví, creyendo, como creo, que el carácter de mi trabajo basta para dar lógica a la audaz preferencia. Con efecto, señor: versa mi libro sobre asunto nacional y fué escrito durante la excursión que hizo el Colegio Militar de la República, a fines del año pasado; y si bien no hago de ese viaje un diario razonado — que antes considero resultaría sin razón ni importancia, atendiendo a lo asaz conocido y descrito de la zona recorrida, — contentándome con hilvanar en algunos capítulos una serie de paisajes y descripciones narrativas de asuntos entrevistos al pasar, he juzgado que a nadie mejor que al jefe de la nación podía ofrecer las primicias de mi humilde libro, teniendo en cuenta, como digo, las circunstancias en que lo escribí.

También estoy seguro, señor, de que ésta mi obra resultará honrada y pasará por buena, desde que la dé protección y amparo el nombre de Vuecencia, escrito, para su honor, al pie de muy buenas obras.

Dejando expuesta mi razón y hecha la dedicatoria, deseo que Vuecencia se digne aprobar la primera y aceptar la última, con lo que daré por resarcidos mis afanes y colmados mis deseos.

De Vuecencia afectísimo,

MANUEL P. BERNÁRDEZ

Julio 30 de 1887.

DE COMO Y PORQUÉ

Debo, aunque me pese, empezar declarando que este libro no trae objeto determinado. No viene a corregir una falta, ni a poner a la vista un defecto, ni a ensalzar una virtud. Viene, simplemente, porque me puse a escribir cuando buscaba un medio de emplear en algo útil y agradable las cansadas horas del campamento; el letargo morboso de las siestas; el insomnio de las veladas; la poesía de las mañanas, de esas mañanas que sólo se ven nacer en el campo, observando cómo empieza a latir despertándose todo lo que siente y vive: a cantar el ave; a balar el cordero, haciendo corvetas; a evaporarse el rocío, vistiendo, cual con flotante clámide de gasa, los primeros rayos de la luz solar; mientras el jinete, salido a *recoger* de la vecina *estancia,* vuelve arreando los caballos, que se rezagan para coger de paso algún bocado de hierba; y los toros jóvenes se adiestran en la pelea, haciendo pases de esgrima y chocando con ruido sus cuernos; y los terneros y potrillos ordeñan la ubre hidrópica de leche, dando grandes cabezadas y meneando el rabito con afanoso contento; y el semental, con las orejas gachas, corretea a sus yeguas, mordiendo las ancas de alguna arisca o veleidosa que rechaza a coces sus ardorosas caricias; y, apartados del bullicio, dos caballos, cruzados los largos cuellos,

se rascan mutuamente la espaldilla; y algunos avestruces, asustados de improviso, encogen y dilatan sus largas zancas, desvaneciéndose súbitamente a la distancia; y una perdiz, levantada al paso, nos sorprende, emprendiendo ruidosamente el vuelo; y las florecitas perfuman y se abren, y todo vuelve a la vida, y todo se alboroza, y el campo verdea; mientras allá lejos, en el horizonte infinito, el viejo sol, con su cara encarnada de abuelo venturoso, parece que sonríe bondadosamente, halagado por el cuadro que a su aspecto presenta la Creación.

En horas así nació y creció este libro, sin haber pensado en que asumiera las proporciones de tal, cuando empecé a escribir por distraerme, y sin estar muy seguro de que las tenga ahora.

Nos hallábamos en Mosquitos, a los dos días de salir de Montevideo (1), y después de haber estado

(1) El 20 de diciembre salió en el ferrocarril de Montevideo a Pando, la expedición compuesta por las personas siguientes: Teniente Coronel don Juan Bernassa y Jerez, Sargento Mayor don Pablo Roure y Perera (respectivamente Director y Sub-Director del Colegio Militar), don Ricardo Camargo (profesor de matemáticas en el mismo), Capitán practicante don Domingo G. Santos, Sub-Teniente ayudante don Leonardo Rivera, don Juan C. Nosiglia (*repórter* especial de la *Tribuna Popular*), don José Ramasso (estudiante de la Universidad y aventajado fotógrafo de afición), Teniente 1º Comandante de la Compañía de Cadetes don Víctor M. Cantón, Oficiales de la misma. Teniente 1º don Francisco A. Sayavedra y 2º don Félix Herrero, el que esto escribe, y finalmente los cuarenta Cadetes, señores Cándido Viera, Eduardo Montautti, Eduardo Villagrán, José Mª Fuentes, Arturo Aprile, Ovidio Tebot, Arturo Olave, Pedro Thevenet, Leopoldo E. Muró, Alberto Villaverde, Luis Sóñora, Sebastián Buquet, Carlos Du Pré, Carlos Schweizer, Eduardo Da Costa, Coralio Enciso, Alberto Schweizer, Pablo Montero Paullier, Joaquín Sánchez, Julio Muró, Luis Fabregat, José R. Usera, Vicente Magallanes,

uno en Pando. Allí empecé a dar empleo a unas cuantas cuartillas que llevaba a todo evento, llenándolas despreocupada y rápidamente de lo primero que se me ocurrió, — sistema empleado en todos estos apuntes —. El lápiz que me servía, debió seguir constantemente dos vías sinuosas: la de mi imaginación, siempre instable y diversa, y la que, en el papel, le obligaba a trazar la superficie irregular del suelo, sobre cuya alfombra de verdura me tendía muellemente para escribir y soñar.

Por eso se hallará aquí una amalgama confusa, híbrida a veces, de episodios y epigramas, meditaciones y relatos; tal cual dato científico incrustado en una descripción ligera, lineamientos de *rêveries* y contornos de paisajes... Este hubiera sido mi éxito: si yo consiguiera pintar con pluma veraz los admirables paisajes que Dios mismo sin duda sembró en Minas y Florida, no tendría la menor inquietud por mi libro y alcanzaría el goce supremo de hallarme contento de mí mismo; goce que he perseguido siempre y que acaso estoy condenado a perseguir eternamente. ¡Mísero, devorado por el ansia de apagar la sed de gloria en la corriente del genio! ¡Hay muchos Tántalos como yo!..

Algo he intentado en el paisaje, aunque con recelo, casi seguro de caer en los conceptos comunes y

---

Eduardo Loedel y Castro, Alfredo Villaverde, Joaquín Tejera, Enrique Smith, Silvestre Mato, Guillermo West, Marcelo López, Manuel Dubra, Agustín Silva, Estanislao Mendoza, Domingo Ramasso, Pablo Rivera, Sotero Díaz, Manuel Fernández, Julio S. Netto, Aníbal Ayala y Rodolfo Duranthe. Iban además el Mayordomo del Colegio don Juan Puig, la banda lisa, la dotación de tropa, dos carretillas de mulas conduciendo los bagajes, peones, etc.

en la fraseología vulgar. Y sin embargo, ¡hay tanta variedad inimitable en la Naturaleza, en esa mujer fecundada por Dios, llena de múltiples edades y de eternos rejuvenecimientos! Tiene la faz encendida en la encarnada poma, y en la madura espiga, el que fué cabello de oro, tostado por el beso ardiente de los soles estivales. El soplo del invierno seca las venas generosas de la matrona prolífica y aparece la anciana pálida, tiritando bajo su pobre manto de hojas amarillas; de la flor ni tallos quedan; el ave se estrecha contra el ave allá en el fondo del nido mojado por la lluvia y zarandeado por el cierzo; cuanto tembló antes de amor, se estremece ahora de frío. Pasan tres meses: se agranda el día, se enciende el sol; el aliento de Dios corre ardiendo por los campos yermos y por los yertos árboles desnudos; la anciana pálida sacude los andrajos del invierno y torna a aparecer, gallarda y joven, bajo el espléndido manto de la virgen Primavera!

. . . .

Sin recomendación, pues; sin más justificativo, ni siquiera más disculpa, me presento con mi libro. Creo que no me conquistará un éxito; pero me hago la ilusión de que no será arrojado por fatigoso o importuno. Como no pretendo enseñar, claro es que aspiro a distraer, comprendiendo, de paso, que no es mi aspiración tan pequeña como tal vez parece. A deleitar vienen las cuatro quintas partes de los libros que se editan en el mundo; y ¡cuántos, cuyo autor soñara con verlos correr de mano en mano, leídos con avidez y gusto, conservan la inocencia de una virginidad forzada en los estantes de las librerías! ¡Cuántos autores que acaso escribieron con el deseo de nutrir a la humanidad, sólo han conseguido alimentar a las polillas!

La manía de ser leído es la más obstinada, y por ende la más irrazonable, y con frecuencia, la más absurda. Yo también deseo que me lean. ¿Seré, por ventura, un caso patológico de ese achaque semi-universal?.. ¡Quién sabe!.. Lo que yo sé, es que rechazo la ridícula modestia de quienes dicen no quitarles el sueño el lisonjero rumor de los aplausos. Yo busco nombre: no sé si hay méritos, pero me consta que hay fe. Si a costa de tu pérdida ¡oh libro! segundón de mi poesía, mi primogénito en prosa, consigo limpiar de zarzas el camino de mis trabajos futuros, ¡naufraga en buena hora: yo te veré hundir sin pena en el agitado piélago de la publicidad!

I

RECUERDOS DE AYER

Mosquitos, diciembre 22 de 1886.

Se me figura que este título es demasiado poético para el trocito de prosa pura que tengo ganas de acomodar por aquí. Advierto que no voy a hacer reminiscençias de la edad pasada, ni a decir otras tristezas anticuadas, que con tal título como éste, se estila decir entre poetas. Voy a recordar tal cual percance del día de ayer, nuestro primero de viaje, pasado en Pando, pueblecito chico, chico, que no hay para qué describir. Hube de descrismarme en su calle. Iba a despachar un telegrama, y, jinete en un tordillo, desteñido a fuerza de lloverle encima, buscaba la oficina al gran galope. De pronto ¡zas! resbala el *flete* y caemos los dos; lo cual no estuvo bien, puesto que yo no resbalé y por tanto no me tocaba parte en la caída. No anduvimos en levantarnos tan iguales como en caer, porque yo lo hice inmediatamente y él se quedó todavía una buena pieza, mirando con ojos lánguidos un guardacantón de ñandubay, contra el cual había ido a dar inopinadamente con las narices. Advertí su contemplación, y creyendo que se hacía el zonzo, le arrimé un puntapié en la barriga que le hizo levan-

tar muy de prisa. Entonces noté que se había medio derrengado, y me entró tal lástima, que de haber sido una persona aquel caballo venerable, le digo que allí mismo me devuelva el puntapié. Pero luego me dije: ¿quién le manda ser bestia? Y creo que me dije bien, y que hasta me dije poco, pues yo he oído a muchos hombres decir otro tanto tratándose de semejantes.

No sé por qué será que le tengo yo cierto recelo a este Mosquitos. No será, sin duda, por la conducta de sus habitantes, pues ésta no puede ser mejor ni más simpática. Nos han regalado una ternera, con cuyas sabrosas asaduras nos regalamos a nuestra vez; nos han traído agua, y nos han ofrecido todo lo que tienen, con esa franqueza de cuya espontaneidad es imposible dudar, y que parece y es, sin duda, ingénita en los habitantes del campo.

A nuestra llegada vino a saludarnos una comisión de vecinos, entre los cuales hube de notar a un tipo digno de estudio.

Según he averiguado, es el Juez de Paz del distrito, y es también el Maestro de Escuela y el hostelero y el Administrador de Correos, y tiene además una *pulpería,* dentro de la cual desempeña aún otras varias ocupaciones anejas, pudiendo decirse de él que es una enciclopedia de profesiones. Forzosamente debe ser un hombre muy metódico, y eso se echa de ver hasta en su modo de hablar; pues al saludarnos lo hizo en nombre del pueblo, con un pequeño discurso de circunstancias, que, si no brilló por su forma, desesperó al menos a todos por la lentitud con que fué saliendo por la boca del orador; el cual, sin abandonar una su actitud olímpica, va largando el hilo de su palabra, tarda como el paso de un buey desalentado. Cuando ha logrado coger entero algún pe-

queño período, tiene cierta precipitación, como de carretel que se devana, seguida infaliblemente de una interrupción de madeja que se enreda. Sin embargo, sale del paso, y aunque no haya gran claridad en la oración, ésta ha sido rezada con tal aire de verdad solemne, que el auditorio se queda satisfecho y convencido a más no poder.

Aún estamos en Mosquitos. Anoche nos obsequiaron con un baile que estuvo bastante bien; debiendo hacer constar para gloria nuestra, que fuimos los héroes de la fiesta. Para ser objeto de la atención de los hombres y la predilección de las niñas, bastaba con exhibir la papeleta de forastero.

Hoy hemos holgazaneado todo el día y nos vamos ahora, que son, poco más o menos, las cuatro de la tarde. Sólo hemos podido obtener seis u ocho caballos, que alcanzarán apenas para los privilegiados, vale decir, para los que vienen de *gorra.* Yo, que aunque no soy de éstos, gozo de sus inmunidades, he embridado por mi cuenta un alazán, que no me parece una notabilidad en punto a mansedumbre y buenas pulgas. Sin demostrar que noto las miradas maliciosas de algunos paisanos, que ya me han advertido las costumbres aviesas de mi *flete* lo ensillo con aire imperturbable. Debo advertir que cabalgo medianamente, *y que me agarro al basto,* gracias a un saludable número de porrazos que he obtenido en el aprendizaje. Los paisanos se sonríen, esperando que haga alguna barbaridad para reírse a mi costa. Sin curarme de la expectación, coloco prolijamente y a su vez todas las prendas del recado, y, afectando indiferencia, termino y tiro un poco de la rienda a mi caballo para hacerlo andar; pero el muy terco se empaca y no avanza, contentándose con sacudirse co-

mo un perro que acaba de salir del agua y toser con cierta tosecilla de mal agüero. Como no he traído látigo, desgajo un tallo de sauce para reemplazarlo.

—No se turba el pueblero, — dice uno de los paisanos a media voz, codeando a su vecino.

—Perate que muente — replica el otro en igual tono, — el pelao está hinchando el lomo; pa mí que lo basurea lindo no más.

Yo me llego al animal, provisto de mi fusta de sauce, le tomo con la mano izquierda las riendas reunidas sobre el cuello, cogiendo al mismo tiempo un poco de crin para hacerla punto de impulso, y a pesar de que el alazán gira rápidamente en torno mío para negarme el estribo, burlo su maña y salto sobre el recado.

En la fisonomía curiosa de los paisanos empieza a borrarse la sonrisa. Estimulo a mi caballo, el cual, en vez de avanzar, sacude la cabeza y da algunos pasos atrás, tambaleándose. Alzo la vara y le caigo de firme: el animal da un salto y queda clavado, con los cuatro remos abiertos, como apuntalado en ellos. Repito el golpe: vuelve a saltar, y como se me ha roto la vara, le doy un par de sopapos. El bruto resiste aún durante algunos segundos, hasta que por fin reconoce la superioridad y se doblega, avanzando al trote corto y escarceando airosamente (1).

(1) Para que no se me atribuya la pretensión de constituirme en héroe de mi libro, diré que intercalo este episodio, como haré, si viene al caso, con algunas escenas campestres, movido sólo por el deseo de pintar con natural color, cosas y costumbres que conozco a fondo, y como indirecta réplica a peregrinas descripciones que por ahí andan con talante y reputación de verídicas. Me carga un poco el aplomo de ciertos viajeros, que no pintan lo que ven como lo ven sino como

Nada hay que entusiasme tanto a un paisano como ver hacer alguna *hombrada* a un *pueblero*. Cuando lo encuentra lo mira como a un igual; pues sabe que para oponer a las suyas, tiene él, el paisano, con ser, como él dice, un gaucho bruto, muchas habilidades viriles. Pero cuando ve que el *pueblero* no es, como él presumiera, un *maturrango* (1), entonces se entrega a discreción y su aprecio y adhesión no tienen límites. Éste es el gran elogio de su índole caballeresca: reconoce la superioridad siempre que se le pone en evidencia. Es muy posible que los *puebleros,* en igualdad de circunstancias, no le pagasen tan fácilmente en la misma moneda.

A las cinco y media emprendimos la marcha para Piedras de Afilar. En el camino, un paisano de la comitiva, que quiso acompañarnos hasta la próxima etapa, me regaló unas *boleadoras* y otro me llamó *compañero viejo.*

Confieso que fue injusta la ojeriza que al principio demostré por Mosquitos. Nos han tratado muy bien. Ni siquiera nos molestaron los fastidiosos dípteros que, sin duda, le dan nombre, y de los que hay fe-

---

pretenden verlo, y acreditan por cosa natural y propia de un país, lo que suele ser un hecho aislado, sobre juzgarlo todo con magna suficiencia, como si los usos y costumbres de un pueblo o de una raza pudieran abarcarse en una mirada. Los que dijeron verdad, con ella quedan a cubierto de mis palabras. Hablo de ciertos *touristes,* verdadera calamidad para los pueblos que visitan, persuadidos de que tienen la sagrada misión de criticarlo todo en sus *impresiones o cuadros de viaje,* y que ven siempre las cosas del revés, y a quienes, como quien dice, los dedos se les antojan huéspedes.

(1) Voz despreciativa que emplean los paisanos para apostrofar a quien no sabe ensillar o regir su montura.

cundos criaderos en la pantanosa orilla del arroyo. Sin duda hicieron de dejarnos en paz, caso de reputación local. Cuando llegamos pensé que siquiera el paraje nos picaría.

Hemos llegado a Piedras de Afilar casi de noche. No hay tiempo para plantar tiendas y se dispone que pasemos la noche a campo raso. Me parece bien. Sólo siento que no haya luna. Desearía verla; desearía ver a la blanca solitaria del cielo, ahora que podré contemplar, sin paredes enfadosas, su carrera silenciosa y triste. ¡Quién sabe si no la sorprendería, detrás de alguna nube grande, detenida, embelesada acaso en sus castos amores siderales! De todos modos, quiero mirar cómo duerme la pradera; quiero saber de dónde parte el arrullo que adormece al paisaje entre las vestiduras negras de la sombra.

II

UNA NOCHE BAJO EL CIELO

Sí, bajo el cielo... Allá está el infinito esmaltado de puntos luminosos: allí debe estar Dios. Si la miro con fijeza me parece cada estrella una pupila que se abre sobre mí. Todo reposa en torno; estos hombres duermen... ¡quién sabe si estaré despierto yo!.. La luz que alumbra mis líneas irregulares, tiene temblores intermitentes: la llama oscila y el pábilo se dobla, cual si desearan reposar también. El viento se ha dormido, cansado de soplar. Una ráfaga de aire caliente viene a entibiar mi rostro helado: es que el viento acercó sus alas ateridas al vecino hogar, hecho de gruesos troncos. Los habían apagado para evitar un incendio; pero algunos, carcomidos, han conservado la brasa en el corazón. ¡En el mismo sitio la conservo yo! Cuando el fuego que los roe enciende en su interior algunas fibras podridas, salen pequeñas volutas de humo por las redondas casillas de las larvas. A mi lado hay acostado un hombre. Hicimos cama juntos porque hace frío. ¡Cómo duerme este hombre!.. ¿Es que no siente la suya el estruendo interior que percibe mi alma insomne cuando calla todo en derredor?.. Y sin embargo, ese ruido misterioso no es una ilusión: existe. Es el anuncio de

que en el hombre, como en el mundo, se toca un cuerpo, el esclavo, y se adivina un alma, el señor. Al percibirlo, el pensador escéptico se abisma y el soñador se consuela: ya se puede mirar sin vértigo al abismo de los dolores inmensos. El corazón se aduerme satisfecho, porque columbra el paraíso donde temía el antro, y el alma se arrodilla murmurando: ¡creo! ¿Qué gritos son ésos?.. ¡Ah! nada, es lo real: es el ave que dormía y despertó al sentir el galope de un caballo; algún caminante que va retrasado, tal vez perdido... ¡Qué importa!.. ¿Quién no se ha perdido alguna vez?.. Quizá lo asustaba el silencio solemne del desierto y ya tiene compañía: el *teru-teru* vigilante, que, aún dormido, tiene siempre el oído abierto a todo rumor insólito, lo acompaña un largo trecho, dando agudos gritos que remedan su nombre, arremetiéndole y amenazándole con sus alas, armadas de rojas púas.

La compañía es hostil; pero hay momentos en que la soledad nos da frío: entonces se desea un compañero cualquiera, y se mira al caballo como a un hombre, y se espera por momentos, que el perro, interpelado, tome la palabra... ¡Ay del que no tiene con quién hablar y no sabe hablar con su alma!... ¡Ése sí que se halla solo; ése sí que siente frío!.. La soledad sin término justificaría las relaciones amistosas del ángel con Belial. Pero yo amo la soledad transitoria y poseo el secreto de hallarme solo cuando mi alma quiere postrarse ante el infinito en confesión. Yo me he hallado frente a frente de la calma augusta, perdido en la noche diurna de la selva virgen; ahora me encuentro despierto en la inmensidad grandiosa de la pradera dormida. Ahora como entonces, alzando mi pensamiento a las alturas para contem-

plar mi cuerpo miserable incluido al panorama de la Naturaleza, me veo por dentro más grande y por fuera más pequeño. La soberbia humana dice que me empequeñece la distancia... Creo que es mentira: entonces disminuiría por dentro también. Cuando he acertado a ver mi pequeñez; cuando he notado mi equivalencia a cero en lo creado, ha padecido mi orgullo, pero he sentido un ensanche en la conciencia. ¡Es que, heredero como todos, del fuego que abrasó al ángel caído, y acaso incapaz de abonar por mis acciones, me había juzgado partícipe y responsable en las obras de la Naturaleza!

Ahora quiero estar solo para orar. Lo que escribo es mi oración. La palabra divina es la que el alma pronuncia, expresión de sus creencias y síntesis de sus dudas; no la buscada y artificiosa de la oración aprendida. Esa no puede llegar al Propiciatorio, porque ora pide u otorga lo que la conciencia rechaza, ora sale de nuestros labios en oposición con nuestros pensamientos. La plegaria debe ser propia y personal ofrenda, discernida por el razonamiento libre y hecha objeto de plena convicción. ¡Nada de oraciones aprendidas de memoria! ¡Nada de plegarias encuadradas en una fórmula antigua y escolástica! ¡Haya fe y sinceridad, haya creencias, y alcanzará el hombre de rodillas donde no alcance de pie!

He hablado solo; pero estoy seguro de que me ha escuchado alguien. Ha habido momentos, cuando he formulado preguntas, en que me he detenido, espe-

rando vagamente una contestación. No sería de este hombre, que, aunque duerme a mi lado, está bien lejos de mí. Bendigo al cielo que me ha otorgado la facultad de hacer a mi lado el vacío, cuando pretendo dirigirme a él... ¡Basta ya, razón: descansa... harto has hecho con velar el sueño de la noche, nuestra misteriosa y complaciente amiga!.. Allá por el horizonte empieza a elevarse una especie de vaho luminoso: debe ser la aurora que viene a respirar sobre el mundo su aliento bendecido de luz y de calor. Voy a dormir a mi vez, pensando que las almas que sienten el latido de los astros errantes y adivinan intuitivamente las misteriosas metamorfosis de la Naturaleza, saben, como el Nautilo, bogar por la superficie o sumergirse en el mar, para gozar de la calma o conjurar la tormenta. Cuando las aturde el ruido bajan al fondo y meditan; cuando las fatiga la soledad, azotan con sus alas el silencio y discurren tranquilamente conversando consigo mismas.

III

LA TERCERA ETAPA

24 de diciembre

Vaya, nos han proporcionado caballos. Menos mal. No por nosotros, que ya cabalgamos ayer y venimos aligerados, sino por los valientes muchachos, que han hecho cada jornada...

De Pando a Mosquitos, separados por cinco leguas cortas, según el cómputo del *baqueano* — y por seis y un *bocadinho* según mi cuenta, — han marchado bravamente a pie, cargados con el fusil, el poncho, la cartuchera y la proveedora, — una bolsa grande de lona, sujeta a la espalda por cuatro tiras cruzadas en el pecho, cuya bolsa reemplaza con ventaja a la mochila —; pues sólo han hecho dos pequeños altos para tomar aliento, continuando en seguida con tanto brío como al romper la marcha. Parece que los muchachos están orgullosos de que no se dude de ellos. Las filas van compactas, el paso es regular, las aposturas graciosamente marciales... "Nada de aflojar, compañeros", dice uno respirando con fuerza; e iniciada por los de la cabeza, la pequeña columna emprende la carrera. Llegan a la falda de una colina, empiezan a subir, y toman nuevamente el paso de

marcha. Los oficiales, aunque hubieron de correr como ellos, los han dejado hacer, satisfechos de que no se descompuso la formación. Camargo y yo, que por bravear renunciamos a los peligrosos equilibrios de la *jardinera,* vamos también a pie, y nos cansamos tanto, que no podemos menos de envidiar los bríos de estos valientes. No hay duda: su jefe los conoce y sabe que no abusa de sus fuerzas. De pronto una fila forma seno: es que uno de los cuatro que la componen aflojó un poco el paso. Sus compañeros le dirigen una cariñosa pulla por su flaqueza, y el rezagado se apresura, y la fila recobra su rectitud. En la segunda mitad, allá en la última fila, hay un niño de unos once años, que mueve el compasillo de sus piernas con mucha ligereza... Es el cadete Duranthe, un pequeño valiente, un verdadero proyecto de buen militar. Ése es el que rompe más a menudo su fila; pero es porque la rebasa, obligando al oficial de su mitad, a cortar con una voz cariñosa sus denodados humillos. Va con toda formalidad como un veterano, y por mi vida que admira, el niño. Además de tener tan poca edad, se ha quedado atrasado y pequeñuelo, engrosando, en cambio, bastante, lo que lo predispone poco para la fatiga. Pero su fusil no cambia de brazo, ni su paso pierde la rápida cadencia que le imprime para igualar a los demás, ni sus ojos, grandes y negros, dejan de brillar con la misma picaresca vivacidad.

No alcanzaron los caballos y sólo pudo montar la mitad de la compañía. La escena de agarrarlos ha estado muy divertida. La mayor parte de los cadetes no han cabalgado en su vida; pero es cuestión de amor

propio no pasar por *maturrango,* y cada uno toma su freno y embrida con aplomo, aunque haga la muserola las veces de brida y entre el freno del revés. La cuestión es *no enredarse en las cuartas.* Ensillados los caballos como Dios quiso, dispuso el jefe que marchasen delante los de a pie, siguiendo los jinetes hasta la mitad del camino, donde cederían a aquéllos las cabalgaduras.

Tocó el clarín a caballo, y aún no acabara de ejecutarse la orden, cuando había ya en tierra tres o cuatro apeados de mala manera. Uno fustigaba bruscamente a su caballo; el cual, arrancando de súbito y dejando al jinete en el sitio, hacíale una demostración gráfica de la *inercia de los cuerpos,* por si no lo habían entendido bien en la teoría. Otro tomaba las riendas desiguales, hurgaba al bruto y éste emprendía la marcha, girando en derredor como mula de noria. Otro, en fin, tiraba tanto las riendas, que la bestia se alzaba de manos y el jinete se escurría sin poderlo remediar.

Hubo varios incidentes chistosísimos, que no trajeron, por fortuna, malas consecuencias, gracias al carácter flemático de las buenas bestias, quienes necesitaban, en verdad, de toda la bulliciosa inexperiencia de aquellos jinetes improvisados para salirse un poco de sus casillas.

Ninguno de los caídos quiso renunciar a repetir la prueba, aunque aleccionados por la experiencia, lo hicieron con más cautela y menor ardor.

Por fin montaron todos, y aunque con trabajo, entraron en formación. Todavía acaeció otro incidente: ordenó el comandante al clarín de órdenes que tocase marcha, y no bien se escucharon las primeras notas, el caballo del clarín, dando un par de corco-



vos, interrumpió la tocata acomodando al músico en un fogón.

La marcha fué muy curiosa: después de andar algún tiempo al trote como para que cada cual se reconciliase con su *flete,* pasó la gente montada a la vanguardia y tomó al galope. Aquí fué Troya. Los porrazos se sucedieron con cortos intervalos, habiendo quien consiguió llevarse cuatro antes de media legua. Otro se veía negro para sujetar a un tiempo el fusil, las riendas, el poncho, y para sujetarse él mismo, que era lo más interesante; éste no sabía cómo evitar el ruido que hacían el plato, el jarro y demás chismes, asustándole el caballo; a aquél se le aflojaba el recado y se veía obligado a hacer milagros para conjurar las alarmantes oscilaciones que ponían en danza su equilibrio; quién llevaba el quepis empeñado en marcharse de su cabeza y debía ocupar en sujetarlo una mano que le hacía mucha falta para agarrarse del recado... Se sucedían los percances, ya aflictivos, ya cómicos, cruzándose en todos los tonos exclamaciones, apóstrofes y diálogos de ocasión.

—Barrunto que a la llegada podremos desayunarnos con *bifes a caballo,* — dijo uno, que de fijo sentía algún escozor en las posaderas.

—Yo estoy de felicitaciones — agregaba otro de buen humor; — me ha tocado un rocinante que le da treinta plantadas al que el manchego montaba... "cuando Dios quería". Ahora que salgan a mi encuentro las más descomunales y no vistas aventuras (y blandía guapamente el fusil); yo sabré demostrar cómo son "mis fueros, mis bríos, y mis pragmáticas..."

(Aquí sucedió que el caballo dió un respingo y el orador belicoso se apeó por las orejas).



Notable es la conformación del terreno que pisamos. Ya quebradas abruptas, ya colinas turgentes, de elevación progresiva, cortadas de improviso por una zanja o cañada que baja de las alturas torciéndose y quebrándose en mil interrupciones caprichosas. El suelo, en general, está compuesto de tierra compacta y dura, que el agua pluvial apenas reblandece sin hacer barro. En las caídas del camino he hallado gran abundancia de tierra greda, buena para batanar.

Esta variedad alegra la vista y tiene el ánimo en continua distracción: siempre se ofrecen nuevos panoramas y paisajes nuevos.

Hace dos días que vemos a Pan de Azúcar, cuyo cono inmenso se destaca entre los cerros irregulares de sus flancos, como un rey sobre sus vasallos. Dos días y siempre está lejos. Creo que ni siquiera ha aumentado su tamaño. Parece que se apartara lentamente ante el trote de nuestros caballos. Estas moles suelen ofrecer, como posibles, tan raras ilusiones ópticas. Tras una jornada de cuatro leguas hecha en su alcance, lo vemos siempre lejos, siempre soberbio, siempre con sus tributarios y sus brumas, siempre elevado, como tembloroso y vagamente azul. Según dice la leyenda, "cantaba la dulce Linus y la peña se mecía blandamente al ritmo del cantar. El titán de la peña le gritó irritado: ¿Qué haces, piedra estúpida? Y la peña contestó: ¿Te figuras que soy sorda?.." Aquella piedra oía. Pan de Azúcar ¿se retira acaso?.. Imposible: sólo tienen vida y danzan las piedras de las leyendas.

IV

A PAN DE AZÚCAR POR LOS CERROS DE ÚBEDA

25 de diciembre.

Llegamos a Solís Grande y dormimos allí; siempre comiendo *de gorra,* gracias a la esplendidez de los vecinos, que han tomado a su cargo el de hartarnos de asado con cuero. Esta vez fué el pagano un señor de Lao, paisano bueno y franco a más no poder. Consuela, de veras, el afecto que demuestran los habitantes de la campaña por estos futuros organizadores del Ejército Nacional. Parece que con clarividencia insólita, dado lo escaso de sus luces, presintiesen en ellos las probables garantías de sus vidas, intereses y propiedades. Quizás aleccionados dolorosamente por la experiencia, comprenden que sólo de la educación pueden esperar el desarraigo de los desmanes, imposiciones y desafueros de que tan a menudo han sido víctimas, sin que su indignación, manifestada ante las brutalidades del abuso, haya dado más resultado que la consumación odiosa de la vía de hecho y la desgracia del infeliz paisano, obligado de entonces más, a vagar errante y perseguido de muerte como una fiera...

Pasa a nuestro lado un jinete, modestamente vestido; trae en su equipo una mezcla rara de vestimentas: sombrero gacho, viejo; poncho ordinario, de *apala;* pañuelo al cuello; saco de brin, de pobre confección; bombachas de lienzo azul y botas fuertes. ¡Pobre remedo del gaucho antiguo y de su agreste traje legendario! Hasta la fisonomía de éste lleva, sobre los vigorosos rasgos del hombre de bronce, un indefinible tinte de desaliento; algo así como un baño de miedo o de tristeza. ¡Ellos, que jamás temblaron!, ¡ellos, que antes de doblar la sien envilecida, la abatieron rota!

En cuanto al traje, está perdido. La civilización lo ha contaminado con las estrecheces de sus modelos, y lo ha convertido en cierto disfraz que le quita por completo la gracia y el carácter. ¡Ni vestirse sabe ya el hombre de los campos! ¡Pobre gaucho! No le han quitado el *lazo* y las *boleadoras,* porque no han podido; pero a éstas las ha sacado ya de la cintura: ahora las lleva tímidamente bajo los *cojinillos.* El hombre sabio le dijo, apoyado indolentemente en su fusil: "Puesto que necesitas de esos chismes para comer, en buena hora, quédate con ellos y come; pero lo que es el traje, te lo quitas: eso te recuerda demasiado tu salvaje grandeza y no lo quiero soportar... Yo me visto a la europea: trata de imitarme aunque prostituyas tus gracias y te ridiculices. Para que no te inquiete la idea de parecer grotesco, sabe que desde ahora empiezo a reirme de ti. Tú eres útil, porque eres bruto y te harás matar, sin meterte a averiguar por qué. Esto es muy bueno; siempre me han fastidiado los curiosos. Tú eres necesario, porque sin ti el toro salvaje sería el señor de la pradera. Eres mío y me servirás, para eso eres ignorante. Hazte matar

y cállate, y agradece que te hago el honor de vestirte a la moda y montar tus caballos a la alta escuela... Sin embargo, no quiero que digas que soy injusto y que te mando sin derechos. Aquí tienes tú este chisme en que me apoyo; pues has de saber que allá en la tierra de donde vengo, los pueblos se mandan unos a otros sin apoyarse en mucho más... Por ahí verás tú si es legítimo mi derecho y si puedo o no dictarte de mis caprichos un código de leyes..."

Dijo, y el paisano lo escuchaba absorto. No lo entendió todo bien, pero obedeció como supo. Para eso el zar castellano se encargaba de corregirle paternalmente los yerros... ¡Este fué el Esdras monstruoso impuesto a los infelices Calmets de las praderas americanas!

El jinete de que hablé, nos encuentra a su paso y nos mira con cierto temeroso respeto. A haberlo previsto, hubiera tal vez evitado el encuentro. ¡Tiene tantos motivos para temer a las bayonetas!.. Detiene su caballo, se saca el sombrero y hace varios saludos a medida que vamos pasando. Al ver que nadie le dice nada, se me acerca con cierto recelo y me pregunta tímidamente: — Patronsito, ¿quiere desirme qué gente es ésta? — Este es el Colegio Militar. — ¿Y qué anda hasiendo?.. perdone la curiosidá. — Anda reconociendo el país. — ¡Ah! güeno... usté dispense, yo creiba que andaban riuniendo. — No, compañero: nosotros no reunimos y ahora no reúne nadie; no tenga miedo. — Es que andamos más resabiaos, patrón... A mí ya me han arriao tres veses, y como andan diciendo que anda por haber barullo, tenemos que parar la oreja. — Pues no tengan miedo: estén tranquilos no más, que no los han de arrear... Ya no se arrea. — Bueno, muchas grasias

patronsito; entonse será hasta otro día... — Nos separamos: yo sigo a la gente, mi interlocutor se queda parado un momento y luego se viene al paso. Pronto lo dejamos muy atrás; pero no hemos andado diez cuadras, cuando lo veo pasar al galope por nuestro lado, sonriéndonos amistosamente. No sabía dónde iba, pero casi lo he adivinado después. Llegamos fatigados al sitio designado para acampar: nos acercamos a una casa que allí hay, vecina; pedimos agua, y nos dan carne, agua, sal, pan y cariño. Ya sabían que debíamos llegar. ¿Pasaría por aquí el paisano aquél?.. Es probable.

26 de diciembre.

Con la mitad de la gente montada y turnándose como en la marcha de ayer, llegamos a Pan de Azúcar, acampando provisoriamente en la costa oeste del arroyo. A las tres de la tarde lo vadeamos, subiendo a la colina, en cuya falda este está el pueblecito, como olvidado allí por algún repartidor de aldeas. Se descargaron las carretillas de bagajes y plantamos las tiendas, sobre dos de las cuales flamea orgullosa la bandera bicolor.

Infinidad de familias vienen a curiosear por los alrededores del campamento, pasando fuera del predio demarcado por los centinelas que, arma al brazo, repiten su marcha isócrona con toda formalidad.

Entre las curiosas hay palmitos deliciosos. Al verlas vagar, traigo a la mente, ávida de fantaseos, cierto recuerdo de Montevideo la hermosa, y vuelvo a aspirar con delicia el ambiente tibio de sus azules noches

veraniegas, cuyas horas me vieron errando a la ventura por sus calles pobladas de bellezas, con vaporosos trajes y risas bulliciosas... Pero aquí no hay estruendos que aturdan el oído, ni luces que fatiguen la pupila; el sol se ha ocultado tras los cerros grandes, y éstos nos envuelven ya con sus proyecciones colosales; el genio de la noche, jinete de la sombra, persigue tenazmente los rayos fugitivos del moribundo sol... Algunas familias que quedaran oyendo la retreta, se van alejando poco a poco; una niña, vestida de blanco, se queda atrás... Yo me paseo por allí soñando y sigo abismado su huella, mirando si por acaso deja algún rastro en el suelo, como dejaban en la húmeda hierba los pies descalzos de Spillyre la Sicambra, la de los ojos azules...

Decididamente, hoy está mi loca insufrible con sus tonterías.

V

PAN DE AZÚCAR

27 de diciembre.

Hoy holgaremos todo el día. Así se ha acordado en consejo solemne. Ya empezamos la holganza no levantándonos a las tres, horita *matadora* para quien, como yo, no deja los ensueños ni las sábanas hasta las nueve dadas. Son las seis, y aunque estamos aún echaditos en los recados, no dormimos, ocupados en pasar revista a los acontecimientos del viaje y en admirar de antemano los paisajes y panoramas que nos ofrecerá la sierra de Minas, en la cual tanto han ejercitado su fantasía algunos que de ella han hecho relatos y descripciones.

A la sazón da la voz de *¡arriba!* el Comandante Jerez, y obedecemos todos (Camargo, Nosiglia y yo, huéspedes permanentes de su tienda). Nos adecentamos un poco dándonos una regular manita de adobe, y salimos a dar una vuelta por el pueblo. ¡Qué tristeza!... Increíble es el desánimo y abandono que a primera vista se nota en él. ¡Y yo que me lo había figurado como un poético nido de *viuditas!* Ya me

va pareciendo que las hermosas niñas de ayer, no viven aquí, y si viven, no serán hermosas, ni siquiera niñas. La casa del caracol es fea, pero guarda relación con ella la catadura del dueño. Yo concibo para una blanca niña una casita blanca, ¡pero esto!.. ¡Qué vida tan penosa y mezquina arrastran las poblaciones del interior! Y es que están minadas fatalmente por un mal orgánico que las demorona. No causa tal vida vegetativa y estéril, falta de recursos propios, ni pobreza local, ni mala situación geográfica, ni vecinos indolentes... ¡Nada de eso! Es que todos los esfuerzos se estrellan contra el sistema administrativo que absorbe, en provecho no sé de quién, o, mejor dicho, sí, sé de quién, todas las rentas departamentales; es que no hay alas que crezcan con la tijera implacable de la centralización de rentas. Abran, los hombres que gobiernan, los ojos a la luz. Si esa gabela ominosa no se levanta a las poblaciones rurales, se las verá retroceder día a día y agonizar penosamente hasta convertirse en ruinas (1).

Se ha organizado una excursión al cerro que da nombre a esta comarca. Es una subida penosa. Yo estaba muy animado para ser de la partida; pero he oído no sé qué chismes sobre baileoteo... y me he desanimado. Son las cuatro de la tarde, y el Mayor Roure va a partir con otros varios. Yo también casi voy a partir, pero no parto. He luchado largo rato

(1) Téngase en cuenta la fecha en que esto se escribió; aunque, según entiendo, poco se ha adelantado hasta ahora en tan capital asunto.

para decidirme entre el baile en Pan de Azúcar y la ascensión al cerro. Triunfó el baile por fin. He pensado en las lindas curiosas de ayer y me he quedado; no hay remedio. Tengo, además, otras razones. Pan de Azúcar es asaz conocido: ha sido comentado, medido, calumniado y descrito hasta por paseantes de tres al cuarto. Más aún: pediré informes a los exploradores y lo sabré todo como si lo estuviese viendo. Decido aprovechar la tarde paseando a caballo y me pongo a ensillar un zainito *cantor,* parodiando un *bolazo* que oí cantar cierta vez en una zambra criolla:

Arriba de Pan de Azúcar
se subió mi pensamiento;
después de estar allá arriba
no encontró por dónde apearse...

Y monto y le doy el anca al monte, echando hacia el pueblecito. Me alejo de la expedición y me acerco al proyectado baile. Vale decir, me ha vencido una debilidad. El que no haya sufrido una derrota análoga, que alce el dedo. ¿De quién es el eterno triunfo sino de *ella?* Bueno: ¿y qué es *ella* más que una peligrosa debilidad?..

Tuve esta tarde una feliz idea; lástima que se me ha quedado adentro, como casi todas mis ideas felices. Allá va el cuento:

Pues señor...

Pero no, señor, que no es cuento, sino que esta mañana visité un molino hidráulico situado en dirección norte del pueblo y a poca más distancia de una milla. Recorrí con gusto el establecimiento, que

es uno de los buenos en su género que el país posee, y de los que algunos más necesita para explotar en su mejora y provecho, los naturales veneros de riqueza que, vírgenes, y por lo tanto estériles, aguardan que la mano del hombre les dé adecuado y provechoso empleo. Sus piedras molares trituran sobre sesenta fanegas de grano diarias, y su presa deja caer el agua con rapidez de cuatro metros por segundo, dando al gran volante una fuerza motriz de ocho caballos efectivos. Está situado el molino en pintoresco sitio circuido de bosque; parte del arbolado que borda con varios matices verdes, las orillas del arroyo. Éste ha sido desviado para dar su fuerza a la industria del propietario. José Montanelli, hijo de la hermosa Italia, tiene una de esas historias tan comunes y sencillas como honrosas para sus paisanos: primero, y como prólogo que adecuarse puede a muchas obras, el deseo de hacer fortuna, deseo que saca de su país a casi todos los inmigrantes; la obligada travesía, vía-crucis, como pudiera llamarse a la que, algunos años atrás, se hacía en ciertos grandes gallineros de hombres, en los que empezaba el expatriado a comer "el amargo pan del ostracismo"; porque el pan que allí se daba a los inmigrantes pobres, era efectivamente amargo, cuando era pan. Insano corolario de un alimento malsano: patatas crudas, tocino rancio, tasajo pastoso y pasado de sal, caldo chirle en gran barreño, tumba de tal cual garbanzo sobre difícil de atrapar, invulnerable al diente... Por toda bebida agua de mar, hecha potable por la evaporación del salitre y consumida tibia, a guisa de revulsivo; y para digno teatro de cosas tales, la bodega sucia y lóbrega, antro infernal donde se hacinaba la carga de carne viva; donde sólo se respiraba humedad y miasmas, moléculas salitrosas

semi-extratificadas en los no lavados cuerpos sudorientos; donde resbalaba el pie sobre las inmundas evacuaciones del mareo, y donde el desarrollo de cierta pálida enfermedad arrastraba al fondo del mar a más de un infeliz que se embarcara sin el menor deseo de fondear tan oscura y miserablemente... Y después de apurar hasta el fin ese catálogo de miserias, que pocos pasajeros de tercera dejaban de apurar, el arribo a la playa extraña, la agobiadora y continuada lucha por la existencia, sostenida contra el hambre, contra el vicio y contra el hombre; y allá, a mediados de la vida, después de mil privaciones y vicisitudes azarosas, un modesto capital por el trabajo adquirido y pronto para ser arriesgado nuevamente en sus nobilísimos azares... De aquí nace una industria. Así alzó Montanelli el molino que posee. Con la radicación viene el cariño a la segunda patria, aumentado por los afectos de amistad y los lazos de familia; el cariño a la tierra que vió sus sufrimientos, y sus goces, sus amores de hombre y sus transportes de padre.

—Estoy orgulloso, — dice el buen italiano, — porque en esta casa sólo son extranjeros mis brazos: hasta los que me ayudan pertenecen al país, porque son de mis hijos.

Y tiene harta razón el laborioso hombre: muele el trigo de los plantíos nacionales, y al desviar el río para hacerlo servir a sus intereses, ha hecho, en beneficio de un organismo industrial, la transfusión de esa savia vigorosa que, corriendo por estéril vía, se derrochaba inútilmente. Inmigrantes como Montanelli es lo que necesita este país para jugar el importante rol que la Providencia le ha señalado, al colocarlo como súbdito aparente, pero como árbitro real entre dos naciones poderosas. ¡Dios se los dé a cente-

nares, y lo libre de tanto vampiro político como pugna por beber su sangre noble, para abandonarlo, exangüe y abatido, a la enconada furia de los bandos! (1)

Pero ¿a qué viene esto? preguntarán tal vez ustedes. Pues, señor, yo pregunto lo mismo, casualmente. Tal vez se me achaque el haber hecho de intento la descripción del molino. Pues, no, señor. Sucede que yo iba a hablar precisamente de la hija del molinero.

Es una belleza agreste. Yo hubiera querido retratarla (ésta es la buena idea a que antes me refiero); hubiera querido retratarla con su molino, con los árboles de este bosque, con las nubes de este cielo, y alumbrado todo ello, por las luces de este hermoso sol. Desgraciadamente, el Mayor Roure se ha llevado a su expedición los chismes fotográficos. Lo siento de veras. Al lado de esta niña, recatada sin gazmoñería, y sencilla sin simplicidad, siento no sé qué perfume de floresta, que me agrada extremadamente. Tiene la voz algo gruesa, y cuando habla me parece escuchar a la mujer primitiva, emitiendo la voz sonora de la Naturaleza. Su cuerpo, libre de presiones enfadosas, se dibuja a cada movimiento bajo la amplitud de un sencillo traje de percal crema con florecitas rosadas. Muchas margaritas blancas esmaltan su cabeza, sembradas aquí y allí, en el cabello brillante, como estrellitas de plata. Se inclina a mi lado para alzar no recuerdo qué, y sus pesadas trenzas, resbalando por sus hombros, se deslizan blandamente

(1) Repito que debe tenerse en cuenta la época en que esto se escribió.

hasta besar el suelo. Al ser echadas atrás con ademán airoso, pasan rozándome el rostro y me dejan una deliciosa mezcla de perfumes silvestres: cerinto, ajedrea, bromelia, margarita tuberosa... Como suavísimo beleño me arroba aquel aroma, transportándome con la visión de la niña agreste, a un mundo poblado de ensueños pastoriles, de flores y rebaños; mundo lleno de notas de caramillo arcadiano y de tintas de paisaje provenzal...

¡Lástima es que me vaya sin el retrato! Por una pueril coquetería de niña, ella lo siente como yo, y no la contenta la seguridad que la doy de recordarla en mis apuntes. — Me vestiría de blanco y estaría linda, — me dijo con candorosa tristeza. ¡Oh inocente paloma silvestre, cómo siento haber dejado en ese nido apartado tu deliciosa blancura!

VI

DE AQUÍ A LA MINA

28 de diciembre.

¿Cómo, diana ya, y acabamos de salir del baile? ¡Bonitos estamos! ¿Qué hora es? ¡Las tres de la madrugada! Bueno; entonces es una tontería tender los huesos. No me despertaría un redoble; tal vez ni una diana *con música*... Me voy a la guardia, a ver si me dan algo caliente para calentar más aún la calurosa calentura de mi cálida cabeza... Buenos días, muchachos: ¿fresquita la mañana, eh? ¿Qué se toma por aquí? ¿mate?.. Todo sea por Dios... Él lo dé y no me divida por haber sido injusto a veces con esta yerba bienhechora. Voy a hacer su apología, a guisa de desagravio. Vosotros me escucharéis ¡oh jóvenes! con silencio tal, que pueda oírse el estornudo de una mosca en tres cuadras a la redonda, y yo os expresaré luego mi reconocimiento en breves palabras...

Habéis de saber, pues, ¡oh pichones de Ministros, Tenientes Generales y otros! de cómo esta yerba se llama *ilex Paraguayensis* en sabio, y de cómo sufre las siguientes asombrosas metamorfosis, antes de venir a parar a esta calabacita tan cuca, que no pica

aunque tiene pico, y que, como no escapa a vuestra penetración, es por la parte exterior dibujada y pintoresca... ¡Eh! ¿quién llama?.. ¡Presente, mi Comandante: "aquí está el joven del baile para quien quiera algo de él!..."

Llevamos dirección al paraje denominado *La Horqueta,* y por el camino se hacen, del baile de anoche, los obligados comentarios. Todos hicieron conquistas; por supuesto, menos yo. Tocó la orquesta del Colegio, compuesta de violines, flautas, guitarras, etc., y se bailó con entusiasmo. Las niñas que asistieron me confirmaron en la opinión primera; en general eran bonitas y algunas de notable hermosura... Estuvo la niña agreste, la de los cabellos alitordos; de los ojos llenos de cándida malicia; de los labios frescos y suaves como besos de la brisa matinal... Todos salieron satisfechos del baile y más de uno halló asunto para cavilaciones trascendentales, en la deliciosa y simpática tontería.

Esta mañana se nos fue Camargo. Vamos a sentir de veras a nuestro alegre y bienhumorado compañero de fatigas y aventuras. Hicimos lo posible por retenerlo, pero no pudo ser. Tiene obligaciones, dice, en Montevideo, y debe marcharse... ¡Obligaciones, marcharse! ¿Qué le costaba trazar una pequeña curva? ¡Valiente geómetra que no entiende más que de líneas rectas! Pues bien: si no hay remedio, que se vaya ese viejo malo; que se vaya, no lo queremos más aquí... Lo que es a Nosiglia y a mí, no nos faltó

un pelo para hacer pucheros al dar el apretón de despedida al querido profesor.

Pasamos como a una legua de la *Mina Oriental* y no quise dejar de visitarla. Al efecto me separé de la columna, acompañado del Mayor Roure, y después de un corto galope, llegamos al paraje donde se hallan las excavaciones. Hay varias casas en ruina, ni más ni menos que algunos incautos que emplearon aquí sus capitales, esperando proficuos resultados. Dos casas de comercio expiran de consunción, haciéndose una guerra encarnizada, aun en lo que pudiera llamarse estertor de su agonía comercial...

Alguna vegetación crece por aquí, desalentada y enferma, como todo lo relegado a esta pobre altiplanicie. Las yerbas están agostadas y mustias; algunos árboles dispersos, se han quedado a medio crecer: parécenme aquejados de rara melancolía. Un *canelón* que vegeta trabajosamente, estrujado entre dos piedras, ha renunciado a elevarse y se inclina cual si proyectara devolverse al suelo. Salen algunos hombres a mirarnos; quizás somos raros por aquí. Hasta estos hombres me parecen tristes.

Nos apeamos delante de una *pulpería.* Después de algún momento de descanso significamos nuestro objeto, y un paisanito de gran cuchillo y cara alegre, se ofrece a servirnos de baqueano. Guiados por él empezamos a descender a pie la hondonada. El *cicerone* lleva una vela de sebo para alumbrar la galería. Unos cuantos desocupados se agregan a la expedición y van ilustrándola con datos que escucho a medias. Vemos en el trayecto algunos agujeros de gran profundidad, abiertos en la roca viva a fuerza de dinamita, los cuales dicen que son para dar a la mina aire respirable y luz. Tienen un brocal cerrado para evitar desgracias,

y se les llama *piques*. Son muy hondos: suelto una piedra en uno de ellos, y tarda tres segundos en bajar, lo que me da una profundidad media de 45 metros. La piedra cae al agua y el ruido que produce semeja un grito humano de triste eufonía, que llega a nosotros repetido y quebrado en las asperezas dejadas en la piedra por la explosión brutal de la potencia dinámica.

Seguimos adelante. La bajada es irregular y cortado el camino por peñascos abruptos y grandes montones de piedra, roja como mineral de hierro. Evitamos estos obstáculos rodeándolos. A veces tenemos que salvarlos. El sol desploma sus rayos ardorosos y nuestras frentes están cubiertas de sudor; nuestras ropas abrasan y las piedras que tocamos nos escaldan las manos. Llegamos junto a una casa medio derruída, y sale de ella, de uno de sus extremos, un largo y melancólico rebuzno. Nos acercamos con curiosidad y vemos alojado en un pequeño cuarto, que tal vez fue alcoba en mejores días, un asno manchego de pura raza: zaino en el lomo y en los flancos y de un amarillo leonado en torno de los ojos, en el hocico y en el bajo vientre. Nos dicen que es un *padrillo* destinado para el cruzamiento por el Dr. Aguirre, explotador primero y verdadero de esta mina. El rucio nos mira con aire absorto. Quisiéramos oírle rebuznar de nuevo, pero él se zambulle en un silencio circunspecto, casi senatorial. Lo dejamos entregado a sus meditaciones y proseguimos la marcha. El borrico se asoma a una ventana y nos contempla con gravedad solemne. Cualquiera lo tomaría por un diputado en ejercicio, a no ser por sus largas y epigramáticas orejas.

No hemos andado cien pasos, cuando nos sorpren-

de un clamor indefinido y confuso, una especie de ladrido que parece modular palabras. Volvemos la cabeza y vemos uno como gorila derrengado, que se nos avecina con agilidad, saltando y deslizándose entre las breñas. Sigue a voces una especie de monólogo gutural, del que consigo coger algunas frases sueltas; frases que acusan incoherencia de ideas en quien las aúlla, que no las grita. Aquel bulto animado, cuadrumano por su agilidad y catadura, hombre por las palabras sueltas que barbota, trae en la cabeza un sombrero, al cual, quizás por evitar complicaciones, le ha suprimido el ala; completan su equipo algunos pingajos de varios géneros y color de mugre, que flotan al viento, dejando al sol una buena parte de piel negra, con la cual luchan los huesos, empeñados en agujerearla y dar al traste con el armazón. Este ser extraño, mezcla, en su aún más extraño monólogo, nombres queridos y nombres raros. De pronto se para, nos mira, poniendo sobre los ojos de caídos párpados, su mano temblorosa, y grita, ahuecando la voz como para meter miedo: — ¡Buenos días, Capitán Querés! ¿cómo ti va?..

Preguntamos al *cicerone* qué es aquello, y nos contesta que aquello es el *Pajarito.*

VII

LA MINA ORIENTAL

Está en el bajo; unos mil pasos al S. O. de la *pulpería* donde dejamos nuestros caballos. Llegamos a la entrada, una garganta estrecha a cuyo fondo hay que descender asiéndose a las yerbas largas que nacen entre las grietas de la piedra rota. En el piso de la garganta hay una línea de rieles por donde han corrido las carretillas de balastro durante los trabajos. Los rieles están echados sobre durmientes medio podridos, que hay que saltar con cuidado. Se sigue la vía y se entra en la mina con ella. Entre los durmientes hay agua.

Llegamos al principio de la bóveda. El *cicerone* enciende su bujía. Examino: la bóveda es de ladrillo, groseramente construída, llena de filtraciones y agrietada a trechos. Hay que inclinarse al andar para no tocar el techo con la cabeza. Uno de los desocupados resbala y mete un pie en el agua; sus compañeros celebran el suceso con risas que repite el eco en diferente diapasón. Seguimos, avanzando a tientas, pues la vela, sin fuerza para romper las tinieblas, apenas difunde una luz penumbrosa en torno del que la lleva. Por fortuna aquí ya no hay agua, lo que me hace pensar que la de la entrada es pluvial y no ma-

nada como al principio creyera. Ya no hay agua, pero tampoco hay bóveda de ladrillo. Ésta concluye a cien pasos de la entrada y continúa luego la pared natural, llena de irregularidades dejadas por el zapapico. No deja de ser probable un hundimiento, pues la pared está compuesta de fragmentos de piedra, mal ligados con soldaduras de tierra cuarzosa, amasada con pequeñas cantidades de arcilla. Una detonación o ruido vibratorio que conmoviese el aire interior, podría ocasionar el desplome de grandes lajas que se hallan a medio desprender. La entrada, en la que hay bóveda de ladrillo, es de tierra gredosa, que, humedecida, adquiere cierta plasticidad fácilmente maleable.

La bóveda es cada vez más deprimida. De su corteza se destacan informes dentellones que se me figuran colmillos de esta oscura boca de la tierra, abierta ante nosotros en ademán hostil. El piso, a medida que la bóveda se estrecha, va descendiendo también en rampa suave. Me inclino y miro hacia adelante: allá lejos, vagamente coloreada por la luz amarillenta del guía, hay una como mancha de claridad, proyectada desde arriba sobre el pavimento negro. Es luz del sol que baja por un *pique,* y abrumada por la oscuridad y la distancia, adquiere al llegar abajo la palidez indecisa de la refracción lunar.

En una de las paredes laterales veo una cifra hecha con yeso sobre la piedra, y casi borrada por la humedad: es el cómputo de la distancia recorrida. "Doscientos metros". — Falta un poco, — dice lacónicamente el guía.

Examino la pared del *pique,* donde me aseguran que hay algunas vetas auríferas; pero, o lo entiendo muy poco, o las tales vetas sólo existen en la fantasía

de alguien que sabrá lo que se pesca. Veo, sí, que la parte de mundo geológico que hay sobre nuestras cabezas, se compone de grandes capas pétreas, irregulares, medio estratificadas y divididas a trechos por intersecciones de tierra gruesa. En éstas, de las que hay varias hasta la boca del *pique,* crecen algunas yerbas, descoloridas por la falta de sol. El viento que busca salida y asciende como soplado por un aventador mecánico, las sacude violentamente, manteniéndolas en perpetua agitación. Algún tallo que se desprende, no cae, sube y sale dando volteretas por la boca del respiradero.

A ambos lados del camino se encuentran pozas de agua. Debe ser la llovida que entra por el *pique,* pues la que producen las filtraciones no basta para formar depósitos, debiendo ser consumida por el pavimento. Hallamos dos *piques* más. Uno de ellos no es, como los otros, vertical. Debiendo ser abierto de abajo arriba, hubo de dársele una inclinación no menor de 60º con la horizontal, a fin de hacer posible la marcha ascendente de los obreros.

Después del tercer *pique* se acentúa rápidamente la depresión de la galería, debiendo inclinarnos mucho para poder avanzar. Es sensible la presencia de ácido carbónico y la respiración se hace trabajosa. La bujía siente también el efecto, porque oscila un largo trecho, hasta que la escasez de oxígeno la apaga al fin. El Mayor y yo llegamos al término, andando de prisa, y empezamos a medir la galería. Los pulmones funcionan con trabajo y la asfixia empieza. Volvemos, una vez cerciorados de que es también de piedra el fondo de la mina, y hallando a los compañeros, buscamos la salida casi a la carrera. En el primer *pique* respiramos libremente. Estamos cubiertos

de sudor, y no obstante, la temperatura es muy baja. Seguimos luego andando más despacio y por fin ganamos la salida. Nuestras medidas arrojan un resultado de 280 metros. Miro el reloj: hemos andado veinticinco minutos por las entrañas del suelo. Confieso que en su transcurso no me he hallado completamente tranquilo. La luz, brillando en la oscuridad con la amarillez siniestra de una pupila de buho y apagándose luego por sí sola, tal como un ojo que la muerte cierra; las voces, lúgubremente repetidas por esa otra voz de lo inanimado, que se llama eco; el frotamiento de un reptil que se desliza; la presión misteriosa de lo inerte, que oprime sin aplastar... todo; los respiraderos con su luz crepuscular; la luz enseñando a medias el piso viscoso y los flancos resquebrajados del antro; el antro, tal vez irritado oscuramente contra los pequeños audaces que hollaban sus entrañas rasgando su silencio; el silencio desgarrado por las inflexiones múltiples del eco; el eco, devolviendo a gritos el metal de nuestras voces; las voces, repetidas tristemente como lamentos de la piedra herida... ¡todo era solemne, todo magnífico, todo grande! Se columbraba en derredor algo trágico que se oponía. Hay en lo disforme yo no sé qué amenaza de acometida oscura. El alma rebelada se apercibe a la defensa, y un instante se siente el hombre sublimado por esa grandeza salvaje, que bien merece llamarse "grandeza de los pequeños"!

. . . .

En la entrada de la mina percibí nuevamente al ser hirsuto que nos siguiera al bajar a la hondonada; aquél que el guía señalara con el nombre de *Pajarito*.

VIII

PAJARITO

Empezamos a subir la dura cuesta y nos siguió a cierta distancia, rezongando no sé qué monologo. Yo tenía la mente llena con la visión de la mina, y no obstante, aquel ser que tras de nosotros venía saltando, resbalándose y perorando sin tregua, me preocupaba vivamente. ¿Qué decía? ¿hablaba? Sí: yo le oí distintamente pronunciar palabras. Luego reía. Quizás decía algo chistoso, algo estúpido; ¡quién sabe! tal vez algo grande. Parecía loco o ebrio por sus gestos y palabras. Si era loco, era pacífico y alegre; ebrio no estaba, a mi ver. Tenía los músculos muy elásticos y la cabeza harto firme. Era orador y auditorio: eso se veía. Trepaba a una piedra, detenía un instante sus movimientos y peroraba; en seguida se aplaudía. Hablaba en tantos tonos que parecía ventrílocuo. ¿Qué idioma hablaba? ¿Brasileño? ¿castellano? Ni uno ni otro: yo escuché una confusión extraña de idiomas, constituyendo un lenguaje pintoresco y especial. Pronunciaba mal y de prisa, pero se le entendía algo. Antes de salir del predio de la mina, cerca del segundo *pique,* halló una piedra grande a su paso; una piedra de forma irregular, rematada en un ángulo obtuso. Nosotros la rodeamos, él la

subió. Encaramado en el pico, sujetándose con las manos, parecía una cabra montés. Nos miró de hito en hito, rióse luego y empezó a hablar casi a gritos. Yo me acerqué para oírle. Filosofaba; decía:

—¿Ostés qué se piensan? ¿Quené que son ostés? Ostés son lumbrigas de la tierra, lo memo que yo. ¡Se acauso Pacarito non saberá o que ostés andaun querendo! ¡Pobres minimos! Non hay oro na mina: non hay oro; non hay más de que tierra y pedras... Foy un ladrón foy, quen dijo que había as montoeras .de oro na mina, y trose otros algunos... ¡pra robalos! A Pacarito non lo roban non, porque Pacarito e pobre como ratón digrexa. Tambein Pacarito non roba, pero nin lo quié lo negro di la uña; pide, isto sin, y mas ante se muere diambre, mas ante, porque mabien negro vieco pobre, mabien que ladrón. Cuando meno te diseron que Pacarito e loco; iso te diseron, a la fija. Non li hagás causo, porque ti estaun mintindo pra te sacate los rial. Yo sou un negro pobre poreim bastante adilantao; pero calláte la boca; non cuentés pra os gurises de que Pacarito seye un negro vieco bastante adilantao, porque e lo mimo que se vos ti poniera a dale rapé a un ñandú. Capitán Querés: dame dose rial; sacáme una soscrisión pra me darme dose rial. Yo ti voy a curate di una infermedá que tú tiene. Tú sofre di lucura porque viene a traser oro di la Mina Orientá... Ti inquivocas: tú está loco; yo ti digo que ti voy a curate di tu enfermedá. ¿Sabés quené que sou yo? Yo sou el negro Pacarito; vos ere el Capitán Querés: tanto gusto conosete a usté; pra servite a usté... Nen vos se piense quené quié el negro Pacarito. Yo ti voy a cuentá agora mimo neste momiento. Yo sou un sordao vieco di la depindensia qui tenemo ne mi tierra;

yo fuy clarín nel tiempo diante. Dame un clarín si dubida y yo ti mostro como te deco sordo de los ovidos... ¿Non te diseron que Pacarito foy sarnento? Pois sou sarnento pra que tú sepa. ¡Quein sabe, Capitán Querés, si tú se hiso queimar taun serquita como el Sarnento Pacarito! Yo non proseyo atoa porque yo teno las marcas ne mi cuero. Agora vas a ver como yo ti conto una cosa pra que tú sepa: cuande yo era negro muchacho me cunté cuna negrita, pra que tú sepa, y tive dos gurises y una mulata chica igualita lo memo como mi negra... Intonse yo era cabo, intonse. No se piensen que estaun hablando con cuarqué porquera. Dispois me diseron que fose a sirvir outra veis, y fuy, porque sempre teño sido un negro meio valente. Cuande ya estive muin duna veis disgrasiao, pedí que me lo desen una baja pra me mandarme mudá pra mi casa, y apañei quiñentos asote mal, mal contao. Asín toy yo que non sirvo mais pra nada, o memo que guitarra vieca, atirao nun rincón. A veis pasada me diseron que ibaun a me tirar un ritiro pra min, y ainda estou isperando. ¡Me parese que puedo isperar deitao, me parese! O quies o ritiro non viene; ya no persisan, a la cuenta, del negro Pacarito. Yo istou alegre porque me estou rindo, poreim non e di cuntente sinón di triste, lo que istou viendo comé qui trataun ne la mema tierra duno a un sordao vieco, taun luego como el sarnento Pacarito. Mi negra nostaba, pra que tú sepa comé que yo sou de disgrasiao, cuande yo vortei con las quinetas di sarnento. A la cuenta tíñase arsao c'algún otro negro trompeta o memo que yo. Al pedo e que yo istaba tudo ancho con las quinetas... Los gurises de Pacarito volaron pelaos o memo que pichón de cuervo. Intonse Pacarito lo llamabaun *Tisera,*

intonse, por quiera negrido cortadó como ele solo... Poreim era negrito cortadó al cuete, porque todo me lo arsaron; no incontré mais de qui la osamenta de mi perro atirado ne la porta de la manguera... Capitán Querés: dale neinque seye dos rial pra el pobre negro vieco; mirá qui istou bein pobre. Cuarqué gaucho atoa tene un soquete pra se inllená la pansa; sólo el negro Pacarito e que non tiene mais de que hambre y malacas... De barbe e que istoy gordito: e por que sou negro gordito de nasimento. Yo ti mostro como istou yo di lastimao. ¿Querés ver las firidas de Pacarito?.. Agora ti voy a mostrar ne la purpería. Si querés intrarte ne la mina, intrate no más, no tenás miedo; quedate ne la mina porque Pacarito ti voy sacar ..

Un largo acceso de tos, seguido de una carcajada estúpida, cortó la palabra a aquel infeliz, que, tras largos años de oscuros sacrificios, arrastra hacia el sepulcro cercano la pesada y maldita cadena del paria. ¡Pobre Pajarito! No sabes tú que al oír el relato incoherente de tus desgracias, al escuchar de tus labios amarillentos la dolorosa odisea de tu vida miserable, se me ha apretado el corazón de pena y he llorado por ti... ¡por ti, Pajarito, por tus hijos, por tu mujer prostituída, por tu vejez olvidada y por tu raza proscrita!

IX

COSAS ALEGRES

29 de diciembre.

Sí... cosas alegrecitas: ¡por poco no estamos bailando el fandango! ¡Pasad horas ardientes de la tarde! ¡pasad horas heladas de la noche! ¡pasad horas interminables de la mañana!.. Salimos de la Horqueta, donde, en verdad digo que nos horquetamos como benditos de Dios. ¡Qué calor tropical! ¡qué agua tibia e insípida! ¡qué sombra *asoleada!* ¡qué espinas punzantes!.. Horas llenas de *micuines* y vacías de notas risueñas: ya os he dicho que paséis...

Acampamos en un paraje denominado Los Mármoles, a causa de una mina de esta piedra que se halla en vías de explotación, aunque no le veo traza de que pueda seguir muy adelante. El paraje es malo para acampar. Ya me prometo pasar una tarde insoportable y no le hallo gran chiste a la promesa. Delante tenemos el cerro de la Isla de Varas, elevado y abrupto, avanzando su cúspide cenicienta cual si se fuese a echar sobre nosotros.

Mañana llegaremos a Minas, que está ahí a tres leguas, como quien dice ahí a un paso; entretanto nos tostamos gravemente, haciendo sombra a unos arbustos que *parece haber* por aquí.

Vadeamos una *cañada* y hallamos un sitio algo más pasable donde tender los cuerpos, más que rendidos, fastidiados. Es increíble la molestia que causa el calor en tales circunstancias. Luego tábanos, después mosquitos, y, en fin, variedad de plagas que no por dejar de ser egipcias, dejan de ser insoportables... Para colmo del fastidio, recibimos la visita de un hombre tan charlatán y tan posma, que estuve a punto de echarme a llorar al oírlo...

—¡Qué persona tan atroz! Hablaba de prisa, preguntando y anticipando él mismo la respuesta; dando explicaciones y detalles de cosas que maldito si nos importaban, y refiriendo anécdotas y sucedidos a propósito de esto o lo otro; todo sin escupir ni una sola vez. Si este hombre habla siempre lo mismo, pronto va a tener la lengua más gastada que un cuatro boliviano... Cansado de escuchar su prosa implacable, le dije en tono fisgón: ¡Pero, señor, qué cigarros insufribles! ¿No le aburren a usted? — ¿A mí? No, señor; a mí no me aburren jamás los diminutos e interesantes fenómenos de la Naturaleza. (Al oír esto el cocinero estuvo a pique de enterrar las narices en el fuego). Lo que a mí me aburre —prosiguió aquel hombre tremendo—, es, más que la calma de estos campos augustos y sitios inocentes, la ruidosa *movilización* de las ciudades habitadas, en donde una *admósfera* parece que quisiera ahogarnos, y en donde se encuentra el forastero que no vive allí, con mil intrigas y mil aventuras raras que están,

como la espada de Temístocles, pendientes sobre la cabeza de uno...

—¡Bendito seas, Dios mío! Gracias a ti, que me quedé dormido; sino, creo que aquel hombre hubiera conseguido partirme en dos pedazos con la espada de *Temístocles.*

Urrutia: Usted que me ha visto niño, comprenderá el encanto con que escribo este capítulo. Es para usted. Son pedazos de recuerdos recogidos en un viaje retrospectivo que hice con la mente allá por los inolvidables años de mi primera edad.

MANUEL.

X

EL HOMBRE DE LOS CAMPOS

No he podido hallar un gaucho para describirlo a mi placer, y como hubiera podido hacerlo, merced al profundo conocimiento que tengo de él, de sus costumbres, de sus leyendas y sus desgracias. Lo conozco bien; pero hubiera querido tenerlo ante mí, representado por uno de los tipos que en otro tiempo dieron asunto al romance americano y nombradía a esa valiente raza. La extinción del hombre nacional es un hecho consumado . . Ya no se ven, no, aquellos de formas varoniles; los de piel tostada, alta frente y mirada altiva; los de poncho terciado y pañuelo flotante, crujiente tirador con botonadura de onzas españolas y amplio chiripá negro con franja viva, sombrero ladeado airosamente y cortante puñal de plata, botas de potrillo blanco, grandes *lloronas,* camiseta bordada, calzoncillos con cribo primoroso y temibles *boleadoras* colgadas de la cintura. Esos tipos que se ven a medias en algunos cantos americanos, como tristes visiones de razas extinguidas, han muerto con Santos Vega. *El Gaucho Florido,* último y digno heredero de "aquel de larga fama", no pudo ver impasible la decadencia de los paisanos de raza y se barrenó la sien. Con la muerte de este hombre,

cuya mano he estrechadò con respeto, el tipo nacional, el tipo hermoso, el altivo, se ha perdido para siempre, y ni siquiera vive, fijado su contorno romancesco, en universal e histórico poema. ¡Oh si yo fuese poeta para cantarlo! ¡oh si yo tuviese en mi lira notas bastante tiernas, bastante tristes, bastante salvajes para cantar la vida del Gaucho Americano! Entonces tú, *Martín Fierro,* serías algo más que una curiosidad literaria: serías el héroe impersonal en la historia de una raza; serías el tierno payador agreste, llevando el canto de las praderas a través del tumultuoso oleaje de veinte generaciones!.. Bien puedes, ¡oh América!, preguntar a la exclusivista Europa: "Dime, conquistadora: ¿qué has hecho de mis hijos? Contesta, madre: ¿en dónde están tus desgraciados nietos?"

. . . .

¡Cómo me entristece la pérdida de esos hombres que, jinetes en no domados potros de cola atada y crin flotante, despertaban a su paso los ecos dormidos de la pradera, su cuna! Yo los he visto; los he visto cuando era niño y los he admirado. Ya entonces eran raros, pero menos raros que hoy. En una grande estancia del interior vi algunos hombres de tristeza altiva que, en las tardes del estío y en sus noches perfumadas, cantaban bajo el ombú de eternas hojas verdes, canciones tristes y vagas como reprimidos ayes de dolor. Luego les veía dejar la guitarra, cuyas cuerdas quedaban repitiendo, temblorosas, el último acorde triste, como si no quisiesen olvidarlo; y, siempre con reposado tono, hacer relatos de aventuras amorosas o de peleas a cuchillo, con igual libertad de detalles que si ellos no hubieran sido los protagonistas. Ni suprimían hechos propios, como quizás

hubiéramos hecho nosotros, ni los abultaban, como hacer pudieran fatuos vulgares. De la narración hecha con palabras sencillas, pero con imágenes gráficas de ésas que el gaucho aprende en su intimidad con la Naturaleza, de las que con una palabra pintan una situación suprema, se desprendía la grandeza del narrador como el fulgor de la estrella; sin que se esforzase por ello, así como la estrella no se esfuerza por brillar... Luego, al nacer la mañana, he visto a aquellos cantores de la tristeza, convertidos en obedientes hijos del trabajo, salir a parar rodeo con los amplios ponchos crujientes de escarcha, voceando al ganado que, habituado al grito, abandonaba el bosque y la ladera ganando presuroso las alturas trilladas, donde se reunía, girando en derredor con rapidez de vórtice... Algún toro rebelde abandonaba el rodeo y entonces uno de aquellos centauros, espoleando al potro soberbio, lo lanzaba en pos del fugitivo. El toro es más rápido, pero se fatiga, en tanto que el caballo, cuyo jinete con las piernas recogidas sobre sus flancos y tendido sobre su cuello para evitar el viento, lo estimula suavemente con el látigo, aumenta poco a poco la carrera. En cinco minutos de lucha el animal noble ha dado alcance al animal salvaje: éste intenta volverse, pero antes de conseguirlo recibe en la espaldilla el choque del caballo y bambolea; el jinete aprovecha el momento: lo ase por la cola con la diestra mano, lo endereza al rodeo y empieza el pugilato formidable: la fiera intenta huir y toma carrera; el jinete la alcanza, se aferra a su costado izquierdo, cual si efectuase un abordaje, y la sigue sin perder ni ganar un palmo; el toro intenta aventajar al caballo y el caballo al toro; el jinete, dando gritos, flagela a éste con su recio látigo y le hace

precipitar la carrera, bramando de dolor, y haciendo vanos esfuerzos por dar al cuerno sangriento empleo. Por fin, el toro cansado, furioso, intenta detenerse y combatir; pero el caballo, implacable, como un ariete de carne, lo empuja brutalmente y el látigo lo azota sin piedad. La fiera se acobarda y, ebria de rabia, impotente, busca refugio en el rodeo y entra a él, sudorosa, con los ojos inyectados y mascullando bocados de espuma viscosa entre las fauces sangrientas.

He visto más: los he visto con la misma indiferente sencillez que contaban sus hazañas debajo del ombú viejo y nudoso, tirar su vida entre las astas de un toro por salvar a un compañero. La frecuencia del peligro los familiariza con él, de tal manera, que ya sólo lo advierten cuando llegan a correrlo los demás. Quiero contar un hecho de que fui testigo, porque fue Julián su héroe y yo amo el recuerdo de Julián.

...En un extremo del corral ardía una gran hoguera, a cuyo lado se alzaban enormes pilas de leña seca. Entre las ardientes brasas despedían chispas fulgurantes las marcas de hierro caldeadas hasta el rojo blanco. Al lado de la hoguera había una gran fuente de grasa para introducir en ella la marca después de haber estampado su forma en el anca del becerro.

El corral, inmenso, desplegaba su cuadro en las caídas de una loma. El ganado, empujando el encierro, asustado por tantos preparativos, se agrupaba en el fondo. Se abrió la puerta y entró la cuadrilla de en-

lazadores, compuesta de seis hombres, jinetes en adiestrados y poderosos caballos.

Por las inmediaciones del fogón, sitio que dejaba libre el ganado, estaban distribuídos hasta unos treinta peones como tendidos en guerrilla: en mangas de camisa, con un pañuelo atado a la cabeza, una piel de una vara de largo y media de ancho sujeta a la cintura y el lazo trenzado de cuatro correas en la mano.

Empezó la faena: dos de los jinetes avanzaron al fondo del corral; el ganado se arremolinó, trepando unos animales sobre otros y estrujándose contra los palos del cerco.

Los enlazadores armaron sus lazos, los rodearon un instante en torno de sus cabezas y los despidieron sobre el elegido blanco. La *armada* partió silbando, cayó, se tendieron los lazos, y dos toros quedaron sujetos por los cuernos.

Al sentir el contacto escurridizo del lazo, comprende en seguida el toro de dónde parte la agresión y atropella al jinete. Esta acometida, que llaman *venirse sobre el lazo,* la evitan los enlazadores con destreza y facilidad admirables: ora con una huída rápida, ora con un brusco escape a uno u otro lado.. el toro marra el golpe, hiere el aire, da un traspié, torna a erguir la cerviz humillada para herir y sigue furioso la carrera. El jinete acompaña su movimiento para evitar el tirón seco; el lazo silba y cruje al quedar de súbito tirante; el caballo resiste el tremendo impulso, diestramente apuntalado en sus remos y el toro es casi siempre tumbado por el tirón.

Pero es imposible sujetarlo allí.

Se levanta rápido bramando sordamente y buscan-

do enemigos en torno; acuden los pialadores (1), y poniéndose a su vista, fuera de alcance, le llaman con gritos y alboroto la atención.

Acomete, pero el lazo se tiende y le hace describir a la carrera un círculo cuyo centro es el caballo que lo sujeta. Al pasar, los de a pie le arrojan sus lazos a las patas delanteras. Uno u otro consigue sujetárselas, lo deja correr, pasa con rapidez el extremo del lazo en torno de su cintura y se echa atrás con violencia para hacer pie. Aquello es pérfido: es la astucia insignificante domeñando a la fuerza estúpida. En la violenta huída siente el toro que le tiran de los pies: clava el hocico en el suelo, da una vuelta sobre sí mismo y queda en tierra, sujeto por los lazos y atontado por la caída.

Llega el castrador y en menos de diez segundos termina, sin gran cuidado, su bárbara tarea. El animal pone en blanco los ojos y se muerde la lengua, a veces hasta cortarla, haciendo rechinar los apretados dientes. El operador se lleva los testículos de la víctima a guisa de trofeo y los arroja al fuego, en donde, sin más aderezo, se convierten en manjar saboreado luego con placer.

Entretanto, los que apresaban al toro lo han puesto en libertad, corriendo presurosos a encaramarse a los postes del inmediato cerco. El toro se levanta loco de dolor y de coraje, vertiendo sangre a chorros de la parte mutilada; gira en derredor sus ojos torvos; hiere en la tierra con su uña hendida y se lanza con rugido tenue tras de sus verdugos, que, ya en lugar

(1) Enlazadores a pie, cuyo objeto es sujetar con sus lazos las patas delanteras del animal y derribarlo de un tirón brusco, dado precisamente cuando la res alza las patas para avanzar en la carrera.

seguro, se mofan de él gritándole: *¡cha, cha, cha, cha,* torito! *¡cha, cha, cha, maula!* y otras voces usuales de desafío.

Llega, pues, tras ellos; pero llega tarde, y su furor sólo puede cebarse ora en un poste, ora en un poncho olvidado, en una damajuana, en un tizón. De improviso ve el resplandor de la llama y su irritación se aumenta. Baja la cabeza y acomete al fuego lanzándose en medio de la ardiente hoguera; ruge de dolor, pero no ceja; salta, se retuerce, arde su piel; la cerda y el pelo quemado infestan con su olor acre; los tizones y las marcas vuelan aventados en todas direcciones. Cuando sale de allí es para caer a los pocos pasos, donde es ultimado por los peones que desde el cerco intentaron en vano impedirle la consumación de su bestial hazaña.

Tal era el fondo del cuadro cuando presencié el episodio que referir pretendo; episodio que enseñó a mi entendimiento de niño la grandeza de ese movimiento de amor humanitario que, en las almas bien templadas, ahoga al innato de conservación. Movimiento magnífico, rápido como lo inspirado, sencillo como lo grande. Yo ignoro por qué me conmueven tan hondamente esos actos de valor supremo. Parece que encarnada en mi ser la sensación psicológica de la humanidad, tan cargada de egoísmo, sintiese ante la consumación de un hecho noble, algo así como desahogo, como consuelo. Es lástima que no tenga mi mano la necesaria firmeza para hacer que la hazaña de Julián se destaque con toda su enérgica belleza en el bosquejo nacional que con indócil y tosca pluma acabo de esbozar.

Habríase llegado a la mitad de la faena y hacía un calor sofocante. Por ambas razones seguía el tra-

bajo sin la rapidez y uniformidad que requiere, tanto para evitar que se estropee y adelgace el ganado con el largo encierro, como para regularizar lo más posible el servicio de mutua protección que entre sí se prestan los pialadores. Éstos, que por la mañana hicieran gala de agilidad y presteza, estaban rendidos de fatiga, merced a seis horas de ruda tarea, en donde alternaba la necesidad de cumplir bien el cuidado, con la vigilancia sobre la ajena y la propia conservación.

Uno de los pialadores enlazó un ternero, no pudo hacer pie, dio el tirón en falso y hubo de soltar el lazo. Para recobrarlo echó a correr tras el ternero que huía balando para el fondo del corral. En ese momento los castradores soltaron un toro mutilado.

La gente de a pie se puso en salvo sobre el cerco sin advertir la imprudencia del pialador que, habiendo conseguido coger el lazo, pugnaba por derribar al ternero para quitárselo. El toro postrado por la operación dolorosa, no se había levantado aún. Un jinete se llegó a él y le dió un golpe con la argolla del lazo. Se levantó rápido y tambaleó un momento, borracho de ira; vio cerca el jinete, tomó carrera y se lanzó sobre él. El jinete evitó la acometida, y el toro, burlado, siguió galopando en dirección al fondo del corral. El pialador había sacado el lazo al ternero y volvía arrollándolo tranquilamente; el sol le impedía ver al toro. Éste lo vio y se plantó en la carrera, erguida la cerviz, altos los cuernos, mirando al hombre. Azotó sus flancos con la cola ensangrentada, tiñéndolos de rojo, dio algunos pasos atrás, agachó la cabeza y arrancó. Todos los ojos lo vieron; todas las bocas lanzaron un angustioso *¡guarda el toro!* El hombre, al ver de súbito el peligro, perdió la sere-

nidad y echó a correr desatinado. El que huye ante un toro es cogido sin remedio. Aquel hombre estaba perdido. Nadie dio una voz, nadie se arrojó a salvarlo: era imposible. Todos lo comprendieron y todos temblaron.

Pero en aquel momento hirió los aires un grito, un grito salvaje de audacia y desafío. Cien ojos anhelantes vieron un jinete lanzado a la carrera sobre la espalda de brioso *pangaré,* en dirección contraria a la que llevaban el perseguido y la fiera.

Saltó a todos los ojos su designio, y algo así como un viento de epopeya azotó aquellas caras sudorientas. Allí venía Julián, venía un hipántropo, no escalando el cielo con afán impío, sino oponiendo la abnegación suprema a la fiereza salvaje para salvar una vida. ¡Hermoso era aquel hombre! Tostado como un Antinoo de bronce, la mirada fulmínea, el cabello medio erizado batiendo la cabeza, la cabeza erguida sobre el cuerpo, el cuerpo firme sobre el potro, el potro firme en la carrera sujeto a la rienda, la rienda en la mano izquierda y en la derecha el rebenque de recia lonja... Aquello fue un relámpago; allí nadie vio: todos cegaron ante la visión instantánea del heroísmo. Tendidas hacia atrás las orejas, las narices dilatadas, las crines flotantes, el caballo herido por la espuela, avanzaba recto, veloz, incontrastable, magnífico: el toro venía espumeante, erizado el morro, arqueada la cola, humillado el cuerno, la boca entreabierta, el ojo cerrado: era la bestia acometiendo ciega. Las dos fuerzas se encontraron: la fuerza salvadora chocó con la fuerza trágica. El pecho del caballo dio de lleno en la cerviz del toro. Un alarido de triunfo salió de una nube de polvo, ahogando un relincho lastimero; el caballo cayó desplomado al suelo; el

jinete, lanzado por encima del toro, cayó de pie, sobre sus piernas de acero, diez pasos más allá... El toro quedó balanceándose, moviendo a derecha e izquierda la cabeza agachada, como un perro que husmea; se contrajeron con hipo sus ijares; su lengua colgante se dilató en erección nerviosa y sus pupilas se ocultaron enseñando la sangrienta córnea. Abrió las patas con tiento, como para apuntalarse, ensayó a andar, y atontado, tropezando en sí mismo, dio algunos pasos, le flaquearon las patas delanteras y cayó de rodillas, hiriendo el suelo con el hocico. Quedó así un momento, intentando levantarse, hasta que cayó del todo. Uno de los pialadores le dio un golpe con el pie, y él, con el último aliento de rabia, sacudió la cabeza, ensartando con el ya impotente cuerno una boñiga de vaca endurecida.

Estos son recuerdos de niño. Lo vi hace diez años y no lo vi con más detalles que los que acabo de describir... Creí que la grandeza del episodio había de engrandecer al narrador: por eso me atreví. Julián es el hombre de los campos; poeta y músico de nacimiento; valiente y generoso como un héroe del Tasso, por inclinación y hábito... Es ese hombre-sentimiento que tiene en el alma la tierna tristeza de las baladas rhinianas, y ostenta en su frente la altivez indómita del hijo de doña Inés. Espíritu soñador e indolente por naturaleza, trabaja sin entusiasmo, pero con tesón. No descuella por su actividad, y esto lo hace un huésped del siglo, que, en su ansia de agitación, reniega de la altiva apatía del gaucho, incapaz de comprender su poesía. El gaucho no trabaja, no inventa: luego no sirve para nada... ¡Hom-

bres, perdón! Vosotros que sois todo manos, dejad en su quietud orgullosa a los que sólo tienen corazón. Hago una auto-defensa al abogar por ellos; porque si el desdeñar el guarismo y el detalle, y rechazar la humillación, y el escamoteo ilícito del céntimo, y el pan infamado por el ademán soberbio, si eso es ser indolente, es ser orgulloso, soy orgulloso e indolente también. Yo amo al hombre, pero detesto al usurero; yo acepto el trabajo, pero rechazo la explotación indigna a que se presta. Yo reconozco a Dios y lo venero, pero abomino la usurpación que de su poder soberano han hecho durante dieciocho siglos los falsos sacerdotes. Sí: me postro ante el Dios del cielo, pero reniego del Dios de los altares... ¡Yo no doblo la rodilla ante la imagen grosera de un hombre como yo!.. Eso mismo hace el hombre de los campos. Le han roto la sien porque no quiso doblarla ante los ídolos vanos de la tiranía humana, y él, no pudiendo hacer oír su protesta sobre los alaridos bárbaros del triunfo, ha caído silencioso alzando su mirada a las alturas. Se ha querido hacer ciudadano del gaucho, sin pasarlo ni aún por el ancho tamiz de la instrucción primaria, y ha resultado el ilota, producto tan sólo digno de las naciones esclavas. Mírese más para el campo; edúquese al gaucho, al paria, y entrégueselе, con la educación, la credencial de sus franquicias y derechos. Imposible es que no haya en siglo tan grande, un sitio donde esa raza, hoy judaizante en su patria, pueda engendrar hombres nuevos y amamantarlos con el ansia de movimiento que agita al mundo moderno, abandonando a la leyenda americana los tesoros aún no explotados de su vida contemporánea, poetizada por un romántico tinte medioeval.

XI

ABANDONAMOS EL CERRO

30 de diciembre.

Hombre, lo que es por mí... ¡cuánto antes! Ayer hemos pasado un mal día, gracias a la sobra de molestias y la falta de comodidades. El cansancio empieza a hacerse sentir y vamos adivinando que no todas son florecitas en el campo, y que esto de salirse a dar una vuelta por ahí, no es cosa de más o menos, como allá por Montevideo se figuran; y que el recado por lecho, el caballo o el talón por vehículo, el asado con cuero por almuerzo y cena, y otras pequeñas cosas cuya enumeración dejaré para mejor momento, tienen dos y tienen hasta tres bemoles.

Por fortuna llevamos caballos de refresco, y la risueña mañana nos alegra; acentuando el contento la idea de que dentro de poco y después de trasponer la cúspide gibosa de una razonable cantidad de cerros, vamos a llegar a Minas.

Antes de partir observé que las aguas de la *cañada* tienen un lecho de piedra arenisca, cuyas capas han ido aglomerándose caprichosamente y dejando un reborde que las hace semejar a gigantescas valvas. En la marcha veo con frecuencia enormes trozos de pie-

dra, caprichosamente arrojados en parajes de tierra vegetal: en las planicies, en las colinas, en las laderas; informes monolitos de muchas toneladas de peso, que hunden lentamente su mole en la llanura, donde tal vez esperan una metamorfosis, solitarios como ermitaños de piedra. El paisaje es magnífico: por doquiera montes altos de formas caprichosas, recortando al cielo el color azul y nácar de su tocado matinal. Sobre ellos, gigantes, yergue el Pan de Azúcar su talla de titán. Llegué a un pequeño bohío a pedir agua, y me la dio una viejecita que estaba transplantando no sé qué legumbre en una huerta que cabía en la casita, la cual casita a su vez cabía en cualquiera parte (con perdón sea dicho). Algunos patos *marruecos* se refocilaban en una pequeña poza de agua sucia; un hermoso gato pardo se restregaba en las piernas de la viejecita, arqueando la espina y endureciendo la alzada cola; cinco o seis conejos cegatones, dando saltitos que hacían balancear sus orejas largas y enhiestas como cuernecitos de cabra, triscaban el trébol húmedo por el rocío, causando la desesperación de un perro novato, que, ladrando con fatiga, estiraba la cuerda que lo ataba a un poste, sin disimular la gana que tenía de ir a meterse con ellos.

Seguí la marcha tras de la columna. Entre otras piedras de distinto género que formaban como un islote, en un mar cuyas olas remedaban las yerbas largas que mecía el viento, advertí una conglomeración de alguna importancia, entre cuyos nódulos predominaba el rosa pálido del feldespato y el veteado lechoso del cuarzo blanco.

Ayer se nos adelantó el Mayor Roure para conducir a Minas al cadete Lyons, enfermo de un absceso exterior, aunque doloroso, de poca gravedad. Lo llevó en la jardinera, y al tiempo de someter al paciente a una asistencia médica regular, preparará lo necesario para alojarnos sin tardanza a nuestra llegada. Los cadetes, entusiasmados con la proximidad del pueblo, van, como suele decirse, saliéndose de la vaina. Me he adelantado para examinar un gran pedrusco metamórfico, tallado a manera de pirámide cuadrangular, y los veo descender una pronunciada pendiente con las armas a discreción, los ponchos a media espalda, cruzado el pecho por las tiras de lona que sujetan las proveedoras, y que de lejos parecen dos rayas blancas destacándose en el fondo oscuro de sus ajustadas casaquillas... Los caballos echan el cuerpo atrás para guardar el equilibrio. De donde estoy percibo un rumor confuso, rumor que no hallaría tono definido en el diapasón, porque los tiene todos; constante chocar del jarro con la cuchara, de la cuchara con el plato y del plato con el recado, componen extraño y desigual acompañamiento para la no más ordenada sinfonía de diálogos, apóstrofes, relatos, risas, cómicos lamentos y cien distintas voces, que sin cesar flotan y emanan de aquel animado grupo de estudiantes. Las filas de cuatro en fondo, que de ordinario forman para la marcha, se han alterado algo con la precipitación del descenso, y hay entre la novel caballería cierta pintoresca confusión. Su vista me trae a la memoria las descripciones que hace Alarcón de la caballería marroquí, y la ilusión se aumenta a causa de unos blancos alquiceles de faldilla flotante, que llevan los cadetes sobre el quepis para preservarse lo más posible del sol. Bajan

al llano y las filas se recomponen, ocupando cada cual su sitio y dividiéndose las mitades ordenadamente. A las nueve de la mañana subimos a la cumbre de un cerro ceniciento y calvo como la cabeza de un buitre, y al trasponerlo nos encontramos de improviso con una aglomeración de casas. Estamos a una milla escasa de Minas.

XII

MINAS

Muy pintoresco me parece el pueblo. Está situado en una mediana elevación y en plano ligeramente inclinado al norte, lo que le pone en buenas condiciones de limpieza, hallándose preservado, además, por su situación, de la demasiada hostilidad del viento, temible en estas alturas por los encajonamientos y contra - impulsos que recibe al desatar su furia entre los cerros. Tiene calles largas, que me parecen limpias (y pongo que me parecen, porque, aprovechando un pequeño alto, estoy tomando esta perspectiva de la cima del cerro rapado a que aludí en el último parágrafo del capítulo anterior). En el centro del pueblo hay un cuadro verde. Lo verde son árboles y el cuadro debe ser la plaza, que, según dicen, es muy bonita. No hay casas altas, limitándose en su mayoría a la primera planta. En las afueras, sobre la orilla norte, descuella la torre redonda de un molino de viento, cuyas aspas, estiradas e inmóviles, parecen brazos amagando al cielo. Más a las afueras, cerca del molino, corre un pequeño arroyo, en cuyas orillas se balancean frondosos sauces de troncos esbeltos y copas verdegay. El arroyuelo tiene pequeñas lagunas unidas por angostos hilos de agua, a mane-

ra de istmos, junto a las cuales las lavanderas van de aquí para allí tendiendo en el suelo la ropa jabonada; o entradas en el agua, en cuclillas, arremangadas las faldas, golpean las piezas contra una tabla, mientras sus chiquitines retozan en cueros, o cuando más en camisa, apostando quien tira una piedra al otro lado, o quien la hace dar más saltos sobre el agua, y amenizan su diversión ora con risas bulliciosas, ora con memorables cachetinas.

Por no quedarnos ya reales, sentamos nuestros *vintenes* en una gran barraca de tablas, improvisada para celebrar la romería con que una Sociedad Española de Socorros Mutuos celebra anualmente el aniversario de su fundación. Las fiestas han durado tres días, y según dicen, estuvieron bien, solamente que resultaron de ellas dos heridos de bala. No sé quién observó juiciosamente que los tiros son explosiones peligrosas del regocijo popular. Los de la tragedia fueron dos napolitanos que aprovecharon el ruidito de la fiesta para ventilar a balazos sus asuntos. Afortunadamente les echaron mano, lo que prueba que la justicia no puede dejar en paz a las personas ni siquiera en los grandes días de regodeo.

Estábamos sancionando con mate amargo la toma de posesión, sentados, unos sobre un cuero, otros sobre un tronco, otros sobre la yerba, otros, en fin, sobre sí mismos, que es el medio más eficaz para estar sobre algo, cuando vimos llegar un guardia

civil de la Jefatura Política con una carta en la mano. El sobre amarillo me hizo pensar que podía ser un despacho telegráfico, y entre bromeando y convencido, le dije al Comandante: "Ahí viene un telegrama que lo va a hacer bajar a Montevideo". ¡Ni aunque lo hubiera sabido! El telegrama era del Ministro de Guerra y Marina, ordenando al Comandante que inmediatamente se pusiese en camino para la Capital, encargando de la expedición al Mayor Roure, su segundo.

Al otro día pasaba la diligencia a Pando, y temprano, muy temprano, se embarcó en ella el Comandante director, fugando casi, para evitar a los cadetes la ocasión de manifestarle sus afectuosas y tocantes simpatías. Estaba lloviendo; Nosiglia y yo lo despedimos. Iba afectado, pues tanto como nosotros, sabía que no había de volver a dirigir sus cariñosos e inteligentes alumnos. Teníamos por seguro, como lo fue efectivamente, que lo llamaban para darle el mando de un batallón, empleo que él había manifestado deseo de obtener, para llevar a terreno práctico las ideas reformadoras que durante largo tiempo patrocinara en la prensa, fundando sucesivamente dos publicaciones militares, en la última de las cuales cúpome el honor de secundarlo. Antes de partir me dejó una media hoja de papel escrito con lápiz, para entregar al Mayor. Era una despedida lacónica, pero llena de sentimiento y cariño, para sus queridos estudiantes. Después del primer momento, empezaron entre éstos los comentarios. ¿Quién sería su nuevo Director?.. Este problema los tenía inquietos, y tristes la dificultad que creían ver de encontrar uno como el que perdían. La noticia de que el Mayor

Roure asumía el mando de la expedición, dejó sin resolver el problema, pero por lo pronto tranquilizó los ánimos cavilosos.

Aquí perdemos un compañero y ganamos otro. El que perdemos es el Teniente Coronel Quintana, alegre y espiritual paisano que nos acompaña desde que salimos de Pando. Es un delicioso compañero, junto al cual no cabe el aburrimiento; lleno de recursos, de agudezas y de amigos que nos han obsequiado al obsequiarle. Tiene cada *caída* impagable. Nadie como él relata con chistosa exageración un *sucedido;* nadie acierta a dar tanto sabor cómico a un percance cualquiera de los tantos que nos ocurren a cada paso. Tiene la instrucción variada que da la experiencia a un entendimiento claro, y aprovecha su discreción y donaire haciendo cortas las horas. Cuando con su ojo avizor y perspicaz de campero viejo atisba algo de qué poder sacar partido, larga el ático *bolazo* de su sátira campestre y se queda muy serio. Oportuno siempre, jamás le oí una frase harto madura o un chiste fuera de sazón. Llamaba a Nosiglia *La Tribuna Popular* y a mí *El Ejército Uruguayo,* y más de una vez se valía de los tales motes periodísticos para *palpitar* a algún prójimo, diciéndole muy formal: "Pero amigazo, ¿a que usté no ha visto nunca puebleros tan lindos con unos nombres tan largos y tan fieros? . ." Fue subdelegado de Mosquitos y lo sacaron no sé porqué. A buen seguro que no fue por voluntad del vecindario, entre el que goza de generales simpatías. No puedo decir lo mismo, salvo muy rara excepción, respecto a los demás funcionarios públicos que hemos encon-

trado al paso. Parece que hubiese especial cuidado en buscar el elemento peor para mortificar a estos pobres paisanos, que no necesitan para mandarlos hombres sabios, y sí hombres buenos. Debe entenderse que no digo esto porque nos hayan tratado mal, sino haciéndome eco, quizás perdido, de las quejas que con tristeza he oído formular por casi todos los vecinos de casi todos los distritos.

El compañero que ganamos es el profesor de Geografía e Historia don Albino Benedetti, que ha venido a alcanzarnos aquí por no haber podido salir con nosotros el 20. A última hora, y merced a nuestras instancias, el Comandante Quintana se ha decidido a acompañarnos una jornada más.

Hemos pasado el día de ayer bastante divertidos. Como que hemos estado de haraganes... Los cadetes visitaron el pueblo vestidos con sus sencillos y elegantes uniformes de gala. Se murmura que nos van a dar un baile; pero, si es, será esta noche, porque mañana nos vamos. Vinieron a visitar el campamento varias personas; pero lo que es faldas, no. Creí que aquí, como en Pan de Azúcar, podría contemplar desde nuestros dominios, a las beldades de la localidad. Chasco como él...

Me invitaron esta tarde para pasear a caballo por el pueblo, y acepté con gusto, montando un soberbio oscuro, de ojo vivo y ardiente, abierta nariz y apretados belfos, remos delgados, ancas ligeramente deprimidas, cabeza pequeña, casco acopado y hondo,

sedosa y larga crin, corvejones nerviosos, sillar corto y superior alzada .. Un caballo que hace honor a cualquier jinete.

Dimos vuelta a todo el pueblo. Me explico ahora por qué no vi el campanario al divisar a Minas. La iglesia está al lado de la Jefatura, contrastando tristemente con ella en tamaño, arquitectura y todo. No creí encontrar semejante iglesia en Minas, sobre todo junto a un edificio bueno y frente a una linda plaza. Todavía si la hubiesen puesto por donde no le diese el sol... pero, no señor: la han colocado modestamente en las narices del curioso viajero, como diciéndole: ¡eh! ¡despacito que ahí está eso!..

Estoy viendo el día en que algún *sonriste,* impresionado con el aspecto de esa casa grande junto a esa casuca fea, escribirá en su lengua, sobre poco más o menos:

"En un pueblo bastante pequeño que hay *en las Minas de la Banda Oriental*, se hacen casas bajas con puertas grandes que se abren para adentro y ventanas más chicas que las puertas, cuyas casas grandes tienen a su lado el granero, cuyo granero tiene un aparato muy ingenioso para espantar ratones. Este aparato según pudimos informarnos por vista de ojo, consiste en dos grandes campanillas, cuyo cencerreo destemplado lleva el sobresalto al ánimo suspicaz de los temibles roedores".

Y se quedará muy fresco, después de haber agregado tan importante dato a los muchos y muy exactos que de estos países y sus costumbres tienen los centros científicos europeos.

25 DÍAS DE CAMPO

> Después pareció que los muertos se quedaban solos.
>
> EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

Cuando hubimos recorrido el pueblo y visto de cerca los sauces que ayer mencioné desde lejos, salimos por la parte sur, y tras un breve galope llegamos al cementerio. Tuve curiosidad de verlo, no se por qué. Lo único que pudiera moverme a una investigación —algunos restos de los antiguos *minuanos* — no se encuentra aquí... quizás esos restos se han perdido totalmente, aunque me han asegurado que se encuentran en el paraje denominado Sepultura. Condescendiendo a mi deseo, uno de mis acompañantes fue en busca del sepulturero, volviendo en breve con un hombre mal vestido, feo, de manos sucias y ojos amarillentos, que miraban desde allá del fondo de las órbitas redondas... digo mal: no miraban, acechaban: luego no eran dos ojos, sino dos espías. Tenía el hombre, o me pareció que tenía en el rostro cierto color terroso. Tal vez la muerte, en fuerza de tratarse con él, se iba posesionando familiarmente de su fisonomía. Abrió la puerta, diciendo con risa "que iba a presentarnos su clientela". Si hubiera de ser enterrado por este hombre, estoy seguro que había de pasar un mal rato.

Entramos a la aldea de los muertos, — pues no creo que figure como ciudad en la geografía de ultratumba—. Nada hay de notable allí. Cada sepultura representa, como en todos los cementerios, una solución al problema de la vida: personas que se han muerto y las enterraron. Después nada más... Todos lo mismo. Los lineamientos de la sombra tienen una monotonía abrumadora.

No obstante, sobre la igualdad de la muerte queda la variedad pintoresca de las inscripciones y el mayor o menor lujo y primor de los túmulos y lápidas. Aquí no se pronuncian mucho las muestras de piadosa esplendidez póstuma. Alguno que otro sepulcro con estatuas o grupos alegóricos, por lo general de yeso. Tal cual de mármol. Inscripciones más o menos pretenciosas, más o menos tiernas, pero todas favorables a los muertos . . . Creo que la historia debería ir a escribirse al cementerio. Allí se vería claramente que tienen derecho a un sitio en sus páginas todos los muertos que llevan letrero, especialmente los que *viven* en casa propia. . . ¡Siempre y siempre la misma condición! ¡Oh, si los muertos pudiesen corregir las obras de los vivos, cuántas inscripciones se borrarían de las lápidas! . . Oye, tú que pierdes un ser querido: hombre, medita sobre tu tumba; mujer, llora sobre ella, para eso eres débil; y si sabéis orar, orad los dos. . . Si no queréis al extinto por inclinación, si lo queréis por fórmula, enterradlo y guardad un silencio decoroso. *¿Cuándo volveré a levantarme?* Esta pregunta al arcano fue mandada a grabar en una tumba alemana por el que duerme en ella. . . ¿Sabéis preguntar lo mismo? . . Aquello fue lo último que dijo el alma al abandonar sigilosamente su terrenal encierro. Haced otro tanto, enhorabuena: lo haréis con vosotros; pero nadie os autoriza para cargar una tumba ajena con letreros que el indiferente lee en alta voz y haciendo comentarios sobre el muerto. . . ¡que tal vez lo está oyendo! . . Por si hay quien venga a llorar o a sentir entre sus huesos, basta un nombre que nada revela al profano y a ningún comentario se presta. No sé por qué, cuando veo una lápida con la descripción en

detalle de las cualidades del finado y el afecto de sus deudos, pienso involuntariamente que éstos han temido olvidar, andando el tiempo, lo que era el muerto y los quilates de cariño que le profesaban, y han salvado el contratiempo haciendo escribir en piedra el pormenor de las unas y la intensidad del otro... ¡Oh, Dios mío! ¡Yo quisiera que cuando rasgues mi envoltura miserable, la arrojes a un rincón tan apartado y oscuro, que ni siquiera sepan dónde está, para ir a roerla las larvas!

. . . .

Vi también el osario, el *carnero,* que dicen vulgarmente. Es un tabuco pequeño y sucio que hay a un lado, cerca de la entrada. Será para no tener que andar mucho con los destinados a alojarse allí. Los pobres son, por lo regular, gentes pesadas, y deben ser lo menos cargosos posible... A pesar de que a este osario creo que sólo deben ir los cadáveres inhumados, después de la momificación. Hay un montón de huesos desencuadernados, tibias, fémures, costillas, falanges, hacinados desordenadamente en un rincón. En otro están los cráneos, riendo con la risa siniestra que graba la muerte en las calaveras; mueca espantosa que traduce el drama sombrío de la eternidad en una carcajada interminable... En el fondo hay pingajos llenos de costras y jirones: aquel rincón recibe las miserias de la miseria, las herencias de los desheredados. A un lado hay otro hacinamiento: son los esqueletos que han quedado enteros, sujetos por la piel como por un sudario. Allí están, unos sobre otros, rígidos, amarillos, repugnantes. Las caras de estos esqueletos no ríen: tienen en su enflaquecimiento una inexplicable expresión de angustia y miedo. En esto se diferencian la calavera y el rostro de la

momia. Aquélla ha sacudido la carne repugnante y parece celebrar su libertad riendo con extraña risa; ésta, encarcelada en la piel pergaminosa y sujeta por las endurecidas y tensas cuerdas del tejido muscular, conserva la apariencia humana y sufre una segunda esclavitud... ¡Cómoda es la incineración! Se reduce el cuerpo a su volumen mínimo; se le salva de la putrefacción y la asquerosa tarea de los gusanos, y al mismo tiempo, con su leve residuo de cenizas, se hace de la vida y sus grandezas una magnífica parodia.

XIII

TEMPUS FUGIT

31 de diciembre.

Te vas, 86... Vehemente asaz es mi deseo de que no vuelvas: te lo aseguro. Tanto es, que aun cuando pudiera tu omisión en el cómputo del tiempo restar los días que te forman de los que yo viviré, si de mi dependiese tu salvación, te juro que te perdías.

¿Me has hecho mal? No lo sé. Creo que no... Me has hecho vivir tu vida: he ahí todo. En ti he vivido mucho; he sufrido mucho también. No suelo quejarme, porque eso es de pusilánimes. Compadezco, pero no imito a los poetas tétricos que se empapan en lágrimas para cantar mejor. Digo que no suelo quejarme, pero te acrimino. Tú, grano de arena en el desierto de los siglos; tú, golpe ciego descargado con el *knut* del tiempo en las espaldas de la humanidad; tú, tramo débil de la escala que la vida sube a tientas y la muerte baja a saltos... ¡tú has sacudido al mundo! Dirás: "¿y qué es el mundo?" Tienes razón, miserable: el mundo es aún más miserable, más ruin y más insignificante que tú... Cuando salte el gran resorte desgastado o roto, tú quedarás marcando un paso en las edades muertas, y

este átomo que se encabrita galopando en el espacio, esclavo de mis pies, volará esparcido al viento en impalpables moléculas. Tú eres eterno y él es limitado; si se disloca algún día, sólo quedará tal vez en la tradición de los extraños seres, habitadores probables de esos mundos que trazan, alumbrando el caos, sus misteriosas parábolas... Año: ve a ocupar el sitio cronológico que te señala la cristiana era; pero apunta que has traído pestes, bajezas, guerras y miserias como los que llegaron antes que tú dos siglos, a pesar de que ardió el vapor en tus entrañas y de que el hilo eléctrico, caballo de la luz, llevó a los ámbitos del mundo los pensamientos que en los días de tu vida germinaron en la mente de la humanidad!

. . . .

No hay que asustarse, porque voy a continuar en prosa. Yo soy así: a veces *se me va la mula,* como suelen decir por estos campos; pero, tengo esto de bueno: me reporto al poco rato y vuelvo por mis clavijas. Apenas ensayo el vuelo, cuando, fastidiado por no poderlo alzar como deseara, digo, imitando lo que dijo Panza al abandonar el gobierno de la ínsula Barataria: *malhayan las alas de la hormiga que me levantaron en el aire para que me comiesen los vencejos y otros pájaros...* Hoy salimos de Minas, y, tras una amena marcha matinal de dos leguas cortas, campamos en la falda del Monte Arequita, donde nos proponemos pasar dos días, a fin de poder visitarlo y dar razón de las curiosidades que cuentan de este coloso de piedra.

Debo mencionar, porque harto lo merece, la galante conducta de los habitantes de Minas, quienes nos hicieron objeto de afectuosas atenciones y fraternal agasajo. Anoche nos obsequió el comercio con una tertulia en casa del señor Agente de Negocios de la República Francesa. Nos divertimos prodigiosamente, pasando las gratas horas que son de cajón habiendo obsequiosa amabilidad y hermosas niñas. Esto último sobre todo: son uruguayas y basta decirlo para hacer su elogio en elocuente cifra. No me meto a describir el baile, porque no me da el naipe para esas cosas que exigen disposición y carácter especial para sorprender y trasladar al papel su encanto psicológico y la volubilidad variadísima de sus detalles. Siempre he sido, y sigo siendo, a Dios gracias, un cronista bastante malo, y como *peor es meneallo,* me escamo y no lo meneo. Digo lo que he dicho, si es que dije algo, y me marcho mental y efectivamente de Minas, para zambullirme en la descripción de Arequita y echar un ojo a sus achaques científicos.

Año nuevo, vida nueva.

(REFRAN)

...Y ya que entramos en otro año sin haber subido al monte, quiero, antes de mirarte desde la altura de éste, saludarte y echarte una arenguita desde la puerta de aquél. Conque... ¡buenos días, lector amigo; felices y buenos días!...

No extrañes que te salude tan efusivamente; pues ya sabes, si no lo ignoras, que hoy es día de Año Nuevo, y que, por lo tanto, cambiamos de fecha, y

que a los hombres nos agrada cambiar... aunque se pierda en el cambio. Alégrate, pues, lector; porque, si no me engaño, te traigo la buena nueva. Hoy de mañanita escuché con atención cómo cantaban los pájaros. Estaban muy alegres. Alégrate tú también y canta algo, si es que no cantas muy mal; porque en tal caso vale más que te calles... No creas que son las peores las alegrías silenciosas. Yo estaba triste ayer, como podrás haberte enterado por la primera parte de este capítulo. Pues bien: hoy estoy casi contento, — *casi,* con perdón de *Fernanflor* —. Pero no tengas miedo: la alegría no me ataca por mal sitio, no, señor; tengo una alegría melancólica para lo que gustes mandar; una alegría que me hace hablar, pero bajito, lo que me place tanto como me desagradan las alegrías escandalosas. Item, estoy resfriado, salvos sean tus respetos, y no podría alzar la voz sin poner en evidencia la desafinación de mi laringe; por lo que, cual varón que apechuga con las circunstancias, sin permitir que éstas apechuguen con él, tomo el partido de escribir y te elijo por lector. Creo que no habré echado mi intención y deseo a mala parte, y que no serás tú quien, sin leerme, me abandone a los tres tirones. Yo tengo gana de que leas éstas mis razones y los otros mis relatos, con algunos más que a su sazón irán llegando para tu gusto y mi provecho, porque para eso escribo y sólo por semejante miramiento aguanto un editor con intrepidez que, o ando yo descaminado, o me acredita por bueno. No soy de los que publican y dicen a voces que sólo buscan con sus libros el propio contentamiento y que los escriben para sí. Yo soy franco, es decir, majadero. Yo escribo mis libros con trabajo y desvelos — porque las razones, para ser buenas y

estar a punto, han de ser elegidas con ingenio y ordenadas con arte y pulidez, — para que tú lo compres y luego lo leas; aunque puedes guardarlos sin abrirlos, por cuanto se antepone a mi deseo tu voluntad, desde que compras el tomo, o, según Proudhom, desde que lo robas al convertirlo en tu propiedad. Dígote que, ya sea robo o legal adquisición, me trae a mí buena cuenta que lo lleves con tal de que lo pagues. Lo demás, créeme, son sutilezas de la moderna filosofía, con que no almorzaremos una higa ni tú ni yo. Ya ves que no te muelo demasiado. Atinadamente dije que la alegría me daba por aquí, y aunque cometa pleonasmo, afírmote por mi vida, que esta alegría me alegra. Desazón y pena tuviese si me tentara a dar vueltas de carnero y hacer otras cosas por igual estilo indecorosas e impropias, como tienta a muchos, según tengo leído escrito de muy buena tinta. A oscuras estoy sobre si mi libro te ha dado gusto o fastidio; pero, doyme a pensar que, habiendo llegado a tan avanzado sitio como es éste en que te hallas, no me darás la gran lanzada sin leer la palabra última de la postrera hoja. Esfuerzos hice, y grandes, por no aburrirte en demasía. Te he llevado en mi compañía hasta el cementerio o domicilio de gentes que han sido: ya ves tú... A lo menos doy por seguro que no te cansará tanto leerme como a mí *escribirme*. Has de conocer, como si las vieras, varias y amenas cosas, por el módico y razonable coste que se señale al tomo; digo, suponiendo que el tuyo no sea de los regalados, que bien puede suceder, en cuyo caso sabrás *gratis et amore*, como quien dice, sin fatiga y sin soltar la mosca, lo que a mí me cuesta tanto referirte en detallado romance... ¡Todo sea por el amor de Dios! Puede que algún día me

lo pagues, como llegue a averiguar a punto fijo quien eres. Entretanto y como quiera que te estoy agradecido porque me escuchas sin protesta ni pestañeo, y aún no te he sentido bostezar desde que te estoy hablando, y aún te queda paciencia cuando a mí se me ha acabado la saliva, y porque supongo que eres de los que pagas el tomo y hasta son capaces de comprarse dos, te doy las gracias por todo y te reclamo mi aguinaldo, despidiéndome hasta la vuelta... de la hoja, donde, si a mí me peta y a ti te place, continuaremos la plática.

XIV

AREQUITA

Por mí fe digo, Arequita, que te tengo miedo. Al intentar tu descripción sin serio precedente científico; al contemplar tus espaldas gibosas, tus ancas deprimidas y tus narices decapitadas y escuetas; al pensar que tengo que presentarte a cierto número de personas respetables que te mirarán doctamente por encima de las gafas, y que, acaso debido a mi torpeza y poca maña en aliñarte, te hallarán distinto de lo que ellos se figuran; al meditar sobre éstas y otras cosas en que no quisiera pensar, se me pone el cuerpo como carne de gallina y tengo miedo: no lo puedo remediar.

El cerro de Arequita est[illegible]ituado dos leguas al norte del pueblo de Minas, en[illegible] los arroyos Santa Lucía y Campanero. De lader[illegible]ortadas a pique en la mayor parte de su contor[illegible]iene dos a manera de gargantas que lo hacen [illegible]ible, en las que una capa de tierra vegetal, b[illegible]nte considerable, acarreada y esparcida por el arrastre de las aguas, alimenta una poca vegetación, estrujada a menudo por el desprendimiento de fragmentos de roca, y de continuo azo-

tada por los vientos. *Chirca, Cactus, Anacahuita, Tula* y algunas gramíneas: tal es en su mayor parte el producto de la superficie vegetal, añadiendo tal cual planta de *Marcela,* que crece confundida con los arbustos mayores y variedad de *mimosas* o *sensitivas.*

En esta capa de tierra hay muchos peñascos desprendidos en grandes trozos desde la cima, y hechos pedazos al estrellarse contra obstáculos resistentes. Estos desprendimientos se explican fácilmente sabiendo que la roca, feldespática en su masa, tiene, entre otros componentes secundarios, grandes y dilatadas vetas de carbonato de cal, formando como soldaduras entre porciones irregulares de la peña. Luego, los agentes atmosféricos, ejerciendo su influjo emoliente sobre la cal, la deslíen, produciendo derrumbes que han alterado y siguen alterando la forma primitiva del cerro. Tal debe ser el origen de ciertas cavidades regulares que hay en él, y de otras separaciones y hendiduras que, en mi concepto, no explica satisfactoriamente ninguna otra conjetura.

El feldespato, que, como he dicho, forma la masa general del monte, es rojizo, con muchos granos de cuarzo y grandes nódulos calizos. En algunos sitios, sobre todo en las alturas, estos nódulos se han desleído dejando huecos más o menos redondeados que pueden servir de guarida a hombres, aunque son albergue habitual de cuervos.

El día de nuestra llegada al actual campamento, escalamos el monte, Benedetti y yo, con ánimo de anticiparnos a la columna, la cual debía hacer una excursión a la mañana siguiente. Dejando los caba-

llos en las primeras estribaciones, subimos por una de las gargantas o *abras,* teniendo que descansar a menudo y enjugar el sudor que nos bañaba. A cada paso encontrábamos enormes monolitos que nos cerraban el paso, y habíamos de buscar otra senda o escalar la piedra con inaudito trabajo. La escabrosidad de la subida es tanta, que apenas se compensa, una vez en la cima, con el goce de la perspectiva.

Llegamos rendidos. Benedetti, con su incansable manía científica de huronear por todas partes y verlo y tocarlo todo, siguió andando y explorando sin dejarse vencer por el cansancio. Yo me senté en una piedra, a la sombra de otra, y dejé que se quemase solo. Sin moverme del sitio hice algunos disparos de escopeta a las aves de rapiña que volaban sobre nuestras cabezas, trazando grandes círculos y graznando inquietas. Si, como es probable, se creyeron seguras en sus agrestes dominios, es justificado su sobresalto al vernos trepar allí y saludarlas a tiros. Algunas águilas mezclaban sus silbidos al graznido desapacible y áspero de las aves negras, y cortaban velozmente el espacio sin mover las alas. Una que pasó a tiro recibió de lleno la carga de mi escopeta, y herida de muerte, fue volteando a caer sobre los arbustos espinosos que faldean las estribaciones del monte.

Atardecía. El sol, enorme y rojo proyectil de fuego, descendía velozmente, como si hubiese perdido la fuerza que lo lanzara al punto culminante de su trayectoria sideral. La altura barométrica iba descendiendo con el sol. Me levanté de mi asiento de piedra y me encaminé hacia donde caía el astro, deseoso de presenciar su hundimiento desde el extremo del cerro, cuya altura, desvanecida en sus costados por

pendientes que parecen asaltarla atropellándose, se revela aquí, majestuosa y completa. La roca, cortada a tajos, sin pulidez, abrupta, presenta al nadir su frente, erizada de riscos y picachos. Sobre uno de éstos afirmé los pies, a costa de arriesgado salto. Miré y lo vi todo espléndido allá abajo. El paisaje, sacudiendo con vago esfuerzo el letargo pesado del bochorno, empezaba a agitarse soñoliento. La cinta de árboles que ceñía los pies de la montaña, trocaba su verde oscuro en negro indeciso, con transición gradual. El ganado se levantaba y, balando, se alejaba en pequeños grupos sueltos, buscando el reparo del boscaje que ornaba a trechos el arroyo, el cual recortaba a la derecha el panorama. Sobre el arroyo flotaba franja encendida de bruma levísima, y la bruma se acostaba sobre el agua, y el agua se adormía entre las piedras, y las piedras quebraban las últimas luces con sus puntas caprichosas, quebradas también... Allá a lo lejos, en la orilla del bosque, estaba ya tendido el campamento: las tiendas, alineadas, destacaban sus blancas siluetas en la indecisa luz crepuscular; aún se distinguían las formas humanas cruzándose desordenadamente por aquí y por allá... Un momento más y se escuchó un redoble. Me sorprendí: miré al cielo, tranquilo y lejano; miré a la tierra, silenciosa y distante... Sobrecogido, temblé ante la visión grandiosa de la Naturaleza en calma. Recuerdo que tuve frío. Los picos que erizaban la pendiente y se adelantaban en el vacío como acechando a la sombra, se me antojaban nevados. Después me cercioré de que la capa blanca que tenían era excremento de aves... Me asustó la idea de asistir sólo a la muerte de la luz y busqué con los ojos a mi acompañante. Allí estaba, cerca de mí, en un picacho

vecino, recto el elevado cuerpo, avanzado el pie cual si la presencia del vacío le interrumpiera una empezada marcha, erguida la calva frente y los ojos perdidos en el horizonte inmenso donde se acostaba el sol... Las notas metálicas del clarín, repetidas por cien ecos, trajeron la oración hasta la altura. Cuando expiró el último acento de la melodía religiosa, el sol se escondió del todo, dejando reflejos de incendio en una legión de nubes que se adornaron con sus postreras luces. Bajamos el monte en silencio, como temiendo que aquellas piedras inertes despertasen de su sueño y se lanzasen a interceptarnos el paso... Nuestros caballos temblaban respirando ruidosamente y tendiendo las orejas con manifiesta inquietud. Montamos, descendimos a la llanura y, como sobrecogidos de miedo extraño, nos dimos a galopar presurosos, camino del campamento.

Murió el crepúsculo, y la sombra, después de tender sus velos en las espaldas del monte, avanzó sigilosamente y se echó sobre nosotros.

Después que acabara de escribir los detalles de la excursión de hoy, recuerdo que me he dejado uno. Voy en busca de una vela y vuelvo en seguida a reparar el olvido.

. . . .

Una extensa veta caliza de varios metros de espesor, que unía al monte un gran pedazo de piedra, lo ha independizado al disolverse, y hoy levanta, solo y salvaje, su escabrosa talla. Inaccesible al pie, sólo

sube el ala a su cabeza calva. Visto a distancia, semeja la silueta tosca de vetusto campanario. Sus flancos escuetos están magníficamente adornados por flotantes colgaduras de esas bromelias que llaman comúnmente *clavel del aire.* Por lo visto, el viejo esclavo del monte, manumitido ahora, entretiene su ocio eterno adornándose de flores.

XV

LA GRUTA "COLÓN"

Detrás del peñón solitario, cincuenta pasos al este, se abre en el cerro una hendidura transversal, profunda. Es el vestíbulo de la gruta, labrado tal vez de un tajo por algún arquitecto titán. Allí llegamos todos en tropel, con jalones por cayados y faroles para iluminar las entrañas de la roca: no seríamos los primeros en llevar la luz a las tenebrosidades del antro. Subimos un plano, inclinado hasta formar un ángulo de 45º con la horizontal. Andados cien pasos tocamos una roca a pico: era la pared del fondo. Cortada longitudinalmente ha quedado ella, la mitad mayor, entera, mientras el otro pedazo se ha partido en dos. Siguiendo la pared en ambos sentidos, se hallan salidas. A la derecha una hendidura elevada, a la izquierda una bajada oscura. Por una pasaban volando las águilas; por la otra debían arrastrarse los reptiles. La bajada lleva a la gruta. Bajamos.

El camino, labrado toscamente en escalones desiguales, es oscuro y peligroso. La escalera, digo mal, la rampa dentada, vuelve sobre sí misma dos veces y desaparece de improviso como engullida por oscura boca. Aquella boca es la entrada de la gruta. Una abertura elíptica, por donde apenas entra un hombre doblado en dos. Sale aire por allí. ¡Quién sabe si es aquel agujero el canal respiratorio del monte! Acaso

estén los pulmones más allá... Se entra emocionado; no es sincero quien diga que entró tranquilo. El que viene detrás ve al que lo precede, desaparecer de pronto en la sombra negra y titubea. Entra, porque el peligro vago lo fascina y anda por aquella garganta tres pies caminando en cuatro... Se piensa en Jonás al perderse entre las fauces de la ballena de piedra y se espera con temor el momento de llegar al vientre... El vientre, esto es, la gruta, aparece por fin, tenebrosa y recóndita. Diez luces nos preceden, y aunque algo pálidas, consiguen, tras breve lucha, lanzar en derrota las tinieblas. Un millón de murciélagos, únicos y naturales habitadores de aquel antro, nos reciben armando infernal algarabía. En la semi-oscuridad que deja en el fondo de la gruta la aglomeración de sombra, columbramos una prominencia informe, y como inspirados por igual idea, nos dirigimos a ella. Trepamos y nos hundimos. El montículo es guano de los murciélagos, resbaladizo y hediondo. No importa: una voz varonil resuena en la honda entraña y la siguen todos, entonando en majestuoso acorde las valientes estrofas del Himno Nacional. ¡Aquello fue magnífico! ¡Hollando fango, descubierta la cabeza, bajo cincuenta metros de granito, se alzaba virilmente el viejo canto, haciendo estremecer las piedras y palpitar los corazones!... Hoffmann hubiera hallado en esa visión un sublime asunto para sus fantásticas leyendas. Por un momento soñé encontrarme en una de aquellas *ventas* misteriosas que, desde el vientre del abismo, lanzaban gritos de justicia y reparación que hacían estremecer los tronos y temblar a los tiranos.

Pasó la ilusión y terminó el canto. Examiné la gruta. Es una gran cavidad de base elíptica, cuyos

ejes miden cuarenta y veinte metros respectivamente, y cuyo techo abovedado, arranca del suelo y asciende gradualmente hasta alcanzar una altura máxima de seis metros. El pavimento, accidentado, va elevándose hacia el fondo. El techo, revestido de una continua capa de cal, tiene en algunos puntos curiosas aglomeraciones estalactíticas, de cuyos vértices gotea el agua, filtrada de los depósitos que forma la lluvia en las pozas de la cima. Una de estas filtraciones cae, acompasada y monótona, en una tina puesta de intento para recogerla, y hace oír su invariable *tic, tic,* segundo por segundo. Esta agua tiene, según cuentan, propiedades medicinales; pero ha de ser fuerte el estómago que consienta en recibirla, viendo los asquerosos ratones alados que abrevarán y harán sin duda otras porquerías en ella.

Abandonamos la gruta respirando con fuerza a la salida. Ya he notado otra vez la extraña oposición que gravita sobre el ánimo cuando se encuentra opreso en estos misteriosos subterráneos, cuna de las tinieblas, sepulcro de la luz. La vista gira en torno con recelo, cual temiendo vagamente ser víctima de un acecho... Los pasos pugnan por dirigirse a la salida y las voces bajan de tono insensiblemente... Tomé nota de una inscripción que hay, calcada en tierra portland, fuera de alcance, en la pared del fondo. Tuve la curiosidad de copiarla con la prosodia especial que hace de ella una curiosidad más del cerro.

DUEÑO D J. MONTERO
GRUTA COLÓN
DESCUBIERTA EN SEP. POR D P
CARBALLIDO· MEJORADA POR LO-
S "AMIGOS DEL PROGRESO" É INA-
UGURADA EN NOV. DE 1870

Así reza la inscripción. Sin duda que esos amigos del progreso no lo eran tanto de la gramática... De donde infiero que no se puede ser amigo de todo el mundo.

Antes de abandonar el cerro abracé de una ojeada sus contornos boscosos, sus frentes hechos pedazos, sus acantilados inaccesibles... Allá arriba, enfilados en las crestas de piedra, habíanse posado infinidad de águilas y cuervos. Tal vez les causaba pasmo vernos salir de la roca como vomitados trabajosamente por la hendidura. El monte está, en las alturas, sobre todo en su frente oeste, tapizado de líquenes, cuyo desarrollo los presenta como eflorescencias de la piedra. Son un dato para considerar respetable la vejez de este coloso, esas amargas talofitas, sabe Dios cuántas veces centenarias. De una grieta cuelgan las hojas fibrosas de varias plantas de helecho, *filex mas.* Los cadetes, gateando por las grietas y resaltes de las piedras grandes, les arrancan a palos su tocado de claveles. Nos retiramos por fin, bajando la falda, que va deprimiéndose gradualmente hasta perderse en la llanura. A los cincuenta pasos se nos oculta la entrada. Aquel picacho amputado, aquel centinela oscuro, se interpone entre la vista y ella... Esa piedra es el guardián de la gruta; ya no lo dudo. No podía estar abandonada. Yo lo creía así y escudriñaba los contornos como buscando al Cancerbero disforme... Lo he descubierto. Ese es. La Naturaleza, celosa de sus hechuras, ha clavado ahí el peñón salvaje, guardando la maravilla.

XVI

¡AVANTI ADESSO!

3 de enero.

No ha podido seguir más y se nos va, se nos va el viejo amigo, el compañero impagable, el buen Quintana. Mucho vamos a sentir su falta. Ya no oiremos los nombres periodísticos que con tanta gracia aplicaba a Nosiglia y a mí; ya no nos alcanzarán las atenciones de sus conocidos; ya no oiremos cuentos. Los cadetes, a quienes había sido tan simpático como a todos nosotros, lo despidieron en corporación, dándole, al marcharse, algunos afectuosos vivas. El hombre sencillo se fue conmovido. Hubiera querido seguir de nuevo, pero no podía ser. ¡Adiós, viejo compañero, adiós y felicidad! ¡Si ha podido haber intrigas mezquinas que te deprimen, sabe, para tu consuelo, que hay simpatías generosas que te levantan!

Me dejaba sin contar una cosa que tiene su sitio aquí. Antes de abandonar el cerro de Arequita, después de la excursión de hoy, hizo la compañía ejercicios de tiro al blanco. Todos echamos nuestro

cuartito a espadas. El objetivo era un bizarro *bersagliere,* de sombrero ladeado marcialmente y unos bigotazos de cuarta y media. Se gastaron tres cartuchos por plaza, haciéndose algunos blancos buenos. El enemigo, aunque mal herido, estaba tan fresco como si tal cosa. Supongo que sería por hallarse pintado o por alguna otra circunstancia.

Las detonaciones, devueltas por las concavidades del cerro, se multiplicaban prodigiosamente. De suerte que cada disparo nuestro era contestado en seguida por una descarga de pelotón.

Ayer y anoche llovió bastante. Nada es más fastidioso en un campamento, que la lluvia; nada da más motivo para poner a prueba la paciencia y el buen humor, cuyas dos cosas deben ser especiales para no estallar en desahogos que, a pesar de su energía biliosa, son inútiles para remediar el mal en lo más mínimo. El agua corre por debajo de las tiendas y se apaga el fuego, y se mojan las camas, y las ropas, y las provisiones... y pronto empieza a llover sobre mojado. Medio conjuramos el peligro de dormir hechos sopa, cortando brazadas de ramas verdes y tendiendo las camas encima. Yo traté de escribir un poco para pasar el tiempo; pero en lo mejor me cayó en el papel una gota de a cuartillo. ¡Me da una rabia esta gota maldita, que parece un ojo revuelto!..

En la tarde, aprovechando un momento en que las nubes nos concedían pequeña tregua, suspendiendo un poco sus salivazos, salí con Nosiglia y el Teniente Sayavedra a estirar los miembros entumecidos por la forzada inacción. No sabiendo hacer cosa mejor, re-

solvimos llegar a un *rancho* (1) que se veía a poco más de diez cuadras, a ver si hallábamos leche. La hora era intempestiva para ello, pues es sabido que se ordeña de mañana, y eran las seis de la tarde; sin embargo, la idea fue acogida como salvadora. La dificultad estaba en vadear el Santa Lucía a pie. Buscando un vado por la orilla poblada de yerbas altas, nos mojamos todos con el agua que éstas conservaban. Por fin hallamos un alambrado que cruzaba el río y pasamos sobre sus hilos, a riesgo de dar una caída injerta en mojadura; pues los alambres, flojos en demasía, oscilaban de una manera alarmante. Llegados cerca del rancho, salió a recibirnos, digo mal, salió a ladrarnos, un perro amarillo y flaco; balaron al aproximarnos algunas ovejas éticas; vi unas pocas gallinas, no gordas, escarbando en un hogar sin fuego, y por último nos salió al encuentro un muchacho cambujo, que era un prodigio de flacura. Aquella homogeneidad me dejó abismado y enterneció a Nosiglia; pero Sayavedra, menos sensible o más positivo, preguntó si había leche. El rapaz flaco se echó a reír al oírlo, y entró al rancho corriendo y golpeándose agradablemente el trasero con la mano. Un viejecito apareció en seguida trayendo un pequeño queso fresco, y saludando con mucha cortesía, dijo no tener más que aquello. Nos miramos indecisos; pero, como quiera que alguien dijo ser el queso *leche condensada,* dimos por conseguido nuestro objeto, adquirimos el queso por cuatro reales y tornamos en triunfo al campamento, repasando el Santa Lucía por el mismo sitio y demostrando nuevamente ser muy medianos funámbulos.

(1) Bohío.

Esto ya es historia antigua. Ahora estamos en el Soldado; arroyo que, siguiendo el camino de Minas a Cerro Largo, se encuentra a tres leguas del primer pueblo. Sus aguas, limpias, ora corren rápidas entre orillas encajonadas y rocallosas, ora mansas y lentas por amplios lechos cavados en la planicie arenosa, ligeramente accidentada por suaves turgencias. En épocas normales llevará cerca de dos metros cúbicos de agua por segundo.

Yo he venido en la *jardinera* con Nosiglia y el cadete Lyons, ya casi restablecido. La columna ha tenido que marchar a pie, gracias a la poca actividad de no sé qué Comisario, o mejor dicho, sí sé de qué Comisario, pero *de cuyo nombre no quiero acordarme.* No hago daño a sabiendas, aunque, como mortal falible y pecador, estaré dando a cada paso en la herradura, sin barruntarlo siquiera. Así es el mundo. Ahora mismo, cuando para contarte tan vulgares cosas meto la mano en la fantasía, y a veces el brazo, y hasta el codo, y revuelvo un poco aquello para que salga variado y te divierta, es posible que me estés dando a todos los diablos; mientras yo creo que, como aquel señor gordinflón a quien un funesto barbero despenaba por descañonar, estás a pique de llorar de gusto. Pero aguanta y no te muevas; pues ya sabes, porque acabo de decírtelo, que así es el mundo.

4 de enero.

Nuevo día, nueva jornada... y otra vez a pie la compañía. Las carretillas de mulas que conducen el convoy, se atascaron al vadear un arroyo y han tenido que pedir a un vecino dos yuntas para arran-

carlas del barro. Era lo que nos faltaba... El Mayor se quedó allí para apurar el trabajo. Nosotros seguimos, llegamos a Espuelitas y no hallamos sitio para campar, ni probabilidades de comer pronto, a pesar de que *hace* un hambre atroz. ¡Esto sí que era lo que nos faltaba!.. Por fin llegamos a una pulpería mísera, donde se despacha por la reja un surtido cuyos artículos de fantasía son (según me informa un paisano de buen humor): alpargatas con fleco y vainas de anzuelo. Nos indican una serrillada de piedras, entre las cuales dicen que tendremos sombra. Hay todavía media legua hasta allá y son las doce. En fin... vamos. Vuelta a formar, vuelta a emprender la marcha, vuelta a poner los sesos recalentados a merced del sol implacable... Ahora que me acuerdo, en la pulpería aquélla no tenían galleta. ¡Dios quiera que nunca tengan!..

Campamos entre las piedras. En efecto, hay aquí un poco de sombra y fresco. Algunos *canelones* es lo único verde que se ve. Hay uno que, a cierta distancia, parece haberse arraigado sobre una piedra o trepádose a ella para escudriñar los alrededores. La piedra está hendida, y el árbol, nacido en el suelo, ha atravesado penosamente la hendidura en busca de la anhelada luz.

Cuando acabábamos de campar, llegó el Mayor e impartió las órdenes conducentes a proporcionarnos algo sólido y reclamado con qué dar gusto al diente. A la una y media comimos, y tan bien y a gusto, que no nos arrepentimos de haber hecho tantas y tan briosas ganas.

El dueño de una casa vecina y del campo que ocupamos, don Fermín Gadea, es un paisanote muy hombre y muy cabal. Se ha empeñado en no recibir

dinero alguno por una vaca y dos ovejas que carneó para nosotros, y me temo que consiga salirse con la suya. Por lo demás, y como buen paisano, tiene sus *caídas*. Le pedí un hacha para partir leña y me encargó que no se la mellase. — No hay cuidado, — le contesté. — No, señor; no hay cuidado, no, que ande no hay cuidao, todos son descuidos; cuidaíto con mi hacha... Mira lector: yo, con tu permiso, no soy ningún manco; pero el hombre lo dijo de una manera, que casi le *desconfié*.

Esta mañana hicimos, Nosiglia y yo, algunas calaveradas mayúsculas. Jinetes en dos escuálidos *matungos,* que se dejaron agarrar de puro desgraciados, marchábamos delante de la columna. Ganas me vienen de echar un par de maldiciones al Comisario, que ha vuelto a faltarnos con los caballos, contraviniendo las órdenes que tiene su Jefe Político, quien, a su vez, y por culpa del Comisario, falta a la que del Gobierno trae el Director, para que nos presten toda la ayuda requerida... Pero mejor es que deje en paz al Comisario y vuelva al cuento. Apenas divisábamos alguna casa al lado del camino, nos separábamos delicadamente de los compañeros y nos dirigíamos a ella, a paso marcial. Llegábamos, y, tras un atento saludo, allá iba la siguiente fórmula: "Señora (o lo que fuese), ¿no tendrá por casualidad un poquito de leche, que pueda vendernos... o... o darnos?.. Acostumbrados a beberla diariamente en Montevideo, aquí, cuando nos falta, la extrañamos mucho". Esto lo había aprendido yo tan bien, que lo soltaba de un tirón sin tropezar en una sola

letra. La persona que lo escuchaba se enternecía, de fijo, y era capaz de sacar leche de cualquiera parte, para dar "a los pobres mozos, que debían extrañar mucho la campaña". Así nos compadecían y nos regalaban de lo lindo. En balde es avisar que, lo de la costumbre de tomar leche en Montevideo, se debe a mi fecunda inteligencia; pues, en dos años que allí llevo, no recuerdo a punto fijo haberla catado dos veces. El caso cierto es que repetimos la operación en cinco casas distintas, con toda felicidad.

XVII

ASPEREZAS, LITERATURA Y OTROS

5 de enero

Y hagan ustedes otra marcha a pie... ¡Todo sea por Dios! Han prometido los caballos para esta tarde, sin falta, y cortando el camino a través del campo — lo que es fácil marchando a pie —, andarán los muchachos una legua escasa hasta las Asperezas de Cabral, donde hallaremos agua, sombra y leña. Llevamos carne. Las carretillas salen delante a fin de llegar a tiempo. La columna se pone en marcha a las cuatro y media de la mañana. La "Plana Mayor" — el Jefe, Benedetti, Nosiglia y yo —, llegamos a casa del señor Gadea con objeto de agradecer sus favores. Él se empeña en acompañarnos hasta el próximo campamento, y después de resistir algo, por cumplimiento, aceptamos, sabiendo que nos será útil como *baqueano* del sitio adonde vamos a pasar el día. Salimos. El Mayor y el señor Gadea se adelantan. Nosotros quedamos atrás. A poco andar nos extraviamos y perdemos el camino. Nos quedaba el rumbo, y tras un breve coloquio, sostenido al paso, resolvimos seguirlo hacia donde el sol salía. Según datos, allí se hallaría un bosque, antes de una sierra

y después de un portón. La mañana estaba de aire, el campo de verde, el cielo de azul, festoneado de grandes nubes blancas; el camino no parecía, el apetito hurgaba... Todo esto era, con perdón sea dicho, una poesía completa. La tentación estaba de cuerpo presente. "Iban, mas no sé adónde ciertamente", dos soñadores y un erudito. ¿De qué podían hablar, sobre el interminable verde de los risueños campos, bajo el azul inmenso de los altos cielos?..

Nosiglia recitó algunos versos italianos y eligió poeta. Se habló de Stechetti, Calderón cayó bajo nuestra férula. Yo recordé a Prati, al tierno Prati, y lamenté su vida de ciudadano voltario. Nosiglia glorificó al mejicano Flores, erótico, hermano de Tíbulo, amador ardiente, poeta-amor. "Las mujeres jóvenes eran muy hermosas; pero las mujeres viejas eran más hermosas que las jóvenes", dije luego pensando en Walt Whitman (1), el gran americano del norte, que tiene setenta años, un bastón hecho de una rama de árbol y el gran amor sensual que disciplina los mundos e inspiró *Las metamorfosis de las plantas,* al solitario de Weimar. Hablé largamente, largamente, de ese viejo tremendo que "hace sonar su bárbara fanfarria sobre los techos del mundo"; que ama a las bestias "porque no se quejan", y que, cuando murió Lincoln, haciendo llorar de pena a los ancianos montes recallosos, "vio en el páramo un pájaro gris, de largas alas, que cantaba un canto de desolación".

Benedetti, que callaba y oía, habló por fin... Dante brotó de sus labios, y hubo dos cabezas des-

(1) Estos datos sobre Walt Whitman pertenecen a un magnífico estudio que de sus obras hizo don José Martí, corresponsal en Nueva York de *La Nación* porteña, donde se publicó hace algún tiempo dicho trabajo.

cubiertas. Comparecía un sacerdote; se anunciaba Alighieri oficiando en su templo de Firenze y agitando el incensario ante su diosa: Beatrice. En seguida, uno de nosotros, inspirado por el recuerdo de la comedia divina, trazó a grandes rasgos la historia progresiva del poema en sus sucesivas gradaciones: de la bucólica a la idílica; de la idílica a la heroica; de la heroica a la dramática. Habló de los cantores de la naturaleza, nacidos indudablemente y florecidos en la edad primera; los que al son del caramillo entonaron, echados en las silvestres flores, delicadas églogas. Homero era un proyecto aún: hubiera sido prematuro. Pero el mundo avanza y Homero llega con la edad heroica. Arroja desdeñosamente el caramillo, e inventa un instrumento cuyos sones eran, como su genio, colosales. El hombre de voz de trueno ya tenía con qué rugir. La trompa épica era digna de él; pero faltaba un asunto digno de los dos. El asunto surgió y Homero grabó su *Ilíada* con los escombros de Troya. Pasó la civilización a Italia, brotó Virgilio y se inmortalizó sin fundar escuela, merced a no sé qué empeño en apartarse de su genio y de la filosofía su coetánea, para hacer de su *Eneida* un maravilloso fruto de otra zona. La Edad Media aborta a Dante, quien sondea el abismo con su pupila apocalíptica, mira a Homero de hito en hito, se cierne sobre su edad y lanza la *Divina Comedia* en los senos tenebrosos del porvenir, como una antorcha en un antro. Despunta Shakespeare: contempla en detalle al mundo, lo ve descontento, apasionado y teme. No osa volar por encima de las masas y busca un sendero por donde encaminar sus pasos luminosos. Llega al teatro, se cree en su mundo y se encierra allí. Pasa Chateaubriand con su poema teológico;

pasa Byrón con su *Manfredo;* Espronceda con la brillante muestra de su poema universal... Chiste tenía aquel juicio semiajeno, hecho de edad a edad y atravesando la pradera al gran galope... Verdadera crítica *galopante,* improvisada por una comisión de uno para un auditorio de dos.

Luego se habló de muchas otras cosas, por igual estilo aperitivas y amenas; citándose a propósito de la armonía imitativa, una octava del Tasso, algunos versos de Homero y otros varios modelos; entre ellos, aquel tan conocido de Virgilio, que imita a maravilla el violento galope de un corcel:

Quádrupedánte putrén Sonitu quatit ungulá cámpum

...Y siguió el coloquio de los doctos, de cuya continuación y apéndice te hago merced, lector, maliciando que con esto tendrás lo justo para bostezar y dormirte plácidamente.

La dilatada sierra rocallosa que llaman Asperezas de Cabral, se compone de grandes cerros quebrados, entrecortados por pequeñas corrientes cuya dirección es, por lo general, noroeste, mientras es la de los cerros de norte a sur. Grandes masas de cienita, hendidas en todos sentidos, se hallan esparcidas aquí y allá, remedando cantos erráticos, detenidos al azar en puntos indeterminados y posturas caprichosas. Variedad de talofitas — musgos y líquenes —, cubren la superficie de estas piedras, desgastadas y pulidas por la acción del tiempo. Entre las hendiduras crecen numerosos canelones colorados, cuya hoja, restregada, tiene un olor desagradable, algo semejante al de la

higuera. Hay también infinidad de espinas de cruz, cuyos pinchos, secos, confundidos con la yerba, se anuncian cruelmente al que se sienta descuidado. Algún terreno vegetal arrastrado por las corrientes a las *abras,* alimenta gramíneas, cactus, etc.; poco más o menos, lo mismo que en Arequita: parecida vegetación, iguales condiciones geológicas. Los pequeños arroyos, por lo general de rápida corriente, se han abierto paso entre las rocas, ahondando sus lechos y formando a manera de angostos desfiladeros que bajan de las alturas contorneándose, dilatados y negros.

A las doce, o poco más, llegó al campamento, donde, echados bajo los espinos, departíamos sobre historia y otros achaques añejos, varios tertulianos de la plana mayor, mientras los demás, arrullados por el ameno asunto, dormían tranquilamente, el Teniente Coronel don Federico Sequeira, quien conducía los tan esperados caballos. ¡Por fin!

Este comandante Sequeira, bien merece una hoja o más aquí. Bajo, redondo casi, obeso asaz, parece milagro que pueda tenerse firme. Sin embargo, cabalga con facilidad y hasta con soltura. Usa un gran sombrero chambergo, bajo cuyas alas achaparradas medio esconde su caraza redonda y simpática. Sus ojos negros y observadores, se desquitan de la pesadez del dueño, moviéndose continuamente, brillantes y ágiles. Tiene barba lacia, ya de gris tirando al blanco de una vejez combatida victoriosamente con bien aprovechados humos juveniles. Lleva *bombachas* que embolsan en su amplitud interminable dos piernas como mi cuerpo y el esférico remate de vientre descomunal. Este hombre habla a los hombres con seriedad, y a las mujeres, según observé luego, con cariñosa llaneza. Ha viajado mucho por América.

Hizo en la República Argentina su carrera militar hasta capitán. Sabe mil cosas curiosas, narra cuentos entretenidos y hace citas a propósito y tiene sentencias suyas.

Esta tarde, al emprender la marcha, ocurrió un incidente que pudo tener malas consecuencias. Uno de los caballos ensillados por los cadetes, recordó sin duda y echó de menos sus bríos primitivos, merced al largo tiempo que no fastidiaran su espalda las molestias del recado, y apenas sintió sobre éste la adición gravosa del jinete, soltó un par de coces, y dio en tierra con la adición. Sujetado a tiempo, ocurrió un sargento de tropa ofreciéndose a apagarle los fuegos; pero empezó con tan torcida suerte, que la alimaña quedó triunfante otra vez, derribando malamente al domador, de suerte que todos temimos por él. Se levantó con dificultad y echándose las manos al bajo vientre. El cuchillo de monte que llevaba en la cintura, perforando la vaina por la violencia del golpe, le hizo una herida cortante en la ingle izquierda, produciéndose en seguida abundante pérdida de sangre.

Como era del caso, se procedió a trasladar al herido hasta una casa cercana, después de hacer el practicante la cura de primera intención. Se trajo un catre, y puesto encima, fue llevado por cuatro hombres. Resultó del diagnóstico que, aunque no grave la herida, sería inconveniente conducir al enfermo por la dificultad de contener la hemorragia; así es que, cortada ésta, marchamos, dejándolo bajo la asistencia del practicante, quien debe alcanzarnos mañana, prescribiendo antes lo necesario para terminar la cura.

Con tan elocuente aviso, todos nos apresuramos a sacarnos de la cintura los cuchillos y echarlos en las carretas.

Llegamos a Polanco de Barriga Negra, después de una aburrida marcha a paso de buey. Cansa extremadamente este trajín ingrato y despacioso. El trote, el galope, fatigan menos. Yo no sé si será porque el sueño y la monotonía que trae el ritmo acompasado de la marcha al paso, aumenten el peso específico del cuerpo, desmazalado y flojo, gravando las partes que le sirven de sostén... El caso es que tres leguas a ese andar perezoso, dejan la cabeza atontada y el cuerpo molido.

Nos señalaron unos grandes galpones para pasar la noche, y vienen que ni a propósito, pues el tiempo amenaza llover de firme. Los cadetes se derraman por los cobertizos, buscando cada cual el mejor sitio, recaudando lo suyo y poniéndolo a punto de cogerlo en un haz cuando llegue el momento de la marcha. En un almacén contiguo sacan, a la sazón, una gran hornada de pan, cuyo olorcillo agradable no nos aguza el apetito, porque, como se dice en la zarzuela aquella, lo traemos más aguzado que la punta de una bayoneta. Los panes son tan grandes, que, de haber sido iguales a ellos y semejantes los peces con que Jesucristo dió pitanza a tres o cinco mil personas (como ya hace tiempo de esto, no recuerdo bien el número), no pudiera a fe reputarse por mucha hazaña el histórico milagro. Los cadetes hacen su agosto en enero, atracándose de lo lindo. El pan, aunque es de lo más chato, no es de lo más blando, pero es pan.

Nosotros fuimos invitados a cenar en casa del Juez de Paz del distrito, donde nos acogieron con sencilla y atrayente franqueza. Una hermana del anfitrión hizo los honores de la mesa. Me llamó la atención esta

niña, y, aunque tengo la debilidad de pecar a menudo por el mismo sitio, el pecado es ahora perdonable y no resisto a la tentación de darme por donde peco. La niña se llama... hombre, no lo recuerdo ahora, pero es igual; lo recordaba hace un momento. En cambio, me acuerdo de lo demás. Es oriental, pero hija de vasco; tiene en el rostro cierto aire de decisión y energía, que he notado en las hembras de su raza y que en ésta no se revela más que al mirar el conjunto, sin que esté de manifiesto ni se particularice en el menor detalle. La boca es pequeña, de dientes menudos, blancos, y labios algo delgados, muy rojos. La nariz afilada, tiene la corrección de la estatuaria, unida al color armonioso de la carne viva; notándose como un aleteo delicado y tenue en sus ventanitas rosadas: de la barba, suavemente pronunciada como la de María Antonieta, sin esa carnosidad que produce un hoyuelo al contraerse, pero redonda y graciosa, arranca una línea que se pronuncia en escorzo al dibujar el cuello, alto y tornátil, para perderse bajo una cinta roja, cuyas puntas, después de formar airoso lazo, descienden jugueteando sobre el seno modelado bajo la tela de su vestido blanco. Omitía los ojos, negros, de negrura guipuzcoana, que chispea como el *Sagardúa*: mareando. Olvidaba la frente: como cierto mármol, cruzada de venas azules, ligerísimas, y sombreada por un fleco sutil de cabellos cortitos y rizados.

6 de enero.

Pasamos una noche durmiendo sobre colchones. Fenómeno, señores. Marchamos al amanecer en los

mismos caballos que ayer montábamos. Al salir pasamos cerca de un *pajonal* y vimos unos animalitos tamaños como gazapos, que pastaban, sin duda, la yerba tierna del bajo, y que al sentirnos echaban a correr y se perdían entre la paja. Nosiglia se empeñó en agarrar uno y yo traté de ayudarlo, pero nos fue imposible, aunque vimos muchos. Se escabullían con gran destreza y no hubo medio de atraparlos. Al principio los creímos lechones de *capibaras.* "¡Son carpinchitos!" decían regocijados los muchachos. Después me cercioré de que eran esos conejillos pardos, que llaman en Corrientes *covayá,* aquí *aperiá,* y Linneo *Cavia porcellus.*

Campamos en la margen izquierda del arroyo Godoy, después de recorrer cuatro leguas y media largas. Mientras se hacía el almuerzo, me interné con una escopeta entre la enredada vegetación que bordea el arroyo y llegué a la orilla. La corriente, de norte a sur, apenas llevará trescientos litros de agua por segundo. Su curso tortuoso forma a trechos considerables remansos, donde acuden los animales en las horas pesadas de la siesta, entrando en el agua hasta mojarse el vientre y sacudiéndose el lomo con la cola mojada, para espantar los moscas, mientras hunden el hocico en el agua, sin beberla, saciados ya. El bosque, bastante espeso, compuesto en su mayoría de sauce, tala, blanquillo, canelón, quebracho y alguno que otro molle, muy escaso, tiene cierta apariencia de selva virgen, merced a lo frondoso de sus árboles y a lo enmarañado y cuantioso de sus plantas trepadoras. Al tiempo que observaba esto, un *ñapindá* me clavó en un brazo sus espinas como uñas de gato, confirmando brutalmente mi opinión.

Los campos adyacentes tienen, como carácter, la

accidentación suave que es peculiar a gran parte de la República. Sin embargo, se ven aquí, en la zona que abarco de una altura, en vez de contornos redondeados y graduales, quebradas más o menos hondas, abiertas entre colina y colina. Hoy recorrimos, desde Polanco, una larga cuchilla de terreno de transición, en la que abunda la piedra caliza y la pizarra de muy buena calidad. Observé en el camino que los campos que divide la cuchilla tienen aguadas permanentes y pastos nutritivos, libres de mío-mío, chirca, abrojo y otras parásitas que tanto abundan por los campos rurales, cundiendo más de día en día, con grave perjuicio de los estancieros, quienes, a la verdad, se preocupan bien poco de extirparlas. Apenas he hallado algunas matas de cardo manso, y tal cual de cierta gramínea que come poco el ganado. No pasa lo mismo con el cardo, que es muy buscado, sobre todo por el ganado ovino, al cual procura un sólido y pronto engorde.

Vi, aunque fuera de tiro, algunos capibaras o *carpinchos,* que se echaron al agua al percibir, con sus oídos de oreja rudimentaria, el ruido que hacía rompiendo ramas y apartando lianas para abrirme paso. Estos anfibios suelen salir al campo en manadas, a pacer por las mañanas, y por las siestas a dormir al sol, alejándose a veces bastante de la orilla. Cada uno tiene su senda propia para volver al agua, y por más acosado que se vea, no la confunde nunca. La toma y echa por ella con esa carrera medio trabada del cerdo: la cabeza baja y erizada la cerda del lomo. Inútil es ponerle obstáculos en la trocha. Se estrella contra todo en su corrida ciega. La misma resolución bestial de su carrera le da fuerza no común. Recuerdo que cuando niño, hallándome en Arapey,

fui cierta vez con un mulato a enlazar carpinchos al Sauzal, que es un afluente de aquel río. Llegamos con sigilo y concertamos el plan. El mulato quedó junto a la barranca, al lado de una trocha, con un lazo armado, mientros iba yo a espantar los anfibios para hacerlos echar al agua. Apenas me sintieron, echaron a correr hacia mí: me aparté con presteza y pasaron.

Al correr iban gritando: *¡ghe, ghe!* Me dirigí presuroso a la orilla para verlos echarse al agua; pero antes de llegar sentí sus *¡gheesuuu!* estridentes, y el ruido que hacían al precipitarse de lo alto de la barranca. Llegué y en vez de lo que esperaba, vi al pobre mulato nadando afanosamente para ganar la orilla. Había enlazado un carpincho, teniendo antes la precaución de rodearse el lazo a la cintura; sobrevino el tirón: clavó el mulato la uña, pero la bestia la clavó mejor y lo venció. Empezó llevando un tumbo; siguió arrastrado hasta la barranca, y allí, desde todo lo alto, dió la gran zambullida de la temporada... Los tales bichos hacen gran destrozo en las plantaciones de las islas y en las chacras costeñas, atravesando los cercos a fuerza de hocico y talando lo que no devoran. Los plantadores los cazan haciendo en torno de los sembrados, fosos profundos, que cubren luego con ramas y tierra vegetal, dejando la cubierta en falso para que se vaya a pique a la menor presión.

A mi vuelta al campamento, lo hallo ya lleno de su vida y movimiento peculiares. Algunos cadetes echados sobre los ponchos o en la yerba, hablan con animadas voces de asuntos diversos, predominando

las *saudades* de Montevideo. Otros, previsores, sacan de las proveedoras restos de pan o galleta, los asocian con trozos de carne fiambre y almuerzan en comandita. Los que han salido de guardia, duermen, no sin haber antes encargado que los despierten cuando esté el asado, el cual da vueltas en el fogón, tostándose lentamente y vertiendo su grasa en el rescoldo, con chirrido especial. Éstos hacen una travesura y la festejan alegremente; aquéllos, más cuidadosos y menos bromistas, repasan sus armas para no caer en falta en la próxima revista, acariciando con suave badana la hoja del sable-bayoneta, haciendo jugar la batería del fusil a ver si anda corriente y mirando el alma del cañón para cerciorarse de que no enseña la menor mancha en sus torneadas estrías. El mayor recorre el campamento; los centinelas le presentan el arma y los cadetes se levantan para hacerle la venia cuando pasa. Nosiglia, sentado amigablemente entre los números de guardia, los distrae con su amena facundia y donosas ocurrencias, tomando mate amargo con aire imperturbable de hombre *curtido en el vicio*. El clarín de servicio toca *rancho*. Los dormidos se despiertan, los perezosos se despabilan, y con evidente disposición y saludable empeño, nos repartimos guapamente los pedazos de asado. Los árboles nos dan luego grata sombra y dormimos la siesta con alegría plácida, mientras el sol deja caer sus rayos ardientes como besos, sobre el haz tembloroso de los campos alegres.

XVIII

INTERMEZZI

7 de enero.

Anoche hicimos la rabona Nosiglia y yo. Dormimos en la estancia de don Justo Fernández, distante de nuestro campamento una media legua. Este don Justo es un excelente sujeto, que nos abrió su casa con espontánea y fraternal franqueza. Por lo general, hallamos en todas partes quien haga otro tanto, aunque la galante insistencia de don Justo nos haya obligado a aceptar su franca y confortable hospitalidad. Esta noche robada a la *mullida* carona, dejó dándose a todos los diablos a los *bichos colorados,* que sin duda se prometieron, al vernos, liquidar con sus voraces trompas absorbentes nuestras esbeltas siluetas periodísticas.

Las camas eran blandas, la sociedad atrayente; había leche en abundancia y churrascos suculentos... Salimos tarde de la estancia de Fernández, perezosos y ahitos. La columna había marchado a las tres de la mañana, y eran las nueve. Hubimos de averiguar el rumbo que siguiera y nos pusimos sobre él, galopando con ardor. El sol nos calentaba los sombreros y además las cabezas, haciéndonos sudar a todo trapo.

Nos habían dicho: "Después de aquella cuchilla ven una zanja; la pasan y agarran un camino que costea un alambrado que sigue así; después cargan un poco a esta mano..." Yo iba repitiendo por lo bajo las señas para no olvidarlas; pero mi caballo, perezoso o perniflojo, tropezó y estuvo a punto de irse de narices, con cuyo contratiempo creo que olvidé algo de aquel rosario-indicador; el caso es que no *cargamos un poco a esta mano,* por no hallar el alambrado *que seguía así,* ni *agarramos el camino que costeaba el alambrado,* porque no pudimos ver la zanja, a pesar de abrir el ojo más de lo regular. Para mayor diversión, se nos cansaron los caballos de tanto y tan recio galopar, y hubimos de bajar el compás de la marcha, continuando, y gracias, con aquel trotecillo que llevaba al entrar en París el caballo canelo del mosquetero gascón. A la mitad del camino eché de menos un sobretodo que llevaba a la grupa, y que en las mañanitas frías había evitado más de una querella entre mis dientes. Lo busqué inútilmente. Al poco rato notó Nosiglia que se le había caído una manea ajena que llevaba en la mano. Comprendí que andábamos medio en la mala: se lo dije a mi compañero en convencida voz; dio él en mi razón, y continuamos la marcha silenciosos y acontecidos. Llevábamos dos botellas de leche para los compañeros, y como nos cansara mucho el conducirlas en la mano, resolvimos cambiarlas de sitio, y las bebimos. Por fin avistamos el campamento; pero antes de llegar, un nubarrón que andaba por el aire, casualmente encima de nosotros, se agujereó por debajo y nos llevó la paciencia, dejando en cambio una mojadura para cada uno. Total de pérdidas: mi sobretodo, la manea de Nosiglia y la paciencia de ambos. Si tardamos algo

más en llegar, de fijo que se nos extravía algún rocín de entre las piernas.

El campo donde estamos ahora pertenece también a un Fernández; lo que sí que éste es brasileño y tosco, aunque generoso, y a su manera campechano. Es muy corto de vista; pero no tropieza, según dicen, porque olfatea los obstáculos en que pudiera romperse el alma. Monta a caballo y hasta aseguran que enlaza, tomando por guía el ruido que hace la res en su carrera y calculando hábilmente la distancia. Nos invitó a cenar, y aunque no me place criticar nada, porque tengo rara y feliz propensión a hallarlo todo bueno y en su punto, debo poner aquí, a fuer de exacto y escrupuloso cronista, algunos datos interesantes de la cena. En la mesa, de cuya integridad y firmeza respondían seis patas sujetas y trabadas con sendos listones, un mantel condescendiente dejaba descubiertos tres dedos de tabla a cada viento. Sobre el mantel campaban hasta ocho platos de agradable variedad: de loza y de hierro; hondos y llanos; blancos y con orla, ya roja, ya verde o azul. Dentro de cada plato, un tenedor y un cuchillo se cruzaban familiarmente. A los tenedores les faltaba dientes, pero en cambio les sobraba a los cuchillos; lo que, según eché de ver, venía a establecer un equilibrio saludable. En un jarrito de hierro enlozado, bebimos todos amigablemente. A mí me tocó beber después de hacerlo la hija del brasileño, la cual tiene una boca muy bonita, y aunque el vinejo era de lo peorcito, conseguí pasarlo sin visajes de mayor cuantía. Con los enumerados menesteres y herramientas, comimos todo lo que trajo un negrito jetón, cuya risa de zonzo contento me hizo sospechar que tal vez cataba antes que nosotros los manjares que traía... Digo

que comimos alumbrándonos una vela de sebo, dividida en cuatro actos, o sean partes, relacionadas por el pabilo de trapo, que venía a hacer las veces de argumento. Nosiglia me dijo por lo bajo que la tal vela, más que vela, le parecía un *compadrito,* según lo quebrada que *se iba.* Cada vez que la llama daba en una de estas quebraduras, había un eclipse parcial de luz, visible para todos, menos para el cegatón del brasileño.

De los manjares no quiero acordarme, por no hacer mucho al caso y no venir yo obligado en ello; sólo sí se me ocurre decir que la cena dio fin y remate con un sabroso engrudo que llaman *mingao,* hecho con fariña y leche, según pude averiguar, y de la ingeniosa manera que así me explicaron:

"Se bota o leite na panela e se fais ferver; despois se vay botando de vagar a fariña, y se meche bein. Se tira do fogo. Si estivese muito duro, se bota outro bocadiño de leite; si estivese muito mole se bota outro bocadiño de fariña. Naun ha de se esquezer de ir mechendo aquilo. Logo se deiça esfriar porque e pirigoso de se queimar a güela".

Afirmo que Brillant Savarín llega, por lo menos, a Teniente Alcalde, si agrega a la crecida lista de sus platos este famoso *mingao.*

9 de enero.

El dueño de casa nos ha invitado a dar un paseo hasta la próxima estancia de su padre, reputando la visita como la única curiosidad con que puede brindarnos... Aceptamos, y después de galopar poco

más de media hora, llegamos a la estancia de don David Fernández.

Estaban por carnear cuando llegamos. La res destinada al sacrificio marchaba entre cinco o seis bueyes parsimoniosos, reacia e inquieta. De pronto abandonó el *cañuelo* y emprendió la fuga. Los carneadores que traían los lazos preparados la siguieron, *revoleándolos*. El que la alcanzó primero le arrojó el lazo y la armada la sujetó por el cuello, ciñéndose como un dogal. Forcejeaba la prisionera y el lazo apretaba más. Otro de los jinetes llegó, y haciendo andar a la res algunos pasos, la sujetó a su vez por una pata. Quedaron los dos lazos tirantes; apeóse un tercer jinete, y llegándose al animal, hízole con su filosa daga profunda sangría, buscando el corazón. El arma, que entrara brillante, salió roja y humeando; la sangre saltó a borbotones de la herida, y la pobre bestia, impotente, dio un mugido de dolor. Pugnó por desasirse en las mortales ansias: echóse adelante, volvióse atrás. Luego quedó inmóvil, mientras la sangre corría espumosa, tiñendo el pelo blanco de sus manos y esparciéndose en el suelo. Empezaba a oscilar, pero se sostenía aún, a pesar de tener en el aire una pata: se allegó un perro, y, sin ladrar, cual asesino que se ensaña, le sepultó los dientes en la otra. La res, como galvanizada, saltó, pateando con furia al perro traicionero; al patear perdió el apoyo y cayó, quedando con las patas tendidas hacia atrás y el vientre en el suelo. Apoyada en las manos giró en derredor sus ojos vidriosos, balando tristemente. Le habían aflojado los lazos para que sangrase bien. La postura violenta le trajo un golpe de hipo y la sangre la ahogó, inundando su boca y saltando en violento escupitajo. Angustiada por la asfixia, se esforzó en des-

cargar sus pulmones dilatados, y, cerrada su laringe, buscó el aire otra válvula, saliendo por la herida en suspiro desesperado. El animal, falto de vida, aflojó las manos que lo sostenían y cayó sobre un costado, despacio, como si se echara a dormir. Era hembra y estaba preñada. Aún se agitaba el nonato en su vientre con violentas convulsiones, cuando ya la habían despojado de parte de la piel y empezaba el destazado, a tajos, entre el bullicio de una turba de negritos puercos y andrajosos, que se lavaban las manos en la sangre, tirándose cuajarones a la cara y manchándose unos a otros las motas encrespadas y grasientas. La turba de negritos esperaba el momento en que se abriese el vientre de la res, para disputarse, a sopapos, las *achuras* (1).

Nos apeamos bajo un gran galpón cubierto de ramas secas y atravesamos un patio, en cuyo centro había una media pipa colmada de agua verdosa, que, sin embargo, bebían algunas aves de corral, metiendo en ella el pico y alzándolo luego para que el líquido resbalase al buche, en pequeños y seguidos tragos. En un rincón del patio habíase formado un barrizal, donde se refocilaban algunos cerdos, erizados, asquerosos, con las orejas tiesas, rezumando inmundicia y disputándose a hocicazos el sitio más fangoso y pestilente. Un ombú de tronco pustulento, aburrido, sin duda, de estar solo, se desperezaba, retorciendo y estirando sus ramas encima de un rancho de techumbre ahumada. Algunos avestruces mansos

(1) Nombre extensivo que se da a los menudos y asaduras menos importantes de la res.

discurrían gravemente con reposado tranco, picoteando aquí y allí y tragando una mosca a cada picotazo. A veces hallaban un hueso, le daban vuelta para buscarle el lado más atacable, y lo tragaban, sin asustarse por el tamaño. Se veía al hueso bajar lentamente por su gaznate elástico, haciéndole en el cuello un bulto como el puño. Las aves saturnianas seguían paseándose tranquilamente, y no hallaban por qué no repetir la gracia, antes que el hueso hubiese llegado a sepultarse en su amplio buche, de prodigiosa potencia digestiva.

El patio, que formaba anfiteatro, estaba cerrado al fondo por una larga casa, de paredes de terrón y techo de hierro acanalado. Sin duda para tapar goteras, habían puesto sobre éste algunos cueros de potro, que, resecos y duros, se pegaban al hierro, semejantes a bizmas. La puerta se ladeaba un poco, como guiñando. Entramos por ella. De una estancia contigua salía a la sazón una negrilla con los pies desnudos y veteadas las torcidas piernas con rayas color de mugre. Traía en la mano un plato de peltre que rebañaba a dedo, chupando después con entusiasmo. Al vernos, se quedó parada, con el plato inclinado, a punto de caerse, y el dedo, que saliera colmado, apuntando al cielo, camino de la boca. La puerta por donde saliera la negrilla, quedaba entreabierta. Nuestro introductor entró y nosotros lo seguimos. Miré en derredor con curiosidad y vi... pero lo que vi merece párrafo, ya que no capítulo.

Al principio no quise dar crédito a mis ojos, creyendo que la retina, ilusionada por la visión de la luz exterior, fantaseaba en la semi-oscuridad, fingiéndome el espectáculo que creía ver. Pero, fuime acostumbrando a la media tinta; los objetos se reve-

laron claros, destacándose del fondo penumbroso con vigor creciente, y hube de comprender que veía *de veras* un cuadro naturalista, vivo, pero tan vivo que olía, y olía muy mal.

A un lado, una mesa de pino; sobre la mesa, una almohada; junto a la almohada, un jarro de leche; sobre la almohada y junto al jarro, un gato, para quien, sin duda, no era la leche, la bebía, no embargante, a lengüetadas, lamiendo cuidadosamente los bordes mantecosos del cacharro. Llenaba el fondo del cuarto una cama monumental, de las llamadas *marquesas;* en otro tiempo pintada de encarnado, pero hogaño mostrando, aunque adulterado por la suciedad, el primitivo color de la madera. Sobre la cama, dos colchones enseñando la tripa, despachurrados por el peso de un valetudinario que se agitaba nerviosamente en ellos; y sobre el colchón y el hombre, sobrenadando, una maraña de cabellos blancos. En la cara del hombre noté no sé qué corte semítico entre su aspecto bravío: figúrense ustedes dos ojos que miran con furia, escondiéndose luego, cual si retrocediesen para volver a asestarse con más brío; unos bigotes cerdosos, teñidos en el centro por la nicotina; una boca contraída, de recios dientes, rechinantes; una barba blanca y lacia como un pincel de albañil, y una piel rugosa, de blancura amarillenta por la falta de luz y juventud... Esta cabeza se apoyaba en una manaza de dorso velludo y dedos nudosos como troncos, el brazo de cuya mano formaba un ángulo, clavando el codo en un montón de almohadas. El hombre estaba desnudo, tapado a medias con una manta oscura, por un agujero de la cual asomaba una rodilla de abultada rótula. Fuera de la cama colgaba una pierna, moviéndose con lento balanceo; bajo la cama y me-

tido el flexible cuerpo en un zueco panzudo, un gatito rubio seguía atentamente las oscilaciones del pie que colgaba, con visible deseo de enredar con él... Cuando entramos, nos miraron las tres figuras vivas de aquel cuadro: el gato de la mesa, el gatito del zueco, y el hombre de la cama. El primero, ahito, volvió la cabeza, nos examinó con aire de poco caso, y continuó regalándose; el segundo, nos miró de frente, guiñando un ojo con cierta picardía, y el tercero embozcó los ojos tras de sus cejas, blancas y torcidas en todos sentidos, como nevada ramazón de abeto, y desde allí nos tiró un par de miradas fijas. Nuestro introductor llegó, sombrero en mano, al pie de la cama grande y pidió la bendición al hombre viejo, quien alzó dos dedos y los agitó sobre la cabeza de su hijo, temblándole tanto la mano, que, antes parecía estar espolvoreando una tortilla que echando una bendición. Luego gritó: "¡Beña un ladraun dahí!" La negrita del plato apareció lamiéndose los labios y limpiándose el moco con la manga; el viejo volvió a gritar: "¡Vay traser umas cadeiras, ovelha! ¡Move eses pes, cadela!" y siguió rezongando: "Estes patifes estaun intendendo q'un home e brinquedo... deiche que vai... ainda tenho de matar outro ladraun destes filha da..." Calló de pronto, y su rostro movible tomó de golpe una expresión iracunda: había visto al gato bebiéndose la leche. Se agachó, cogió el zueco que estaba debajo de la cama y se lo tiró al *mangia rati,* echando de paso un taco más redondo que una argolla; dentro del zueco iba el gatito, y aunque salió en el aire, no perdió la fuerza inicial que llevaba; de suerte que el proyectil llegó convertido en dos. El gatito dió un lomazo al gato y el zueco un puntapié al jarro; el jarro se volcó, se de-

rramó la leche y los dos felinos, proyectil y objetivo, se tiraron al suelo y salieron echando diablos, con los hocicos mojados y los rabos tiesos.

Poco tiempo gozamos de la amena sociedad del viejo David. Allí quedó, cuando nos fuimos, revolviendo a patadas la ropa de su lecho y prodigando a más de doscientos negros y mulatos, que entran familiarmente a la habitación donde yace, cuanta palabra insultante puede acumularse en el vocabulario más soez. Las voces emitidas por su órgano destemplado y trémulo, salen como arrastradas y chocando unas en otras. El tiempo ha postrado su cuerpo centenario en el sucio lecho que lo sufre rechinando; pero no ha conseguido enfrenar su genio bravío y avieso, que contínuamente estalla en explosiones, antes temibles y ahora sólo injuriosas. Junto a su cabecera tiene una mesita coja, sobre la cual, una botella que fue de *bitter,* convertida en candelero, llora su degradación con lágrimas de sebo, congeladas sobre su cuerpo barrigudo después de rebordear el gollete y dejar en el cuello giboso, amarillentos surcos. La botella tiene por vecina una escupidera, en cuyo líquido contenido sobrenadan puntas de cigarros, desenvolviéndose el papel a medida que se embebe y se hincha el tabaco. Allí echa suavemente el viejo lo que arranca con trabajo a su eterna carraspera. Dije suavemente, porque este hombre parece que *habla* la saliva y escupe las palabras.

Pero basta de indecencias. Vámonos ya, y dejemos a este hombre que posee veinticinco leguas de campo, llenas de ganado, y arrastra su vida, larga y mísera, por el páramo frío de la vejez, atormentado por

la ira y roído por la sucia estrechez de una avaricia estúpida. David... su nombre bíblico y su apariencia de rabino demente y roñoso, me indujeron a aplicarle el título de *patriarca de la mugre.* Montamos a caballo y nos alejamos. Al salir, un mulato que tironeaba un hueso con los dientes, arrancándole los últimos bocados de carne venosa, nos saludó sacándose el sombrero de un restregón con el brazo, a fin de no ensuciarlo con sus manos grasientas. En el sitio de la carneada no quedaba más que la panza de la res, la sangre coagulada, los cuernos, separados de la cabeza a hachazos, las tripas *amargas* y las patas, que no se han llevado por evitarse el trabajo de sacarles el pelo. Dos perros se disputaban un pedazo de cuero ensangrentado, tirando cada cual por su parte y gruñendo entre los apretados dientes. Un negrito que pasaba resolvió el conflicto aplicando un latigazo a uno de ellos, el cual escapó aullando, mientras su contrario huía también, pisando, al correr, el pedazo de cuero objeto de la contienda.

XIX

...Y ACABA LA NARRACION

10 de enero

Después de descansar dos días en la estancia de don Justiniano Fernández — "Seo Justimiano" o "daun Fernande", al decir de los guasos que aquí pacen o apacientan sus ganados sin pagar arrendamiento, merced a la generosidad, o si se quiere, dejadez del dueño—, salimos con una mañana fresquita acompañados del risueño comandante Sequeira, y fuimos a campar en la orilla occidental del arroyo Mansevillagra, sobre el paso real. Pasamos un día monótono, abrasados por el calor que se desarrolló con el mediodía. De allí se despidió el comandante Sequeira, y lo sentimos, pues nos divertía mucho con sus *cosas*. Al otro día marchamos, a las tres de la mañana, siguiendo el itinerario definitivo que acordáramos seguir en el anterior campamento. Debíamos ir a parar a la estancia de la opulenta familia de Jackson. A pedido del Mayor, fuimos, Nosiglia y yo, adelante, a fin de preparar sitio para campar, carne, agua y leña. Desempeñamos bravamente nuestra comisión, gracias a la bondad y franqueza del mayordomo, — cuyo diablo de apellido

inglés siento no recordar ahora—; de suerte que, cuando llegó la columna, a las diez de la mañana, pudo tenderse cómodamente bajo los frondosos eucaliptos de una inmensa quinta, donde pasamos el día, recogiéndonos a pernoctar en un galpón que nos señalaron por si llovía, pero no llovió, y, tempranito, ensillamos otra vez unos *fletazos* jefes que nos prestó el buen inglés, y nos despedimos de él afectuosamente. Este inglés usa un gran sombrero de paja, que cubre con sus alas protectoras la cara del dueño, en cuya cara hay dos ojos de mirada inofensiva, dos carrillos bordeados por una barba castaña en el centro y rubia en las orillas; y luego, una boca algo grande, cuyo labio inferior ha adquirido en el centro cierta depresión, a manera de gesto desdeñoso, a causa de una, entre pipa y bordalesa que gravita en él, echando de continuo nubecitas de humo azul. Sobre aquella cara, y a pesar de esta gran pipa, se nota a primera vista, una expresión bonachona que no se desmiente con el trato. El importante establecimiento que administra nuestro ex-huésped, está en el Cerro Colorado, que es la línea divisoria entre los departamentos de Minas y Florida. Es decir, que dentro de cuatro o cinco días habremos atravesado este último departamento y llegado al término de nuestro viaje.

11 de enero.

A tres leguas del establecimiento de Jackson, está el de don Justo Arrillaga, donde acabamos de plantar las tiendas. Don Justo es hijo del *pago* y blanco *como güeso e bagual;* lo que no obsta para que en lugar de don Justo, pudiera llamársele don Bueno.

En su casa, y a fuerza de rudas instancias, nos permitimos el lujo escandaloso de echar una siesta en catre. Se nos enfermó un cadete, y también a pedido suyo, fue conducido a un cuarto confortable, donde, gracias a la esmerada asistencia, se puso bueno en un dos por tres. Don Justo se empeñó en que no nos habíamos de escapar sin ver las curiosidades de su campo, y tanto y tan bueno dijo de ellas, que resolvimos quedarnos un día para verlas. Con efecto, al siguiente, tempranito, nos condujo a las agrestes márgenes de una zanja o arroyuelo que corre entre dos colinas prolongadas, a cosa de una milla de su casa. El agua, que viene mansa por lecho de tierra vegetal y piedras sueltas, halla de improviso una como conjuración de peñascos, apostada allí para cerrarle el paso; primero se detiene vacilando y ensaya el medio de pasar por buenas, besando a las piedras como para seducirlas; pero las piedras, nada: no entienden de cariñitos. El agua empieza a atufarse, y, envalentonada por el contingente que poco a poco engruesa su caudal, se amotina contra el obstáculo, lo empuja, lo soba, lo invade, lo penetra; abraza sus costados, llena sus resquicios, ensancha sus rendijas, y entretanto que devasta, incansable, sigue subiendo, subiendo; el peñasco está a pique de ser asaltado por mil partes y se sostiene, sin embargo, firme. Por fin, el agua se alza en un esfuerzo, y, tumultuosa, salta por encima del obstáculo, corre por su torso erizado de picos, y va a precipitarse, mugiendo, en la pradera. El agua ha vencido, pero no del todo: el obstáculo mantiene aún en el aire enormes trozos abruptos, centinelas de piedra, protestando eternamente contra la arbitraria violación de sus dominios...

En el fondo de la cascada hay mil pequeñas co-

rrientes, depósitos de agua cristalina y sosegados remansos; entre las rendijas de la piedra crecen algunas plantas arbóreas que accidentan lindamente el color ceniciento del granito con las alegres manchas de sus copas verdes.

Saltando por los picos de las piedras donde venía a estrellarse el agua espumosa y bullente, vimos carnear dos terneras que don Justo destinaba para el festín campestre; y, a eso de las seis y media, presenciamos los ejercicios de fuego de la compañía de cadetes, que al mando del teniente Cantón se aproximaba, batiéndose en retirada: ora desplegándose en guerrilla, ora replegándose para formar grupos de a cuatro contra caballería; ya formando por mitades o en pelotón para hacer fuego colectivo, ya desplegando de nuevo a la carrera para seguir bravamente el tiroteo. Cuando llegaron a tiro de pistola, el clarín tocó *alto el fuego,* y formando la columna en orden de batalla, avanzó al acordado compás de los clarines y tambores. Llegaron, armaron pabellones, rompieron filas y se desgranaron bulliciosamente, reuniéndose en grupos para hacer fogones aparte y churrasquear por su cuenta.

Mientras los cadetes, cortando ramas de los escasos árboles que por allí crecían, ensartaban sangrientas asaduras y las entregaban a las ardientes caricias de la llama, nosotros a caballo y guiados por don Justo, recorríamos su campo, siguiendo la costa de la zanja.

De trecho en trecho hallábamos grandes peñascos de protogina, granito o feldespato, sobre los cuales la acción de los agentes atmosféricos se hace sentir

notablemente, ya haciendo poco compacta la superficie de la piedra, por sí bastante dura, ya rompiéndola en todas direcciones y en extrañas formas: se hallan infinitas peñas, superpuestas a manera de construcciones pelásgicas; apariencias de torreones; remedos de arcos ruinosos; inmensas esferas ovoides, sustentadas por delgados pilares cilíndricos, figurando globos con la barquilla apoyada en el suelo... *La piedra del bote* es una verdadera curiosidad geológica: afecta perfectamente la forma de una pesada barca sin arboladura ni timón; roma, achatada y ventruda, recuerda la *panza* que sirvió a Guilliat para arrancar a los siniestros Douvres la codiciada presa. Quizá sin sospecharlo he estado junto a la petrificada nao en que intrépido argonauta emprendiera sigiloso viaje hacia el oriente, a través de la noche de los tiempos... Una enorme piedra, adelgazada en la base por el frotamiento del ganado y el desgaste de las aguas, avanza su pico temeroso "como un brazo tendido en el vacío", sin ceder en su admirable equilibrio a las torres inclinadas de Zaragoza y Pisa. Allí debajo, en la cavadura honda, puse un negrillo de la banda lisa, apoyadas las manos en las rodillas y el dorso en la piedra, en ademán de levantarla, improvisando así un pequeño Sísifo, sino criminal como el hijo de Eolo, al menos tan negro como la madre que lo parió.

Encontramos sobre un acantilado inaccesible, dos pichones de águila que volaban poco; hicímoles desalojar a pedradas su altura, y el teniente Sayavedra consiguió coger uno, después de perseguirlo sin descanso cerca de una milla. Lo encerramos en un cajón con listones de dos dedos, a modo de rejas, y allí pasaba las horas el ave olímpica, con altivo sosiego;

la pupila amarilla, siempre abierta; los codos de las alas separados del cuerpo, miraba con calma y comía tranquila. Alguna vez volcaban el cajón derribándola, y ella se incorporaba despacio como un atleta cansado, sin agitar las alas, cual si para mayores fines las guardara. Yo me he pasado las horas muertas mirando esta hermosa ave, tan reposada y serena; casi me he resuelto muchas veces a darle libertad. Ayer me puse a escribir sobre su tosca jaula, y estaba muy abstraído, cuando sentí una suave presión en la rodilla. Era que el águila había sacado una pata por entre las rejas y me oprimía suavemente con su poderosa garra. Como me moví, la retiró despacio y tornó a quedar inmóvil, como siempre, con la cabeza erguida. Yo pensé, no sin sobresalto, que la menor contracción de su red muscular hubiérame clavado hasta el hueso aquellas púas córneas que veo hundirse hondamente en la madera, cuando la antigua ave de Zeus, hoy triste esclava del hombre, descarga en las paredes de su cárcel algún ligero acceso de concentrada ira.

Por la tarde nos despedimos cariñosamente de don Justo y su familia y emprendimos la marcha con dirección a la barra del arroyo Tornero. Don Justo nos acompañó todavía más de una legua, que anduvimos sin sentir, engolfados como íbamos en general e interesante plática. Por fin nos dejó al trasponer el linde de su campo y se alejó al trote, deteniéndose en la cercana loma para enviarnos por señas el último saludo. Luego volvió grupas, descendió al bajo y se perdió de vista.

Por el camino cogimos varias perdices que, aunque cubiertas de pluma, no volaban aún; en cambio corrían con gran ligereza, estirando el cuello y deslizándose por entre las matas que sorteaban con gran habilidad para hacer perder la pista. Es bien difícil atrapar a estas graciosas avecillas. En la huída no siguen nunca la línea recta, sucediendo que cuando más seguro se está de irles al alcance, vese, donde menos se esperaba, una cabecita que se alza entre la yerba, atisba al enemigo y se esconde con presteza, para continuar escapando con arreglo a la misma táctica inconstante. Por lo demás, las pobrecitas, a fuerza de sustos, aprenden a no ser zonzas para esconderse. Desde que empluman salen ya a buscarse la vida, recibiendo antes del pico paternal un par de lecciones sobre el mejor modo y estilo de *hacerse perdiz,* lecciones que se graban de tal suerte en el tierno instinto de la prole, que sin necesitar más equipaje se larga a corretear, después de restregarse con emoción las patitas y cambiar tiernos picotazos entre ahogados pitidos de despedida.

Hemos campado precisamente en el empalme de los arroyos Tornero y Santa Lucía Chico. Ambos tienen aquí poco caudal, a causa de que sus aguas se embeben en el camino por falta de lecho que las encajone, encontrándose obligadas a arrastrarse por el llano, torciendo aquí y oblicuando allá, cual si no supiesen adonde dirigirse. Hemos llegado al límite de la Cuchilla Grande, que atraviesa el departamento de Florida. Desde la azotea de don Justo pude ver expirar a mi sabor su término, allá a lo lejos, después de alzarse al final, como en esfuerzo postrero; intenta aún levantarse varias veces, dando saltos que dejan

redondas hinchazones en su espalda, y por fin, se fatiga y cae desvanecida en un llano, alargando un brazo débil entre Santa Lucía y Casupá.

13 de enero.

Trabajo nos costó agarrar los caballos. No había corral y hubimos de echarlos sobre un cerco y acorralarlos entre todos. Nos faltan dos jornadas para llegar a Florida, y si en nosotros estuviese, a fe que no aflojábamos este tirón sin dar allá con los huesos, y eso que faltan doce leguas respetables y buenas. Hoy camparemos en una de las dos estancias de Urioste, apellido ventajosamente conocido entre nuestros ganaderos, especialmente por su cría caballar, a la que pusieron en muy buen sitio las ágiles patas de la famosa yegua *Negra,* vencedora del *Druid.*

Llegamos a eso de las diez y nos señalaron un campamento, que será bueno algún día, pero que ahora es bastante malo, detrás de una gran quinta poblada de árboles. Se nos permitió por gracia, acogernos a la futura sombra de un plantío de sauces llorones que no levantaban media vara sobre mi cabeza.

Aquí le dió un cólico a mi Sísifo negro; pero tan recio, que por poco se lo lleva Pateta. Se tiró entre los sauces, embistiéndolos encarnizadamente a coces y topetadas; echábase mano a la barriga, cual si quisiera sacar a puñados algo que se le hinchara allí dentro, y gritaba como un lechón, poniendo los ojos en blanco y casi echando chispas por la cabeza al topar con los troncos. Porque fuese más grave el contratiempo del pobre negro, el practicante no se ha-

llaba allí en aquel momento; de suerte que yo me resolví a echarle una manita, para ver si zafaba del aprieto. A ese fin destapé una botella de buen coñac, me muní de una taza, eché en ella medio cuartillo o poco menos del espíritu, y ayudado por Nosiglia, sujetamos al negrito, que berreaba de lo lindo; lo hicimos callar dándole un par de sofiones, y en seguida le emboqué la taza. El negro, que pedía agua a gritos, abrió ansiosamente su enorme jeta y bebió con tanto afán, que por poco me lleva el recipiente. Después de engullir, se sintió abrasar, sin duda, pero todo fue negocio de un segundo. Hizo de prisa un par de visajes feos, tiró la última patada a un sauce vecino, sin llegar a darle, clavó el asta y quedó tieso. Bien se conoció que el nuevo Sísifo no era hijo de inmortal, ni siquiera pariente, porque el *brandy* lo cogió, y sin andarse con preparativos, me le arrimó una borrachera efectiva y terminante como una coz de borrico.

14 de enero.

Muy tempranito, a fin de tener tiempo de andar las ocho leguas que nos separaban de Florida, fuimos a agarrar caballos en el corral de la estancia, trayéndolos luego al campamento y ensillándolos a tientas; pues una inmensa barrera de nubes, puesta entre el mundo y el cielo, ahogaba en sus senos oscuros la tenue claridad de la alborada. Un viento caliente, de tempestad, nos azotaba el rostro y parecía malignamente empeñado en no dejarnos marchar, arrebatando del suelo y de las manos las prendas del recado, que volvían a su sitio tras una persecución más o

menos larga, secundada por alguien que se hallase en el camino de la prenda fugitiva. Aquí volaba un poncho; un plato de lata, olvidado, se alzaba allá dando tumbos, hasta que rodando sobre su orilla, echaba una carrerita y caía al fin boca abajo, dejando que le pusiese mano el sirviente que lo perseguía. El viento silbaba y gemía al sacudir las copas de los sauces, y los sauces se agitaban temblorosos apretándose unos contra otros, como un rebaño acosado por los perros; los caballos resoplaban estrepitosamente, estirando el cuello y dilatando la nariz como para ventear la tormenta, sobresaltados e inquietos, asestando sus ojazos a los bultos que en torno se agitaban, y tendiendo sus orejas, atentas al ruido de los hombres que hablaban y de los sauces que gemían. Volaban chispas de un hogar, cuyas cenizas se alzaban de pronto entregándose al viento indeciso que las hacía danzar en loco remolino. Una voz daba una orden; llamaba otra a un compañero. Preguntaba alguien si no le habían visto un látigo, y contestábanle que mal podían ver el látigo cuando no veían al dueño... "¡Vamos, grandísima burra!" gritaba Puig a una que se resistía a dejarse fastidiar con los arreos. De vez en cuando se oían allá a lo lejos algunos ecos de trueno, que sonaban como pasos mesurados en una habitación vacía... La mañana avanzaba lentamente, y su luz resultaba sucia al filtrar las nubes y teñirse en su triste color de aburrimiento. Nosiglia, ya listo, embozado en un poncho militar, me enseñaba las habilidades de un caballo que le regalara la víspera el capataz de Arrillaga. Los carretilleros embalaban a prisa los bagajes, y una vez prontos, desfilaban ante nosotros guiando sus vehículos de dos ruedas, cuyo toldo se hamacaba con el

vaivén, y animaban con el látigo a las mulas, que, sacudiendo las orejas, medio ahorcadas por el pretal, se echaban adelante para hacer pie y arrastrar su carga al filo de la loma, donde estaba el camino, tendido, largo e inmóvil, como una sierpe muerta. Los tambores con sus instrumentos a la espalda, parecían moluscos llevando la casa a cuestas. En la estancia empezaba a moverse la peonada; el que iba a recoger pasó junto a nosotros y se perdió en la sombra, cantando una canción monótona, ajustada al lento galopar de su corcel... Por fin el clarín tocó a caballo: se siguió un confuso ruido de voces; choque de latas, de instrumentos, de armas. Los cadetes fueron alineándose hasta entrar en formación. Alguno que tardara en montar, acudía a su sitio de orden: la fila se abría, le daba paso y quedaba inmóvil otra vez. Sonó el toque de marcha. El viento soplaba en vano contra las grandes nubes, quietas y negras... Marchamos. Al llegar al lomo de la cuchilla, refrené mi caballo y abarqué de una ojeada lo que enseñaba el paisaje, velado como una placa sensible herida por la luz blanca. Quedaban allá en el bajo... pero no, quiero que mi libro eche su último suspiro en el último cuadro del último párrafo.

Apenas lo abandonamos quedó el bajo quieto y en silencio, como si no habiendo podido dormir por los gritos de nuestros centinelas, quisiera aprovechar las últimas horas de la noche para entregarse al reposo. Cuando estábamos abajo, vi que sobre la colina había unas nubes flotando indecisas, y cuando subimos, me pareció que bajaron las nubes a echarse blandamente en la colina. Aquellas excrescencias del cielo se alzaban sobre esta protuberancia de la tierra, revueltas y encrespadas como olas de un mar petrificado. Para

aumentar la analogía, dominaba el primer término un nubarrón, alto y escueto como una roca marina, roca batida por nubes que se hacinaban, empujándose a sus pies como vivas oleadas; oleadas con crestas de nubecillas, raras y transparentes como ingrávidos copos de espuma... Los gallos cantaban, batiendo las alas antes de anunciar con su canto la huída de la sombra. Me uní a la columna, que marchaba al trote. Al poco rato de marcha silenciosa, dijo uno: "Creo que se arma la gorda; me ha caído una gota en la nariz..." Se sucedieron las gotas, y la lluvia empezó, monótona, lenta, segura. Percibimos el olor acre de la tierra caliente que se moja. Calmó el viento, y las gotas, anchas, pesadas, cayeron con ruido sobre nuestros ponchos. Los caballos agacharon las orejas y empezaron a detenerse acobardados. Había necesidad de despabilarlos, y no podía hacerse al trote por no romper la formación. Entonces el clarín tocó a galope: se oyó primero, en las ancas de los caballos, el silbador repique de los látigos, y tras un breve trote progresivo, repicó en el suelo el unísono galopar de los caballos. Ya sólo para atravesar zanjas o portones amenguamos el compás del paso. Nuestros sombreros, empapados, dejaban caer las alas, como paraguas a medio abrir; los ponchos, embebidos, pesaban como plomo; los caballos galopaban penosamente, con las orejas marchitas y desgonzadas. De improviso resbalaba uno y allá iban de costillas caballo y caballero, dos seres distintos, aparejados en común e idéntico porrazo; alguna vez se iba el caballo sobre el jinete y quedaba lo uno por lo otro, que no siempre había de ir encima el caballero. Entre estos percances y aquel barro que nos echaba a la cara pegotes como brevas, llegamos a las chacras que rodean el

pueblo de Florida. Nos alojaron en el Hipódromo, donde pasamos el día secándonos la ropa y calentándonos los huesos. Por la noche quemamos tres docenas de luces de Bengala — que llevábamos para expediciones nocturnas, sin haber tenido ocasión de utilizarlas — paseando por las gradas del circo aquellos hachones azules, rojos, amarillos, cárdenos o verdes, que llameaban, en el fondo de una noche sin luna, derramando gotas ígneas de azufre inflamado, como fantasmas que respirasen fuego, babeando chispas. En la tarde del otro día, sereno y caliente, nos dirigimos a la estación del ferrocarril, siguiendo el paso de la banda lisa. Llegó la hora de partir: el cadete Fuentes agradeció, en breves palabras, su hospitalidad al histórico pueblo de Florida; asaltamos los coches, batió marcha la campana, se oyó el silbato del guarda, la locomotora taladró el aire con un grito largo, seguido por otros dos, penetrantes y cortos; el tren se agitó, crujieron sus coyunturas, latieron los pistones y rechinó el acero, sudando aceite... La banda estalló de pronto en una alegre diana, y el Dragón de la Quimera, como asustado del ruido imprevisto, dió una brusca sacudida y se deslizó temblando, en dirección a la ciudad hermosa. Se perdía, se perdía y se achicaba el pueblo, en cuyo centro la Libertad, esclava trágica, hace pedazos sus cadenas, y allá al poniente, una legión de nubes, erizadas y negras, al ver acercarse el sol, se tiraban despavoridas detrás del horizonte, como asustado enjambre de Medusas.

XX

PÁRRAFO ÍNTIMO

Madre mía... no te inquietes porque te llamo, ni abandones, ¡oh habitadora del cielo!, tu celestial morada. Escucha: quiero decirte que mi primer libro debió ser tuyo; pero el deseo de honrar a mi padre en vida me indujo a coronar sus canas, antes de ornar tu sepultura. Te tocaba el segundo, y ya ves como su índole y objeto te lo quitan también. No importa, madre: la fragua está ardiendo y yo forjaré en ella una obra digna de tus virtudes y de tu memoria. ¡Ayúdame tú, madre mía; inspírame, mártir querida de una familia desgraciada! ¡Templa mi lira, la de bronce, la que no puedo templar, la que es, en mis manos, muda, y verás cómo tu libro vivirá después que el papel se rompa y los caracteres se borren!

CUENTOS

EL VELORIO VACUNO

De flaco, de viejo, de cansado, de aburrido de arar, el pobre buey se acostó a morir una mañana en las inmediaciones del corral.

Lo cuerearon. Aquella piel barrosa, tan fuerte y tan curtida, que durante doce o quince años lo había abrigado contra las inclemencias de la vida, aquella piel que había agujereado la picana con su púa de hierro, le fue sacada a cuchillo, entre risas, por los peones de la Estancia. Lo desollaron de un lado, lo dieron vuelta y acabaron de arrancarle el poncho. El pelo había caído en partes, al refregarse el animal en tierra, en las ansias, cuando la muerte venía y le quitaba aquella vida que él había arrastrado tantos años a lo largo del surco.

Quedó muerto y desnudo. Coloreaba en el bajo su enorme cuerpo, enseñando la carne flaca, donde la sangre había quedado cuajada. Los perros iban allá, lo olfateaban y lo hallaban feo. Estaba muy flaco el pobre, y ni los perros lo querían comer.

Pasó todo el día asoleándose el cuerpo de aquel oscuro y miserable soldado de la siembra. ¡Cuántas espigas había hecho nacer! ¡cuántas semillas habían hallado cuna en el surco abierto por aquel buey! Y ahora, allá estaba la osamenta, abandonada, terrosa, resecándose, llena de moscas. El héroe del surco, que

había hecho germinar tanto alimento, tanto grano, tanta espiga, tanto pan, había muerto de flaco!

No. No podía morir así. Los hombres lo dejaban, pero sus semejantes debían ser más justos. Los hombres se olvidaban, pero entre los animales quedaba un sentimiento. Los hombres le sacaban el cuero porque se podía vender. Era el último servicio que prestaba el viejo buey. Tenía el cuero pesado. ¡Lástima que aquel diablo de animal se había andado revolcando al morir! ¡Tal vez el cuero fuera desecho, por eso! Y no pensaban nada más. Para ellos había concluído la desgraciada y bondadosa bestia. Pero las vacas, los toros mansos, los novillos tamberos, los bueyes veteranos, compañeros de yugo del buey muerto, tenían obligación de rendirle un recuerdo antes de abandonarlo, al verlo caído, incapaz de seguir tirando el arado, tan duro y tan pesado como la vida para la pobre bestia resignada.

Vinieron al caer la tarde. Las cuchillas prolongaban sus sombras; en los bajos empezaba a ser de noche; los pájaros ganaban los paraísos y se quedaban quietitos, con la cabeza escondida bajo el ala.

Entonces el ganado tambero fue cayendo al velorio. En el crepúsculo, el finado buey viejo, desollado, se veía colorear, con los matambres estirados, ya resecos por el sol de todo un día.

Los animales llegaron despacio, con aire fúnebre. Balaban con balido sordo y triste, como diciendo un responso. Eran mugidos cavernosos, tétricos, que resonaban sordamente en la tarde silenciosa y sosegada. Las ovejas, despavoridas, salían al galope, y los perros paraban la oreja, con ganas de ir a ladrar al ganado doliente.

El más triste era un novillo yaguané, sin duda pa-

riente del buey. Era el que presidía el duelo. Mugía con verdadero dolor, y de pronto rompía en balidos desesperados. Un buey overo-negro, llamado *Retruco,* se acercaba al yaguané y lo tocaba con el hocico, balando a media voz, como si le dijese: ¡Hombre, no se aflija, que todos somos mortales! ¡Todos hemos de tener la misma suerte! ¡Iremos tirando hasta que nos toque clavar el asta!

Como en los velorios humanos, había allí los indiferentes, animales que habían venido por compromiso, por no chocar, por ceremonia vacuna. Habían llegado al muerto, lo habían olido, le habían balado quien sabe qué, por fórmula, y se retiraban rumiando sus asuntos. Otros, cuando el yaguané no los veía, agarraban algún bocado de pasto y lo mascaban disimuladamente...

En esto, un peón que pasaba, molestado por los mugidos, atropelló a caballo y deshizo el velorio a rebencazos.

EL DESQUITE

I

Bajo el calor pesado de aquella siesta continuaba trabajosamente la esquila. Las ovejas, maniatadas en el gran galpón de quincha, se ahogaban, balando a intervalos un balidito quejumbroso y tristón.

Entre el chirriar acerado de las grandes tijeras cortando la lana, resonaban como un tiroteo, de minuto en minuto, los gritos de los esquiladores. —"Médico" —gritaba por aquí el que pegaba un tajo: el curador venía con un tarro de alquitrán y daba unos pincelazos en la herida a la oveja lastimada.—"¡Lata!"—gritaba por allá el que concluía, arrollando el vellón y soltando al animal, que salía azonzado, desnudo, limpito, amarillo como un huevo de avestruz recién largado. Los esquiladores, sin más ropa que la camisa y el chiripá, con pañuelos atados a la cabeza algunos, encorvados sobre las ovejas, no hablaban, sofocados por el calor y la postura violenta.

En un costado del galpón se alzó uno de ellos —un paisano de fisonomía dura, barbudo— y soltó un carnero. El esquileo de los carneros valía "dos latas" —dos vintenes—. El paisano gritó: —"¡Carnero, lata!" El encargado llegó y le dio dos latas. Las tomó y guardándose una en el cinto, le dijo a otro —un

muchachón flaco que esquilaba a su lado, todo sudoroso, descolorido por el calor—:

—¡Tomá tu lata, vos!

Esquilaban a medias. El muchacho se enderezó un poco, agarró la lata y se quedó mirando a su socio.

—Che, —le dijo—, me andás reculando latas. Dende hoy estás trasquilando carneros y risién me das... Ya te vide, cuando fiste como a tomar agua, y llevabas cuatro vellones de a dos latas...

El otro lo miró fijamente y contrajo el ceño, de por sí duro, dejando quieta la oveja que había agarrado y puesto patas arriba para continuar la faena.

—¿Qué desís, sarnoso? —preguntó, ronco;— ¡ya me tenés caliente!

—¡Sarnoso... tu madre! —replicó el joven indio.

Y no dijo más. Su socio saltó sobre él, lo cazó del pescuezo, lo tumbó sobre la oveja, blandió la tijera abierta y se la clavó en la espalda, a lo loco. El muchacho se estremeció dos o tres veces, hasta que dio un estirón de piernas, y quedó quieto. Una hoja de la tijera lo había clavado en las vértebras, mientras la otra entró al pecho hirendo el corazón, que dio un salto supremo y se paró de golpe, partido en dos. La sangre saltó en borbollón y coloreó a la oveja, que quedó apretada por el cuerpo del esquilador muerto, toda convulsa, desnuda a medias de su poncho de lana.

La escena tuvo rapidez de fantasía. Antes de que nadie pudiera darse entera cuenta de ella, el matador saltó, hosco y fiero, ganó el patio, montó en el único caballo que había a esa hora en la "ramada" y tomó el campo resonando los cascos en el galope sobre la tierra seca, embebida de sol.

II

Era Sandes, el célebre Sandes, el comisario de aquella sección, y estaba en la oficina cuando llegó un tapecito todo afligido —en un petizo maceta que había agarrado entre las escobaduras— con el parte de la muerte. El patrón mandaba decir que el matador era hombre de agallas, y que mandasen buena gente si lo querían agarrar. Sandes, que profesaba odio profundo a los que mataban sin pelear, quiso ir él mismo. Pero el sargento José Difunto se le cuadró:

—Deja, che capitán, si usté queré yo va, mejor. . .

—Bueno, dí; pero ya sabés no me volvás sin él...

—Ya sé yo. . . ¡deja nomá! Dame el papel.

Sandes le dio la orden por escrito para prender al criminal y matarlo si se resistía. El sargento Difunto no sabía leer, pero nunca iba a prender a nadie sin la orden, por si acaso. A él le gustaba que se resistiesen, y a más de uno sacó de entre el monte, atravesado sobre el caballo. De resultas de estas aficiones tenía varios ojales en el cuero, que se habían cerrado solos, como las heridas del hacha en el tronco del ceibo.

Nunca se supo bien por qué causa lo llamaban con apellido tan fúnebre. Y lo más curioso era que él no lo tomaba a mal; al contrario, solía dibujarse una ancha risa en su boca sesgada cada vez que tenía que nombrarse.

Sargento de policía del valentísimo Sandes cuando éste era capitán y comisario de una sección rural en Paysandú, tenía Difunto, en ese cargo no más, una credencial de su guapeza. Era el brazo derecho de Sandes, y en Paysandú y en Mercedes se han de

acordar los viejos de aquel indio cambueta, fortacho, con una cara redonda y lampiña de china vieja, y sin otro vicio notable que el de pelear, vicio que satisfacía a menudo con ocasión del servicio policial, que en aquel tiempo era arriesgado y duro. Era Difunto por naturaleza huraño y callado y por eso tal vez era bozal como un coya. Cuando él no los oía, solían decir los milicos que al sargento se le había endurecido la lengua porque no la sobaba nunca.

III

Tomó un soldado, y bien montados ambos, se lanzó Difunto a la caza del hombre fugitivo. Dejó el machete —la lata— porque hacía ruido, armándose solamente con su facón, que no le negaba fuego, y con una pistola reyuna que llevaba casi por lujo. Como paso previo enderezó al teatro del suceso, para agarrar el rastro. Cuando llegó, se había reanudado el esquileo; mordían las tijeras como con más ganas de cortar, en un silencio vasto, cargado de conjeturas.

Ladraron los perros y salió un negro viejo, tío Adrián, a espantarlos y a ver quién era. Al divisar al sargento se apuró:

—¡Juera, *Chicolate!* ¡Ya diay, *Gaviota!* ¡pucha digo con los animales! .. Abajesé don Difunto, abajesé... Allastá en el galpón... ¡ánimas benditas!... ¡Jue una barbaridá!... ¡Qué barbaridá!... Jue una cosa bárbara, como les dije yo... Venga po acá sargento, allastá el pobre, estirao...

Cuando llegó el sargento al galpón hubo una suspensión momentánea en el canto chirriante de las tijeras. Algunos esquiladores se dieron vuelta con di-

simulo, como juzgando inútil que la "autoridá" les viese la cara, y continuaron su faena. En cuanto entró Difunto, un viejo enfardador, que estaba pisando lana dentro de una larga bolsa colgada del techo, se tiró al suelo, y con un aire digno y grave se acercó dando la mano al sargento, el cual creyó tal vez que sería el abuelo del muerto. Era sencillamente el viejo Fantasía. Lo llamaban así en honor a su imaginación, que le hacía hallar historias a propósito para todos los casos. Por lo demás, Fantasía —don Fantasía, como le llamaban las chinas— era un buenazo, de estos viejos que se acuerdan de sus tiempos a cada paso y han sido protagonistas o testigos de todo lo notable que ha sucedido en todas partes.

—Vamos a ve, —dijo Difunto acercándose al muerto, que estaba todavía echado boca abajo. Le habían sacado la oveja, nada más, pero conservaba su postura, contraído el cuerpo y abiertos los brazos—. Vamos a ve cómo jue eto...

Algunos, entre ellos misia Silveria que pasaba con el mate cuando sucedió el hecho, quisieron referirlo; pero el viejo Fantasía no los dejó: los hizo callar con un ademán solemne, y se adelantó él. Contó todo lo que había oído a todos, de lo que resultó una historia larga y tortuosa, llena de contradicciones. Concluyó por pedirle al sargento que le escuchara una palabra aparte. Lo sacó hasta el barril del agua y le dijo con reserva:

—El finaíto cuando cayó —¡que Dios nos libre y guarde!— cayó boca abajo. Lo querían dar güelta, pero yo no los dejé. Ansí el matador no puede dirse.

Difunto lo miró.

—¡Qué! ¿crey que no...? ¿No sabe?... —interpeló el viejo pasmado.

—He oído desí... pero se me hace sonsera.

—¡Cómo sonsera, cristiano! ¡Yo le garanto que no se le va!

—¡No se le va...! ¡poque yo no me duemo en la paja!

El viejo Fantasía sonrió entonces con aire de suprema iniciación, y dijo, poniendo la mano en el hombro del sargento:

—Miiiire, compañero: yo no creo en el "malo", pero cuando rejucila me persino; no creo en los "lobisones", pero cuando ando de noche, y oigo roncar algún chancho lejos de las casas, saco el facón y beso la cruz. Esto que le digo es la pura verdá... ¡Mire que yo soy más viejo de que usté y he visto muchas cosas! Cuando un hombre mata a otro... atiendamé: si el finao cai boca arriba, el que lo mató se va y no hay polesía que lo agarre; pero si cai boca abajo, no tenga cuidao, que la desgrasia lo sigue, y lo engaña, y lo trai al castigo. ¡En mis tiempos tengo visto mucho de esto! Le vi a contar: una ucasión, en una pulpería, allá por los Arapeises, se desgrasió un compañero. El finao era un gringo que se había hecho odiar al ñudo... Ligó una puñalada en la tetilla y cayó pa delante. ¡Pues no había modo de que aquel hombre se mandase a mudar! Se iba, lo víamos dentrar al algarrobal, y a la hora no más golvía mirando pal lao del muerto:

—"No me puedo dir porque he dejao el poncho..." Nosotros apuraos:

—"Pero, cristiano e Dios, vayasé, que lo van a agarrar". Se iba, y al rato ¡sas! ¡otra ves! Cuando en esto, un negro viejo, jue, y vido, y dise:

—"¡Pero cómo se va a dir! ¡no ven que el finao

está boca abajo! ¡delon guelta!". ¡Y ansí jue! Lo dimos güelta al gringo y el otro no vino más...

—Entonce quere desí que uté pensás que el otro va a vení po acá...

—¡Cómo no, cristiano! ¡Es clavao! Mire, oigamé: él tiene rilasión con Martina, la Chúcara que le disen, una que vive allá en aquel ranchito de la cuchilla. Él se jue sin ropa y sin plata, y yo le garanto que si lo dejan al finao comostá, esta noche le va a dar la desgrasia por venir a empilcharse y a abrasar a la china... ¡Si es una cosa sierta!... Mire: una ve... ¡me acuerdo como si juera aura!... un tal Amansio, un domador...

Se disponía a contar otra historia: José Difunto se la cortó sencillamente volviéndole la espalda; pero medio vencido por la elocuencia supersticiosa del viejo ordenó que no tocasen al cadáver hasta que él volviese. El capataz mandó echar un cuero de potro encima y lo dejaron en paz. Los perros olfateaban la sangre seca y esa noche aullaron hasta la madrugada. Las chinas no pudieron dormir con la impresión, y una soñó que había visto al finao bailando, y que las dos heridas de la espalda se le habían vuelto dos bocas, una de las cuales hablaba, mientras la otra se abría para reírse.

IV

Puesto sobre la pista galopaba Difunto, e iba pensando en la superstición del viejo. Por lo que tenía de sobrenatural, entraba y hacía impresión en la penumbra espesa de su intelecto inculto. Pero asimismo, confiaba todavía más en su buen olfato. Tenía

en la sangre y en el hábito esa lucidez exquisita que constituye la ciencia del rastreo y se encarnizaba en una persecución, sin comer ni dormir durante días.

Decidió reservar como un recurso heroico la ayuda de las fuerzas misteriosas, "la ayuda del finao", como se decía él. Resolvió recurrir a ella si acaso se le perdía el matador. Al salir de la estancia se fijó bien en el rancho de la Chúcara para dar con él de noche, si se ofrecía... Aquel recurso extraño y terrible de pedir ayuda al muerto, pensaba él, era como pelear con pistola, cosa que él sólo hacía cuando el enemigo disparaba y no podía alcanzarlo con el facón...

Por de pronto, hizo sus conjeturas: por el rumbo que había tomado el fugitivo, debía ir ganando el norte, como a pasar el Queguay, para seguir la fuga al abrigo de los palmares. El caballo que llevaba no podía darle para muchas leguas, sobre todo yendo apurado como iba. Se le cansaría por la estancia de Ramírez, allá sobre la costa del Queguay. Ésta fue su inducción y se entregó a seguirla, galopando con su compañero, a través de los campos, de vado en vado, de zanja en zanja, escudriñando las sendas, medio perdidas en los altos pastizales. ¡Por allí había ido el fugitivo; por allí había ido! El indio mordía el barbijo, nervioso, en una ansiosa pasión de dar con el malhechor. Por esta cañada había pasado, por aquel pasito, por este otro barrizal. En una picada, entre el monte, había una ramita de ñapindá recién cortada: debió agarrar la ropa al fugitivo y éste la cortaría por no pararse a soltarla. El rumbo persistía. De fijo iba a mudar caballo en lo de Ramírez...

V

Y era así. El asesino, después de una huída violenta en que el pobre caballo dio todo lo que podía, llegó a la estancia de Ramírez. Conocía al capataz. Había trabajado allí en marcaciones y esquilas. Todavía en la zafra anterior había ayudado a apartar una tropa. No le negarían caballo, creía, porque en aquellos tiempos no se negaba un caballo a ningún hombre apurado...

Llevaba el asesino unos miedos quiméricos· de que desconfiasen algo, hasta de que ya lo estuvieran esperando para prenderlo... ¡Oh! ¡pero pelearía! Se aseguraba del facón cuando iba subiendo la extensa cuchilla sobre cuya corona pelada blanqueaba la estancia. Examinaba... no, nada. Todo tranquilo. Ni le ladraron los perros: le salieron tres, sin apuro, como para oler quién era, y sólo una perra baya que mordía sin ladrar, se colgó de la cola del caballo, que, cansado, ni tuvo alma para cocearla. El asesino llegó, saludó aquí y allá y se apeó en la enramada, ya del todo tranquilo. A un peón conocido que le extrañó el traje, le dijo que lo habían pelado al truco en la esquila y que iba a buscar plata a su pago para volver por la buena...

Estaba cansado, con el cuerpo laxo, y después de la huída, del miedo a caer preso que lo espoleaba en los primeros momentos, le vino una reacción de audacia, una confianza, una alegría interna de haber evadido a la policía. Estas reacciones son un fenómeno frecuente, y son ellas casi siempre las que pierden a los asesinos. Aquel extraño cuento de Edgard Poe, en que el asesino de su mujer, después de estar

ya salvo, se descubre por un necio alarde de confianza, es de una profunda verdad psicológica. El criminal tan solícitamente rastreado por José Difunto, tuvo este cuarto de hora necio, que el viejo Fantasía hubiera atribuído al hecho de que el finado estaba boca abajo...

No se hallaba en la estancia el capataz, pero llegó al ratito. El asesino lo saludó con desembarazo:

—¡Cómo le va, don Panta! ¡Siempre guapo!... ¡pucha!...

El capataz se asombró. Lo hacía lejos del pago.

—¡Vos por aquí, "Abrilojo"! ¡qué diablos habrás comido!...

El matador se llamaba Santos Muniz, pero allí le llamaban "Abrilojo" porque en cierta ocasión se agarró al truco con un zonzo a quien ganó hasta las pilchas, y mientras estaba jugando, Muniz, que era como la luz para las trampas hábiles, le decía riendo al contrario: "¡Abrí el ojo!" y le sacaba del medio el as de espadas, o flor, o lo que quería. Hizo gracia la cosa, y le quedó "Abrilojo".

Muniz repitió al capataz el cuento de su pérdida en el juego. Don Panta lo miró de soslayo, sonriendo de su facha.

—¡Mirá que ha de haber sido macho esa jugada! ¡porque pa pelarte a vos...!

Pero si algo desconfió, lo guardó para sí. Había una complicidad tácita entre la paisanada, para encubrir desgracias de cierto género. Don Panta estimaba a Muniz porque era un buen peón por día. Trabajaba de sol a sol y era muy callado. Sabía que había sido matrero, y lo tenía por hombre de entraña. Si sospechó la causa de su aparición por allí, no se le ocurrió seguramente que hubiera sido por

un asesinato. Capaz de matar, lo creía, pero no a traición. De haberlo creído, le hubiera negado el caballo. Todo lo que era para aquellos hombres simpático el valor que pelea y mata, les era despreciable el ímpetu cobarde que asesina. Don Panta se dirigió a un peón que llegaba a caballo:

—Che, Juansito, ¿ya soltaste la tropilla?

—Ya, risién...

—Mirá... echála otra ves, pa que éste mude...

Ya muy tranquilizado, el asesino sintió que tenía seca la boca, y hambre, una contracción nerviosa que le causaba angustias en el estómago. El sol declinaba, y se le ocurrió pensar que con la fresca y con un buen caballo, la fuga iba a ser hasta agradable... Le dijo al capataz que tenía hambre.

—Si esperás un poco... luego no más comemos. Andá yendo pa la cosina, que ha de haber mate. Yo te hago ensillar el caballo.

—Mire... si tuviera alguno nadador, Don Panta, por casualidá...

—¡Qué! ¿andás por agarrar surubís a mano? —preguntó el capataz dando una gran risa, que sacudió todo su cuerpo de campero grandote y bien comido. —Güeno, andá no más... te voy a dar un tordillo cuero negro, que es como tararira!... Pero no me lo vayás a jugar, y más cuando andés mal de la mano, como hoy...

VI

Acababa de entrarse el sol resbalando por un cielo puro, ligeramente cobrizo. Quedaba en el campo una claridad transparente en las cuchillas y opaca en los

bajos, donde parece que las sombras se han pasado el día agachadas entre los pajonales, y a esa hora suben temblando a las lomas, como para espiar a ver si el sol se ha ido.

Todavía quedaban los peones comiendo en la cocina, cuando Muniz salió con otro paisano que iba a traer un redomón que tenía a soga en el bajo. Lo estaba enfrenando y lo iba a dejar toda la noche en el corral, con el freno en la boca, porque era porfiado y no quería "agarrar el fierro". Fueron hasta la enramada conversando de esto. Muniz, que tenía fama de buen domador, le decía al otro que había hecho mal en enfrenar el redomón en luna nueva, porque le iba a salir baboso.

—No importa, —replicó el peón— como no lo quiero pa pasiar... lo estoy amansando pa trabajar en el campo, y es gueno que sea un poco baboso, porque ansí no se le seca la boca con la calor.

Muniz desmaneó el tordillo, que ya estaba pronto. Era un lindo y altivo animal, corto de lomo y rasgado de abajo, —condición de caballo ligero—. Tenía los ojos y el cuero del hocico negros, muy abiertas las fosas nasales y el casco chiquito, alto y redondo como una copa al revés. Con una ojeada de inteligente lo apreció Muniz, y sonrió satisfecho. El peón se despidió y se alejó a buscar su redomón, mientras Muniz revisaba la cincha, como hace todo paisano precavido cuando no ha ensillado él.

El capataz le había dado un sombrero viejo de paja. Se lo arregló, poniéndose el barbijo, prendió la manea en el bozal, encendió un negro, y montó. Recién echó de ver que los estribos le estaban cortos. Los alargó, de a caballo no más, y luego, sujetando el brío del tordillo, salió de la ramada. Todavía le gritó

un "¡hasta otro día!" al peón, que iba ya bajando la cuchilla a buscar su redomón, silbando un estilo. Había atardecido del todo, y sólo eran las cosas visibles para los ojos camperos. Era una tarde prodigiosamente sosegada: ni las vacas mugían, como invadidas por el solemne silencio crepuscular. Cuando Muniz se vio con el campo abierto por delante, y un buen caballo dócil al impulso de su mano, desahogó su pecho y miró altaneramente en torno suyo... pero se quedó sin sangre y le dió un bárbaro tirón del freno al tordillo, viendo por su izquierda, casi encima ya, un jinete con kepis, a todo galope, y otro más atrás.

El asesino sintió la sensación renovada de todo su peligro, y su audacia, su deseo de vivir, lo serenaron de súbito: por un segundo pensó en aflojarle la rienda al tordillo, pero no se animó. Los otros también venían bien montados y le bolearían el caballo. Rápidamente concibió todo su plan. Si el sargento no lo conocía, tal vez le saliera bien; y si no, los pelearía. En su alma de gaucho había un sedimento bravío de rebelión. Sin emoción visible, enderezó su tordillo al sargento Difunto, que era el que llegaba. No lo conocía: menos mal... Si traía las señas, tal vez lo desorientase el sombrero de paja. No pensaba él que su plan era más factible de lo que creía, porque el sargento, contando bien el tiempo, calculaba que el asesino habría salido de allí una hora antes. El sargento sofrenó:

—¡Guenas tardes!

—¡Muy guenas! ¿Qué diablo tan apurao, sargento? ¿Se habrá resertau alguno?

—No —contestó el sargento, acercándose al trote—. No se ha resertau naide... ¿uté es de acá?

—Sí, señor; pión...

—¿Y ha etao hoy aquí?

—Tuito el día. . .Estuvimos cargando lana, porque ya se acabó la trasquila. Aura voy a buscar la majada fina... ¿No ha encontrao las carretas de lana? Iban pa Paysandú...

El asesino las había encontrado, y suponía que el sargento las habría visto también.

—Sí, las vide... Y digamé: ¿no ha venido naide a pedí un caballo emprestao?

—Vino, sí, señor; pero no le emprestaron porque venía muy redotao. El capatás malisió que hubiera hecho alguna cosa. Traiba el caballo aplastao y lo ató a soga...

—¿Y hase mucho que se jue?

—No debe de haser, porque risién estaba... Hombre, ¡casualmente! mireló: allastá en el bajo, arrancando la estaca..!

Difunto no escuchó más. ¡Lo agarraba a pie! ¡Qué bolada! Clavó espuelas, y seguido de su soldado galopó al bajo, donde el peón seguía silbando su estilo, dándole todo el sentimiento posible y añadiéndole unas modulaciones de su invención, mientras arrollaba el maneador para hacer cabestrear al potro. Muniz sonrió un momento, y murmurando entre dientes "¡ya ca. . .iste, sonso!" cambió a toda prisa el rumbo. El sargento es rastriador —se dijo— ¡me ha olfatiao lindo! Hay que borrarle el rastro. . . Adivinó que yo iba a rumbiar pal Brasil. . . ¡Pero de ganoso se va a dir en seco!

Y galopaba rápidamente hacia el Queguay, cuyas costas montuosas verdeaban cerca. Llegó y entró al agua, eligiendo un sitio de la orilla en que había pasto tierno, para que quedase bien visible el rastro.

Después, en vez de avanzar hacia el otro lado, agarró por la costa, con el agua a la cincha; bajó unas cinco cuadras y volvió a salir por un pedregal, donde las pisadas del tordillo no dejaron señal ninguna.

Recién tiró el cigarro, porque se veía el fuego. ¡Aura vamo a ver quién es más tero! ¡Andá a olerme el rastro en lagua!— Se afirmó en los estribos y escuchó un momento. No se oía nada más que el sordo murmullo de la corriente y el graznido de una lechuza, que pasaba y repasaba sobre la cabeza del fugitivo. —Pájaro hijuna... andá a agüeriar a otro lao! —murmuró molestado, amagándole con el arreador. Subió a la cuchilla y retomó el galope; llegó de nuevo a la altura de la estancia y la rodeó sin acercarse, hasta tomar el camino que había traído esa tarde. La estancia estaba en silencio. —A la cuenta ya me van siguiendo el rastro, —se dijo—: ¡vayan no más!... ¡pucha, que te tengo miedo! Mientre que ellos van pa llá, yo vengo pa cá... ¡Asina no nos vamos a topar! No aflojés, tordillito. ..¡pucha, que es gueno don Panta: mi ha dao un fletaso!... Me despido de la china y me saco estas cascarrias... ¡qué grasioso! ¡qué le habrá hecho aquel sonso al pobre pión!

VII

El zonzo lo había atado, al peón. En cuanto se acercaron, el soldado le apuntó la tercerola, y el sargento le gritó:

—¡Dese a preso!

El peón cortó el estilito que con tanto primor silbaba, y pegó una espantada.

—¡Echáte, maula! —intimó Difunto con su voz gangosa, que resultaba hueca y sonora en la tranquila tarde—. ¡Echáte o te va a vé conmigo!

—¡Pero aguardesé, mi sargento! ¿por qué rasón?

Quieras que no, se echó, y lo amarraron; lo amarró el mismo Difunto, que era catedrático. Protestaba el pobre peón, se enfurecía, llamaba traicioneros y mal paridos a los policías... ¡Nada! ¡marche! Le pegaron unos empujones para amansarlo, haciéndolo rodar por el suelo como un tercio de yerba. El preso, blanco de rabia, les gritaba que lo soltasen un poco, con eso veían quién era él!... Entonces se puso grave José Difunto. Sacó del cinto la orden del comisario, y mientras el soldado empujaba al peón, Difunto, de a caballo, le mostraba el papel, diciéndole persuasivamente:

—¡Miá pa cá, tape! ¡miá pa cá! ¡no siás popasao!... ¡No e yo quen te jore. ete papelito e que te jore a vo!... Aquí ta la oden pa pendete... ¡Y no te metá a malo, po que ya te dije que te va a tené que ve comigo!...

Lo llevaron a la estancia. Ya habían visto la cosa desde allá, y estaban alborotados. El peón preso era un muchacho criado allí, hijo de una china vieja que había venido al país con Rivera. Todos lo querían y se habían prometido no dejarlo llevar. Como hasta diez hombres, con el capataz a la cabeza, iban saliendo, resueltos a rescatar a su compañero. El capataz se adelantó:

—¡Pero, amigo sargento! ¿por qué ha atau a ese hombre?

—Poque mató a taisión a oto, allá en la tansia de los Rodigue! ¡y acá ta la orden!

—¿Pero, cuándo jue, sargento?

—¡Cómo cuándo jue! ¡Hoy mimo!

Hubo una carcajada. El capataz comprendió.

—¡Pero, pero amigaso! ¡si no puede ser! ¡Si ese hombre no ha salido de las casas harán quinse días! ¡El que ha hecho la muerte deberá de ser Santos Muniz, que vino to redotao a pedirme un caballo, disiendo que lo habían pelao al truco!

—¡Sí! ¡a mí me las va a contá uté! queré desí que ete no será Muní!

—¡Qué va a ser Munís, cristiano, si Munís es un paisano grandote y barbao que estuvo ahorita hablando con usté! ¡Uno de sombrero de paja, en un tordillo! ¡Lo han fumau feo, dispense que le diga! ¡Ha estau hablando con el individo y se le va a afirmar al otro pobre!

Los peones, como ensayados a coro, soltaron la risa, maravillados y felices con el chasco del milico. ¡Pucha el paisano diablo! ¡Lo había fumau lindo! No ocultaban la satisfacción que les causaba aquello.

Difunto comprendió al fin, y trémulo de rabia hizo una atropellada, como con ímpetu de pelearse con todos los peones que, sorprendidos, se desparramaron, echando manos algunos a sus cuchillos. El sargento volvió riendas, gritando furioso al soldado:

—¡Montá!

—Voy a desatar a este...

—¡Dejálo! ¡Que lo desaten si quieren! ¡Vamo!

Y se alejaron a todo galope, bajo la silbatina y el palmoteo regocijado de la paisanada.

Difunto sujetó un poco, en el bajo. Su enojo no le ofuscaba. Se confesó ingenuamente que lo habían boleado. Y en aquella oscuridad, en aquel silencio misterioso de la noche pesando sobre el silencio del campo adormecido —entre aquellos dos grandes si-

lencios— Difunto se sintió vencido. Una impotencia supersticiosa dominó su alma ignorante y bravía, y con gran suspiro exclamó, como convenciéndose a sí mismo:

—¡Ta güeno!... ya veo que yo no pude... vamo a ve si e verdá que me va a ayudá el finau...

Se persignó, y sin buscar rastro, renunciando a su vieja destreza de perseguidor, lanzó furiosamente su caballo por el camino que había traído esa tarde.

El soldado, que había oído con asombro las palabras enigmáticas del sargento, se le apareó y le preguntó:

—¡Dispense, mi sargento! ¿Pa ande vamos?

No contestó sino castigando su caballo, metido en su habitual silencio concentrado. Pero tal vez se arrepintió, tal vez tenía necesidad de una ruda confidencia, para justificar, si era posible, aquella renuncia de su reconocido olfato de rastreador, porque sin dejar de hostigar al animal, que galopaba saltando las masiegas, dijo sordamente indio bozal:

—¡No tas viendo que ahora e el finau el que lo va a agarrá a ése... También... ¡me va a pagá la fumada, si cai! Vamo a lo de la china Chuca...

Y en la calma estrellada de la noche, los dos hombres siguieron su galope, sobre la huella reciente del tordillo cuero negro, en el que Muniz, ciego y soberbio, iba arrastrado por su destino.

VIII

Martina era una china linda, tostada de color, ardiente de ojos, muelle en el caminar. Tenía una melena en rebelión, crespa, y flotante en su espalda co-

mo la crin de una potranca nueva. La solía atar con una cinta colorada, y quedaba así de una seducción penetrante y acre, que ella rectificaba con su carácter de macho. Había nacido en un campamento, caída en una noche de frío y curtida después de la dureza de su niñez errante. Se había formado fuerte, y odiaba a los hombres, recordando tal vez, ya mujer, brutalidades sufridas cuando jovencita. Por eso le habían puesto *"Chúcara"*. Su cariño por Muniz venía de tiempo atrás. Muniz había "sacado la cara" por ella en una hora comprometida y la había alzado en ancas. Desde entonces sus vidas quedaron ligadas. Ella solía quedarse temporadas sola, cuando él iba a esquilar, a ganar para la vida. Muniz no se conchababa nunca sino por días: traía la plata, aumentada por sus ganancias al juego, y se pasaban un mes ociosos, queriéndose, uniéndose en abrazos largos, sintiendo que la vida era una enemiga para ellos fuera de aquel rancho de techo de paja, rodeado de enredaderas que él había traído del monte vecino, y en cuyo mojinete anidaba un casal de horneros, que solían venir a buscar barrito al lado del barril, sin miedo a la china. Ella se sentía acompañada por aquellas avecitas trabajadoras, los días en que "el hombre" andaba ausente, trabajando por la vida.

Hacía mucho que se había acostado la Chúcara. Por no gastar vela se recogía temprano, soltando a *Tacombú,* su guardia brava, un gran perro lobuno, de orejas tiesas, que adoraba a la china y le velaba el sueño.

De pronto despertó sobresaltada. Un caballo llegaba al galope, tomaba el trote, el tranco, y se dete-

nía delante del rancho. Pero el perro no ladraba... ¿sería?...

—¡Abrí, china, soy yo!

Abrió, sorprendida y gozosa. El tordillo, asombrándose de la puerta negra, de los rumores de la noche, marchó algunos pasos, quiso irse, pero se pisó una rienda y quedó parado, mientras su jinete, seguido de "*Tacombú*", que se deshacía en fiestas, alzaba en sus brazos a la china desnuda y la volvía al catre de guascas. Se sentaron en la cama, a oscuras. Ella le sintió el tufo desagradable del vellón:

—¡Qué olor a oveja tenés! ¿Qué tenés?

Muniz la abrazaba fuertemente:

—Nada tengo, china... vine a verte no más... voy a tener que dirme...

Ella, sobresaltada, con la sensación de algo siniestro, quiso insistir; pero él le tapó la boca:

—¡Calláte!

Había percibido, con su oreja avezada de campero, una vibración sorda en el suelo: galope de caballo, sin duda. El perro, entretenido en sus fiestas, no había sentido nada. Pero al hacerse el silencio, oyó también el rumor que se acercaba y se lanzó afuera, ladrando. Por el ruido de los cascos comprendió Muniz que eran dos los jinetes, vio por las grietas del rancho dibujarse y crecer sus bultos en la sombra, llegando rápidamente, y se levantó del catre:

—No te asustés, china; los voy a peliar... hise una muerte y vienen a llevarme... pero son muy sarnosos!

La Chúcara, sin decir palabra, lo besó en la boca y se deslizó a un rincón. Muniz se apretó la faja y desenvainó su puñal, corto y fuerte, como para aguantar quites y desjarretar toros. Agarró una cobija de

la cama, la arrolló al brazo izquierdo, y así prevenido se puso junto a la puerta. Martina, armada con su cuchilla de cortar carne, se perfiló al otro lado, resaltante, blanqueando su camisa confusamente y con lucesitas felinas en los ojos, espiando la entrada.

Difunto y el soldado habían echado pie a tierra. El perro los cargaba con furia. Difunto, que traía también el poncho arrollado en el brazo izquierdo, lo presentó al animal, que hizo presa impetuosamente, alzándose de manos, mientras Difunto, afirmándose para aguantar la embestida, lo abrió de una puñalada.

El soldado iba medio quedándose... Avanzaban agachados, para divisar los objetos. La noche era de una oscuridad estrellada. Difunto le pegó un rebencazo al tordillo de Muniz, que salió al trote, pisándose las riendas.

—Sargento, mire que está esperando adentro, y es medio peligroso... Está en lo escuro y nos va a aguaitar...

—Demasiau sé yo...

Difunto avanzaba despacio, mirando a su alrededor; sondeaba la oscuridad, buscando algo. De pronto tropezó con una batea de ceibo, larga de una vara, de esas que hay en todos los ranchos y que Muniz le había hecho a la china para el aseo doméstico. Difunto le volcó el agua y se la colocó sobre el pecho, como un escudo, atragantándose con la risa que le causaba su diabólica idea. Cubierto con aquella coraza, liviana como corcho, y casi impenetrable al acero por lo fofo de la madera, Difunto atropelló a la puerta riéndose, con el facón en parada de primera para guardar la cabeza. Muniz se afirmó en los pies al verlo atropellar, y gritando: "¡Dios te asista!", le descargó la puñalada con todo el brío del

brazo. Pero el arma se hundió en la batea, y con la áspera carcajada de Difunto sonó el golpe sordo de su facón sobre el sombrero de paja del asesino, que cayó redondo, con la cabeza partida en dos.

No asustada, sino pasmada, enloquecida, sin comprender, Martina saltó afuera, a punto que llegaba el soldado, sin mucha prisa, estirando el pescuezo. Al ver a la china dio una reculada, y la Chúcara entonces, sintiendo el cuchillo en la mano, y en el pecho su bravura montés, saltó y le pegó un tajo en la cara.

—¡Ah, grandísima yegua! ¡me has cortau! —aulló el indio, y ciego revoleó la tercerola y volteó de un culatazo a la valiente china que cayó atravesada ante la puerta del rancho, desnuda, erizada su crencha de rulos como un manojo de viboritas negras.

José Difunto, que salía riéndose aún, con la batea ensartada en el puñal de Muniz, saltó por sobre la Chúcara y murmuró satisfecho:

—¡Juna gran siete... él me bolió... pero yo tamién!



Este décimoséptimo volumen de la Colección de Clásicos Uruguayos fue impreso para la BIBLIOTECA ARTIGAS del Ministerio de I. Pública por Colombino Hnos S A Se terminó de imprimir en Montevideo a los 15 días del mes de marzo de 1955.

